

LA ESPAÑA MODERNA

MINISTERIO DE CULTURA
BIBLIOTECA NACIONAL



AÑO 26.

NUM. 311.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO



NOVIEMBRE 1914

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID



Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de Valentín Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

LA GUERRA FRANCO - ALEMANA DE 1870 Y 1871

VIII

De Sedán a París (11 al 23 Setiembre 1870)

Ibamos, pues, a dejar la región en que habíamos asistido a tantas cosas notables, a tantos interesantes acontecimientos, pero también a tantas tristezas, por lo que nos felicitábamos de poder al fin volverle la espalda.

La tarea que se nos había impuesto en los últimos ocho días era por extremo difícil; estábamos menos favorecidos que los otros destacamentos empleados en el transporte de prisioneros; aquéllos no estaban obligados a vivir, como nosotros, en una región contaminada por miasmas deletéreos, y donde por todas partes se ofrecía el lúgubre espectáculo de la descomposición; no tenían que contemplar horrores por todas partes, ni, sobre todo, tocarlos con las manos como nosotros, que fuimos designados para limpiar y purificar el campo de batalla.

Con esto, la misión de exterminar varios cientos de caballos se prolongó durante algunos días.

Y, sin embargo, nada teníamos que envidiar a los compañeros encargados de recorrer, con sus hombres, los bosques y los campos para buscar cadáveres, reconocerlos y enterrarlos. Los hallaban todavía, cuatro o cinco días después de la batalla, en los bosques espesos del Garenne o en las ruinas de Bazeilles y de Balau; y hasta pasada una semana se encontraban aún

muchos cadáveres de caballos, pobres animales que, heridos, se habían arrastrado durante algún tiempo, y por fin habían caído muertos y yacían abandonados.

Baste decir, para que se tenga una idea de lo que eran los alrededores de Sedán a principios de Setiembre, que hubo que sepultar más de nueve mil cadáveres de caballos.

El 10, por la noche, supimos que habíamos de marchar el día siguiente, por la mañana, en pos de otros cuerpos alemanes, hacia París, atravesando la Campaña y la Brie.

Los oficiales jóvenes nos alegramos de todo corazón, pero más de uno de nuestros maduros compañeros y más de un soldado hubieran preferido tomar el camino de vuelta después de la gran victoria de Sedán. ¿No habían esperado que tras la caída de la dinastía de los Bonaparte terminaría la guerra?

Pero lo jóvenes tuvimos razón, y con el corazón lleno de gozo nos aprestamos a atravesar la Campaña.

¿No era suficientemente atractiva por sí sola la palabra «Champagne»? ¿No habíamos de esperar que podríamos romper el cuello a más de una botella del espumoso y dorado vino? Y Dios sabe si quedaron defraudadas muchas esperanzas.

El 11 de Setiembre, el mismo tiempo que hasta el día aquél fuera sombrío, con alternativas de chubascos y nubarrones, se puso de nuestra parte, y, con un hermoso sol, emprendimos por la mañana la carretera de Chevanges, Chehery, Chemery, hacia París. Nos entusiasmaba la idea de que, tras de nuestra gran victoria, íbamos a seguir penetrando en el corazón de Francia, hacia su capital, hacia aquel París mágico y fabuloso, tan seductor para un oficial joven.

No pude felicitar me de mi primer acantonamiento, en Mairy, en casa de una señora Chelin; era un albergue pobre y que olía a humo.

Pero no perdí mi buen humor por tan poca cosa, y al día siguiente continué, tan alegremente como antes de nuestra marcha, por Chêne, Neuville-â-Day y Semny.

En esta última localidad recibí la orden de ir en requisi-

ción por la región que se encuentra al Norte del Aisne, y dirigirme en seguida aisladamente a Attiny.

Era la primera vez en mi vida que me incumbía semejante misión; había de traer ocho o diez bueyes, pan en la mayor cantidad posible, harina, avena y vino.

En cuanto llegué al primer pueblecillo, hice venir al alcalde y le expuse muy cortésmente mi deseo.

—No hay nada—me contestó.

La cosa empezaba ciertamente mal.

—Cabo Zuit—grité,—vaya a dar una vuelta por las casas y las cuadras.

El cabo marchó con ocho hombres.

—¿Y pan, señor alcalde?

—Nada.

—¿Y harina?

—Nada.

—¿Y vino?

—Nada, absolutamente nada.

Aquello era demasiado. Lancé a aquel gallo de aldea uno de esos juramentos enérgicos, que comprendió muy bien, y le expliqué que si dentro de media hora no recibía todo lo pedido, me vería en la precisión de emplear los grandes medios.

Me prometió hacer todo lo posible, y le dejé marchar.

Esperé cosa de media hora. Mientras tanto volvió el cabo que envié de reconocimiento, pero no me traía más que dos o tres panecillos, un poco de harina y un tonelito de vino.

Contenía esto lo justo para una sección; no había que pensar en satisfacer al batallón; era como si a un estudiante sediento de Munich se le diera cerveza en una espita de licor.

A todo esto el alcalde no volvía. Mandé en su busca, y supe entonces que, media hora antes, se le había visto marchar en dirección Sur para un asunto urgente.

La cosa era demasiado fuerte. Mi primer pensamiento fue llevarme en rehenes algunos aldeanos; pero después de reflexionar, cambié de idea.

Había otro pueblo muy próximo a nosotros; me dirigí a él, seguido de mis cazadores; mandé llamar al alcalde, como en el otro lugar; pero le hablé esta vez de una manera tan clara e imperativa, que ni por un momento se le ocurrió ocultarme nada; me prometió, por el contrario, procurarme al punto 4 bueyes, 10 sacos de avena, 5 de harina y 300 litros de vino. Tuve la buena precaución de quedarme con mi alcalde, para que no le acometiese, como al otro, el deseo de viajar, y me hice traer por criados y campesinos los géneros que hube exigido.

Todo estaba allí al cabo de unos tres cuartos de hora, incluso un vehículo para el transporte.

Ya no me quedaba más que urdir mi plan de venganza.

Marché tranquilamente con mi sección y mi carro en dirección de Attigny; llegado a un bosque que ya había reconocido en mi plano, me detuve; dejé un puesto de seis hombres con un cabo, así como el producto de la requisición realizada, y me puse en marcha con el resto de mi sección hacia nuestro primer puesto, teniendo cuidado de mantenerme continuamente bajo el amparo del bosque.

Cuando estuvimos cerca de las primeras casas dividí mis hombres en patrullas, y les ordené que ocupasen lo más rápidamente posible todas las salidas del pueblo, recomendándoles bien que no dejasen salir a nadie y permaneciesen allí hasta que tocase llamada; luego despaché a un cabo con cinco hombres, con la misión de dirigirse en seguida a casa del alcalde, prenderle si estaba allí, y conducirlo en el acto a la plaza de la iglesia.

—Si, durante la operación—añadí,—recibe el mozo algunos buenos puñetazos, la cosa no tiene ninguna importancia.

Y terminé con esto mis recomendaciones. Salimos a nuestra vez del bosque, recorrimos a la carrera y en pocos minutos los 600 metros que nos separaban del pueblo, que rodeamos en seguida, antes de que ningún habitante hubiera podido dar la menor alarma.

Todo sucedió como lo tenía previsto: al cabo de diez minutos me trajeron al alcalde, vuelto ya de su viaje de asuntos.

La manera y el tono con que le acogí causáronle tal espanto, que se puso a temblar, no pensando más que en una cosa: tomar disposiciones para procurarme el ganado y las provisiones que le pedía. Aterrorizábale, sobre todo, la reflexión que le hice de que me sería muy agradable meter unas onzas de plomo en el cuerpo de algún alcalde recalcitrante.

—Así, pues—le dije,—si quiere usted darme gusto, persista en su obstinación. Tengo mucha curiosidad por saber cómo se comporta un alcalde francés cuando es pasado por las armas; en fin, ya veremos esto dentro de una hora.

Miré el reloj y me fuí.

Prodújose entonces un gran movimiento entre los aldeanos que habían escuchado como curiosos. El alcalde, guardado siempre por unos cazadores, les daba a sus administrados toda suerte de órdenes e instrucciones, de tal manera, que pasados tres cuartos de hora tenía ante mí cinco bueyes y vacas, un carro con 30 sacos de avena, otro con 10 de harina, un tonel de 500 litros de vino tinto y unos 40 panecillos. Una mujer me entregó personalmente excelente queso y manteca, mientras que mis hombres recibían por su parte queso, con vino muy ampliamente medido.

Mandé poner en libertad al alcalde y le entregué riendo el «bono» reglamentario; añadí, para confundirle, que si hubiese persistido en no entregarme nada, no le habría mandado fusilar, pero me lo hubiera llevado sencillamente como prisionero.

Puso una cara muy rara y desapareció, no sin que le felicitase todavía por la rápida conclusión de su viaje de negocios.

Dos horas después llegábamos a Attigny, no sin haber recogido nuestro primer carro, y hacíamos entrega del botín, con gran contentamiento de todo el mundo.

Me fuí entonces alegremente a mi alojamiento, a casa de los señores Banart-Morin, donde se me recibió muy bien.

El 13 de Setiembre atravesábamos los poblados de Baux y

de Pauvres, entrando así en la Campaña piojosa propiamente dicha. No me fue dado, sin embargo, tropezar, en casa de la señora Tourette, donde fuí bastante bien alojado por la noche, ni con el menor de esos animalitos que dan tan agradablemente su nombre a toda una provincia.

Pasamos el día siguiente en Bignicourt y en Baine; allí fuí alojado a casa del señor Lundey, quien, en cuanto llegué, me ofreció champaña. Bebí con emoción bien legítima la primera copa de aquel vino espumoso que me servían en el mismo seno de su país.

El día siguiente nos llevó al amable poblado de Ay, en los alrededores inmediatos de Espernay, en donde acantonamos más agradablemente que nunca; vimos luego otras localidades, todas célebres por sus marcas, Sillery, Verzenay, Verzy, y pudimos admirar, a unos dos kilómetros y medio, la ciudad de Reims con su magnífica catedral. Fue para nosotros una sorpresa de las más agradables saber que el 16 de Setiembre iba a ser día de descanso.

No habíamos hecho más que mandar romper filas a nuestros soldados, cuando se nos presentó el alcalde del lugar, que hizo a nuestro jefe la proposición siguiente:

—Ustedes prohiban a sus soldados—dijo—que entren en nuestras viñas; cuiden de que tal orden sea observada. En cambio, la población les concederá, por hombre y por día, dos botellas de vino corriente, y por oficial y por día dos botellas de nuestro mejor champaña.

Este ofrecimiento, además de ser muy agradable, redundaba en nuestro mismo interés, puesto que el hecho de comer demasiadas uvas, más o menos maduras, podía causarnos dolencias; lo aceptamos, pues, muy gustosos.

Por nuestra parte, cumplimos nuestra promesa y pusimos centinelas, con objeto de impedir que los hombres franqueasen ciertos límites. En cambio, a nuestros cazadores les satisfizo mucho saborear diariamente dos botellas de un vino corriente, cierto es, pero muy agradable; en cuanto a nosotros, bebíamos

un champaña inmejorable, y debo decir que por casualidad nos limitábamos a las dos botellas señaladas por cabeza.

Mi patrón, el señor Alfredo Aesbert, uno de los más ricos fabricantes de champaña de la población, quiso, sin duda alguna, privar al ejército alemán de uno de los más jocundos oficiales de Su Majestad, porque hizo cuanto pudo para ahogarme en el precioso líquido. Con suma amabilidad me condujo a través de sus inmensas bodegas, y me inició en todos los secretos de su fabricación.

Es de creer que entreveía en mí, no un concurrente, sino un buen cliente para lo futuro.

El 17 partimos para Epernay, Brugny y La Chapelle-sous-Orbais; hubo durante este trayecto una serie ininterrumpida de escenas ultra-cómicas.

Hacía muchísimo calor. Nuestros hombres llevaban consigo todas las botellas que les quedaban de Ay, tantas como podían llevar. Veíanse salir de todos los instrumentos cuellos plateados o dorados; los bolsillos de los asistentes de oficiales rebosaban promesas.

Pero no se había contado con que en cada una de aquellas verdes botellas se encontraba escondido un diablejo; yo mismo experimenté más de una vez su poder.

Las pobres botellas, desgraciadas prisioneras, aspiraban también ellas a ver el hermoso sol que con tanta fuerza quemaba la piel de nuestros cazadores en los arenales que atravesábamos; trataban de salir, a pesar de todo; aunaban sus fuerzas; una breve detonación, y se libraban de sus trabas, en busca, a través de los instrumentos, los uniformes y los pantalones, de su camino hacia el libre espacio. Oíanse entonces interminables risotadas. Ocurría que un hombre se burlaba del que tenía delante, a punto de hacer explosión su propia botella, y recibía para sí las burlas que destinaba a su compañero.

Las escenas más divertidas se desarrollaron en el primer alto.

No se percibía el menor rastro de sombra.

Los hombres sacaban las botellas de los lugares en que habían estado relativamente protegidas de los rayos del sol; inmediatamente saltaban los tapones, y eran bebidas por adelantado.

El champaña de los oficiales, de mejor calidad, había soportado algo mejor el calor y las sacudidas, pero se agitaba también y hacía de las suyas cada vez que se abría una botella. Apenas se veía desembarazado de sus alambres, saltaba el tapón y dejaba escaparse, como de un pozo artesiano, el noble líquido, que se lanzaba a describir una amplia curva. Preciso era entonces llevarse la botella a los labios lo más pronto posible, y tragar aprisa para no verse sofocado.

Un compañero hizo el experimento.

En su precipitación, se llevó la botella, no solamente a la boca, sino también a la nariz; penetróle el vino con tal fuerza, que perdió la respiración y hubo de volver en sí gracias a dos amigos que le incorporaron, mientras que otros, con los puños, le tocaban a generala en la espalda.

Pronto comprendimos que no había que contar con llevar muy lejos las botellas llenas que quedaban; era evidente que, dado el calor que reinaba, todas estaban destinadas a saltar.

Bebimos, pues, alegremente y no tardando; más de dos mil botellas indicaban el lugar donde se había detenido nuestro batallón; decir que habíamos vaciado todo el contenido sería exagerado, porque la mayor parte del líquido se perdió en el aire.

No por ello se mostró menos alegre nuestro batallón, y entramos cantando en nuestro acantonamiento, no muy famoso, el día aquel.

El 18 atravesamos la linda localidad de Sezanne. Habíame enviado delante para organizar el alojamiento; tuve la suerte de encontrar en el camino un cochecillo, que me transportó con mis suboficiales, mientras que mi batallón avanzaba penosamente con lo más fuerte del calor.

El arreglo con el cochero fue de los más sencillos: un pape-

lito, una de cuyas caras representaba, sin duda, un fragmento de carta paterna, y la otra contenía estas palabras:

«Vale por un trayecto de Sezanne a Toulous.

»Primer batallón de Cazadores bávaros.

Teniente Tanera.»

¿Le pagaron a nuestro hombre después de la guerra, a la presentación de aquel papelejo? No lo sé; era asunto suyo.

Habíamos recorrido, hasta entonces, un país desembarazado por nuestras tropas de todo lo que pudiera oler a francotiradores; no ocurría lo mismo desde que avanzábamos al Sur de la carretera que seguían los ejércitos; nos vimos obligados a proteger nuestra marcha, cosa que hasta allí nos había parecido completamente inútil.

En la noche del 19 de Setiembre me ocurrió una aventura que me trajo a la realidad.

Debía ir a buscar a Beton-Bazoches, al cuartel general de la división, órdenes para el día siguiente; a este efecto, requisiciné un cochecillo en Chevru.

El conductor era un hombre sombrío y mal encarado.

Era ya casi de noche; me orienté con ayuda de mi plano y de la estrella polar, que distinguía perfectamente; no me era, pues, posible equivocarme. El francés, al ir, me condujo perfectamente, y al cabo de una hora llegábamos a Beton-Bazoches; recibí las órdenes, y emprendí la vuelta inmediatamente.

Entonces mi conductor me propuso seguir un trayecto más corto. Acepté, y tornamos por un camino al Norte de la carretera.

Al cuarto de hora, llegamos a un gran bosque, en donde tomamos otra dirección: Nordeste, en vez de Noroeste. Pude darme exactamente cuenta de nuestra verdadera posición, cuando llegamos a un claro, en el que se me presentó mayor extensión de cielo.

Hacia más de una hora que nos hallábamos en el pretendi-

do atajo, cuando antes no habíamos empleado más de una por la carretera.

Me decidí pronto: saqué discretamente el revólver de su funda, apunté a la cabeza de mi conductor, lo amartillé, y le dije con tono tranquilo:

—Si dentro de diez minutos no estamos delante de la alcaldía de Chevru, le levanto la tapa de los sesos.

El hombre, al oír esto, se encogió de tal manera, que parecía haber ya recibido el plomo en la cabeza; tiró tan violentamente del caballo, que por poco lo tira; giró, fustigó al pobre animal, que arrancó al galope, y me llevó en sentido inverso por el camino que acabábamos de recorrer.

Miré el reloj a la luz de las estrellas y no volví a hacer el menor movimiento.

El coche continuaba rodando.

Al cabo de ocho minutos estábamos en la carretera, pero bastante lejos todavía de Chevru; yo estaba ya seguro de hallarme ahora en el buen camino; miré de nuevo el reloj.

Al ver esto, el conductor no pudo más.

Con tono suplicante, me pidió que le concediese otros cinco minutos, afirmándose que se había extraviado en el bosque y perdido así el verdadero camino.

Hasta entonces no había proferido una sola palabra, y ahora me llamaba su buen, su bravo oficial; decía que todos los alemanes eran buenos muchachos, etc., etc.

Le contesté con la mayor seriedad que consentía en concederle cinco minutos más; arreó de nuevo a su caballo con todas sus fuerzas; volábamos literalmente.

Apenas habían pasado seis minutos, cuando parábamos ante la alcaldía de Chevru. Dejé apearse a mi cochero y le seguí, con el revólver siempre empuñado; naturalmente, no le entregué ningún «vale»; pero le aconsejé que otra vez tuviera mucho cuidado con el camino, porque podría ser que no todos los oficiales alemanes estuviesen dispuestos a concederle como yo cinco minutos.

Mi buen hombre estaba tan asustado, que no juzgué útil castigarle y mandarle prender. Había también otra razón: no quería privar de su amo al pobre caballo, que estaba allí jadeante y sudando hasta dar lástima.

No me ha ocurrido en lo sucesivo dar en coche un paseo tan rápido; no quisiera, por lo demás, volver a realizar semejante viaje.

Fuimos recibidos, el 20 de Setiembre, en el castillo del Conde de Andrezel, estancia que merece ser señalada. Allí encontramos cuanto podíamos desear tras una larga marcha: buena habitación, buen baño, comida esmeradamente servida por criados de librea, vinos exquisitos, parque magnífico, en el que pudimos hacer la digestión paseando.

No ocurrió lo mismo, el 21, en las avanzadas, al Oeste de Lisses, al otro lado del Sena; no pudimos dormir.

El 22 llegamos a Longjumeau, célebre por la ópera de Ch. A. Adam; allí oímos toda la noche el ruido del cañón, que nos llegaba de París sitiado.

Hubimos de permanecer allí provisionalmente para servir de reserva al ejército sitiador y para ser de nuevo utilizados, si era necesario, en el transporte de los heridos, hasta el momento en que fuésemos reemplazados.

Como no se sabe nunca lo que nos puede reservar lo porvenir, y para atenerme al refrán que dice que la ocasión la pintan calva, resolví ir al día siguiente a los alrededores de París para contemplar, por lo menos de lejos, la capital.

Algunos compañeros decidieron acompañarme, y así, en la tarde del 23 de Setiembre, el teniente primero Golch, mi compañero Schmeakenbecher y yo, en un carricoche de campesino que alquilamos, llegamos hasta Bagneux, en la extrema línea de las avanzadas, después de haber pasado por Antony y Bourg-la-Reine.

Seguro estoy de que si nuestro cochero hubiera sospechado que recorría con nosotros la zona más peligrosamente barrida por los fuertes de Bicêtre, de Montrouge y de Vanves, no hu-

biese consentido nunca en ir tan lejos. Ni siquiera nosotros lo sabíamos, y quedamos muy sorprendidos cuando, al atravesar una granja, oímos pasar sobre nuestras cabezas uno de esos monstruos que, con su mugido característico, hendió el aire para ir a buscar su objetivo más lejos, en las alturas de los alrededores de Sceaux.

Acabábamos de dar vuelta a una casa de Bagneux, en la carretera de Châtillon, cuando se nos apareció, como un mar de piedras, la ciudad de París.

¡Espectáculo inolvidable!

El sol, ya poniente, doraba con sus rayos mágicos las innumerables cúpulas, las torres y los tejados; aquí y allí, algunas manchas verdes indicaban el lugar de los parques, refugios bienhechores del reposo.

Nuestro recogimiento era tal, que nos olvidamos de la realidad y no tomamos ninguna precaución para guarecernos: algunas balas de chassepots vinieron a golpear en una pared cercana a nosotros.

—Los franceses no quieren permitir que se admire su capital; pero, ¿dónde están?

Como oyéramos nuevos disparos, prestamos oído, y el ruido de las detonaciones nos indicó de dónde venían exactamente todos aquellos amables saludos.

Nos disimulamos tras una pared, no por temor, sino porque no teníamos la conciencia tranquila; habíamos emprendido aquel paseo sin permiso, y sabíamos que si alguno de nosotros era herido, se nos castigaría por añadidura.

Las avanzadas francesas se hallaban a unos 700 metros de nosotros, de suerte que podíamos fácilmente, con nuestros gemelos, contar sus hombres.

Hablamos con nuestros compañeros de la primera línea, que no parecieron muy satisfechos de nuestra visita; hay que decir que, forzosamente, unos oficiales de cuerpos extranjeros como nosotros cometían imprudencias por su ignorancia del

terreno, y provocaban así el tiro de las avanzadas francesas, con gran detrimento de las líneas alemanas.

A instancias suyas, nos dirigimos a una granja, desde donde pudimos contemplar por una ventana, sin ser vistos, el magnífico panorama de la ciudad, así como las líneas que la protegían. Estas, alentadas sin duda por el silencio de nuestros cañones y nuestros fusiles, se movían con todo desembarazo, y se mostraban por todas partes sin la menor vacilación, revelándonos así sus verdaderas posiciones. Pudimos observarles con ayuda de nuestros gemelos hasta el anochecer.

Entonces volvimos a Longjumeau, muy satisfechos del interesante viaje, y muy contentos, sobre todo, de que nuestra ausencia hubiera pasado inadvertida.

Habíamos visto París, y podíamos decir, si hubiéramos tenido que volver ya a nuestra patria, que habíamos penetrado hasta el corazón del país conquistado y contemplado su capital.

Lejos estábamos de sospechar entonces que nos quedaba por realizar la parte más ardua, más penosa y más seria de la campaña; todos esperábamos que París se rendiría tras algunas semanas de sitio, y que estaríamos de vuelta en nuestras guarniciones respectivas antes de empezar el invierno.

Las cosas ocurrieron de otro modo.

Durante el invierno de 1870-1871, regamos con nuestra sangre los campos de batalla del Loire; el de 1871-1872 nos encontró en Sedán; en cuanto al de 1872-1873, lo pasamos en las altas mesetas de los Ardennes, cubiertas de nieve, para conservar en prenda este territorio mientras que no fuesen aceptadas todas las cláusulas del tratado de paz.

Permanecí en Longjumeau hasta el 28 de Setiembre, y tuve el gusto de hacer, con los mismos compañeros, otra excursión—a Versalles esta vez,—que fue igualmente grata; luego fui encargado de un reconocimiento interesante, que voy a tratar de referiros.

IX

Reconocimiento de bosques entre Longjumeau y Orleans.

París estaba sitiado desde hacía quince días. Necesitábase al principio, para el abastecimiento de las tropas sitiadoras, y hasta que las comunicaciones con Alemania se restableciesen, hacer en los alrededores de la capital numerosas requisiciones.

La caballería empleada a este efecto hubo de extender cada vez más su campo de acción, porque pronto no encontró ya en los alrededores de París el menor trozo de buey o de carnero, ni vino siquiera; de todo se había despojado a los habitantes, a excepción de lo que habían puesto al abrigo de la caballería alemana en los numerosos bosques, grandes o pequeños.

La población, repuesta al fin de su primer terror, provocado por la aparición de nuestras tropas, comenzaba a tomar una actitud amanazadora, causa de muchos males.

Gambetta, con sus proclamas, había levantado en toda la región Sur de París cuerpos de franco-tiradores, que hacían el país inseguro, urdían emboscadas y tiraban sobre nuestra caballería siempre que la ocasión se presentaba.

Corría también el rumor de la formación de un ejército de socorro al Sur del Loire; confiados en esto los campesinos, se dejaban fácilmente llevar a la resistencia, y se alzaban incessantemente frente a los jinetes alemanes. Estos, que en aquella época no iban aún provistos de carabinas, se encontraban, por lo general, sin defensa en aquel país boscoso; hubo, pues, que pensar en adjuntarles infantería.

Los franco-tiradores y los campesinos recalcitrantes fueron perseguidos hasta en los rincones más apartados de sus bosques; se venció toda resistencia, se demostró a los habitantes de la región que no estaban seguros en ningún escondrijo,

y que el menor acto hostil realizado por un paisano no quedaría impune.

¿Quién mejor que los cazadores para descubrir en los bosques los reductos más apartados?

El comandante general del cuerpo de ejército creó con este fin un destacamento, compuesto de dos oficiales, un trompeta, dos suboficiales y cuarenta y cinco soldados.

Los dos oficiales elegidos fueron el primer teniente Schrenk, un hombrecillo que no hubiera temido al diablo, pero que tuvo la desgracia de caer en los comienzos y estropearse seriamente, y un servidor de ustedes. Cada uno de los cinco batallones de cazadores del cuerpo de ejército proporcionó nueve voluntarios a este destacamento; los suboficiales y el corneta fueron igualmente elegidos entre hombres de buena voluntad.

Puede imaginarse lo que habría de ser una tropa así compuesta; naturalmente, en cada batallón se presentó una banda de bravos; se eligieron los mejores; yo mismo escogí los del primer batallón.

Estoy convencido de que ocho de ellos, sobre todo, fueron cazadores furtivos en nuestras altas montañas; eran hombres, si alguna vez se inutilizasen sus fusiles, capaces de concluir con sus enemigos, lo mismo a cuchilladas que con los puños y los dientes, y de dejarse hacer pedazos antes que rendirse.

Los que nos proporcionaron los otros batallones eran del mismo género; así que, cuando el 28 de Setiembre pasamos revista a aquellos mozos, quedamos satisfechos de nuestra tropa. Con cuarenta y ocho hombres de aquel temple podría atravesarse la mitad de Francia, seguros de que ninguno de ellos cayera vivo en manos de los franceses.

El noveno de mis cazadores, elegido entre los del primer batallón, no era de la misma condición; era un hombrecillo delicado y flacucho, llamado Voetter, que se había alistado para la campaña, y no había llegado a Longjumeau sino con los últimos esfuerzos. Habíase ofrecido también para el reconocimiento, pero me había hecho una rara impresión: sus botas le

estaban demasiado grandes, su uniforme parecía colgado de sus hombros, su casco se le hundía hasta las orejas, su mochila le cubría por entero. Pero mostraba tal energía en sus ojos, que me impresionó—debo decir que rara vez me ha engañado la fisonomía de las gentes.—Tal fue el caso de Voetter, que se comportó muy bien en lo sucesivo. Hablaba además muy correctamente el francés, y podía así prestarnos grandes servicios; esto me dedició a llevármelo.

Nuestras órdenes eran las siguientes: recorrer los bosques en todos sentidos, dar caza a los paisanos armados, traerlos prisioneros y exterminarlos; requisicionar todo el ganado posible, y ponerlo en manos de las tropas más próximas; en una palabra, mostrar y pasear el uniforme alemán en los más pequeños rincones, y, sobre todo, no omitir nada de lo que pudiera aumentar, en todas circunstancias, la seguridad de nuestro ejército.

Se nos dieron también algunas prescripciones de detalle sobre los caminos que debíamos batir y la duración probable de nuestro reconocimiento, pero ni por un instante se trató de nuestras necesidades particulares ni de nuestras personas; suponíase bien que un equipo como el nuestro no estaba destinado a morir de hambre.

Nos pusimos en camino el 28, y, cosa esencial para mí, tuve la suerte de tener caballo. Por la noche se nos juntaron dos jinetes de caballería ligera, voluntarios ellos también, que debían servirnos de ordenanzas.

Llegamos el primer día a Perray, cerca de Epinay.

A la mañana siguiente recorrimos el bosque de Segnigny, en donde no encontramos absolutamente nada, por estar todavía muy próximo al ejército.

Pero por la tarde encontramos, cerca de Bruyères, un destacamento alemán del tren de equipajes, que nos entregó a un campesino, sorprendido por unos ulanos, cuando se disponía a destruir una línea telegráfica. Fue inmediatamente interrogado, reconoció los hechos sin dificultad, y nos explicó

que consideraba de su deber perjudicar a los alemanes por todos los medios posibles.

—¿Eres soldado?

—No, y jamás lo he sido.

—¿Sabes lo que va a ocurrirte?

—No.

—Vas a ser fusilado.

—Me es igual, muero por mi patria; si me ponéis en libertad, volveré a destruir vuestras líneas.

Aquel francés pensaba conmovernos con su teatral indiferencia ante la muerte; se equivocaba.

Le hice comprender (yo era más experto en la lengua francesa que el jefe de nuestro reconocimiento) que iba a ser fusilado, y le pregunté si no tenía algo que confiarnos.

—No.

—¿Quieres que se avise a la familia y, en este caso, quieres darme tu nombre y tu dirección?

—No tengo ni parientes ni domicilio.

—¿Deseas rezar?

—No, no creo en Dios.

—Bien; sírvete poner al lado de ese foso, a orillas del camino.

Le vendé los ojos, seis cazadores avanzaron... «¡apunten!»... «¡fuego!»... Cayó y no movió un dedo; cinco balas le habían atravesado el corazón, otra le había abierto el pecho.

Nos aseguramos de la muerte de nuestro prisionero, echamos sobre él unas paletadas de tierra y continuamos nuestra marcha.

Pasamos la noche, parte en la granja, parte en el castillo Baillot; no sin haber puesto algunos centinelas y hecho saber al guardián o encargado que, si ocurría algo a alguno de los nuestros, no dejaríamos a nadie con vida y quemaríamos todas las casas.

Al día siguiente, nuestro teniente primero, barón de Schrenk, tuvo la desgracia, como ya he dicho, de caerse con

su caballo y herirse, hasta el punto de que no hubo que pensar en que continuase el camino a caballo, ni siquiera a pie.

Pusimos mano en un elegantísimo carruaje, al que engan-
chamos un caballote gris, y le mandamos así al más próximo
acantonamiento.

Por penoso que fuese para aquel oficial valiente y empre-
dedor tal contratiempo, tuvo que entregarme el mando del re-
conocimiento y contentarse con indicarnos todas las noches
los caminos que se habían de recorrer.

Yo era, pues, por completo independiente y podía cantar
con mis cazadores la canción bien conocida: «A través de bos-
ques y llanuras, marchó con el corazón ligero.»

Nuestros dos jinetes y algunos infantes hubieron de que-
darse acompañando al teniente Schrenk.

En cuanto a mí, hice pesquisas con mi destacamento por
todo el bosque de Biscorne; no tardamos en descubrir un pri-
mer escondite, en el que se lamentaban bueyes, vacas, corde-
ros y cabras.

Era algo raro; sin duda nos habían visto los guardianes,
que, al acercarnos, huyeron. Dí orden a algunos de mis hom-
bres para que reuniesen todo aquel ganado, a fin de llevarlo
más lejos, y continué adelante con los otros; llegué pronto a
un claro bastante vasto, sembrado de trigo, cuya cosecha es-
taba ya recogida.

A unos trescientos pasos de nosotros, dos individuos, los
guardianes sin duda, huían a todo correr.

Perseguirlos hubiera sido una locura; yo había dejado mi
caballo en la linde del bosque y hecho llevarle a la carretera
de Marconsois a Beauvais, en la imposibilidad de que pasara
a través de la maleza.

Deseaba, sin embargo, dar un susto a aquellos mozos: tomé
un fusil, anuncié que iba a tirar entre los dos individuos, y
apunté. Fue morir de risa. Los dos campesinos se separaron
a derecha e izquierda; uno de ellos desapareció inmediatamen-
te en el bosque, el otro continuó corriendo en derechura por

el claro. Me dí el gusto de dispararle hacia el oído; la bala dió en el suelo a cinco o seis metros de él, y levantó una nubecilla de polvo; el individuo cayó a lo largo, probablemente de miedo; se levantó en seguida y reanudó su carrera a más y mejor.

¡Qué aterradora historia contaría a los campesinos cuando llegase a su casa! Quizá hablara de bombas enormes que le rozaron las orejas.

Echamos adelante con nuestro ganado, y lo entregamos a una tropa de requisición que encontramos en Marcoussis; como hasta entonces había trabajado en balde, se mostró muy contenta ante el inesperado regalo.

Los días siguientes fueron empleados de la misma manera.

En cuanto aparecíamos en un rincón cualquiera, suscitábamos un verdadero espanto; por esta razón, sin duda, no encontramos en ninguna parte resistencia armada; no hubo más que unos cuantos palos a ciertos campesinos.

El 2 de Octubre, Voetter, el «Pequeño Voetter», como le llamaban, hizo una gansada. Habíamos puesto mano en Maillecourt, cerca de Oray, sobre unas 1.500 botellas de vino tinto, que enviamos a nuestros vecinos, y de las que no nos quedamos sino con una cantidad pequeña para nosotros. Pusimos nuestra parte en un cochecillo de dos ruedas, que debía servirnos de almacén, y que puse bajo la custodia de Voetter.

Le encargué, de paso, que pusiera aparte unas botellas para mi uso personal, y las disimulase bajo el asiento del coche; puso tantas, que no se podía cerrar.

Frecuentemente, de noche, cuando mis hombres y mi caballo estaban demasiado fatigados para proseguir la marcha, me ocurría hacer en el cochecillo, tirado por otro caballo, algunos reconocimientos suplementarios, y llevarme conmigo al pequeño Voetter.

Esto es lo que hice aquel día.

¡Pero cuál fue mi sorpresa! Al sentarme para marchar, oí un estrépido y miré; en unos cuantos segundos, casi medio pie de vino tinto se había derramado en el fondo del coche.

No quedaba ni una botella intacta. Me quedé sin beber, pero Voetter pagó los vidrios rotos.

Este desagradable incidente me obligó a embargar un buen coche de cuatro ruedas, cuyo conductor, un antiguo cochero de casa grande, hubo de acompañarnos casi hasta Orleans; este nuevo vehículo podía llevar muchas más provisiones que el anterior.

Pronto recorrimos todos los bosques situados entre Longjumeau, Arpajon, Limours y Versailles; encontramos mucho ganado y cosas útiles; pero las gentes con que tropezamos, asustadizas, aterrorizadas, no nos crearon dificultad alguna.

El 5 de Octubre fuí con nuestro teniente Schrenk, que no andaba aún sino trabajosamente y cojeando, a Versailles, en donde tuvimos la suma alegría de ver al rey Guillermo, que volvía de un reconocimiento, rodeado de varios de sus paladines y de un brillante cortejo militar. El anciano monarca se mantenía a caballo como un joven; en sus ojos brillaba siempre el fuego de la juventud.

Era la primera vez que, desde el principio de la campaña, veía a nuestros grandes jefes, y mi impresión fue tanto mayor.

Al día siguiente volvimos a Versailles; no vimos al rey; pero tuvimos ocasión de admirar los juegos de agua tan famosos, y supimos dos interesantes nuevas: la primera, que los franceses habían organizado la leva de la Guardia nacional, y distribuido armas a todas las regiones no ocupadas por los alemanes; la segunda, que el primer cuerpo de ejército bávaro estaba indicado para dirigirse contra fuerzas francesas reunidas en el Sur, en los alrededores de Etampes.

La primera de estas noticias nos abría un nuevo campo de acción en la busca, captura y destrucción de las armas entregadas a la Guardia nacional, y la segunda nos dictaba el dirigirnos en seguida hacia el Sureste, a fin de no faltar a la fiesta, si nuestro cuerpo iba a la batalla.

En unas cuantas marchas forzadas llegamos a la Grange-

aux-Bois, después de haber pasado por Montlhery, Arpajon y Auvers; observamos, a partir de allí, que nos encontrábamos en una región en donde los alemanes no se habían mostrado todavía.

El 9 de Octubre partí, a las tres y media de la mañana; recorrí los bosques de Puissel y de Marais, la selva de Saint-Croix, y llegué a Marolles. Nos habíamos detenido diferentes veces durante la jornada, y no pudimos llegar a nuestro destino, la Grange de l'Orne, antes de la noche. Como podía ser muy difícil descubrir esta granja pequeña en la oscuridad de un bosque, juzgué oportuno ponerme en busca de un guía.

Interrogué a este efecto a varios campesinos, a fin de darme cuenta de su conocimiento de los lugares; observé, al hacerlo, que un maestro de escuela israelita trataba de hacerse notar; pretendía que tal o cual campesino debía conocer el camino, que este camino no era difícil de encontrar, y que él mismo lo había ya seguido de noche; esto era más de lo que yo necesitaba.

—¿Conoce usted el camino?—le dije.—Pues usted mismo va a conducirnos.

El maestro de escuela no esperaba esto; se había esforzado en indicarnos como guías a campesinos cristianos, a fin de preservar a sus correligionarios.

Se defendió cuanto pudo, pero vencióse su resistencia, merced a algunas alusiones a nuestras armas, y emprendimos nuestro camino bajo su dirección.

De vez en cuando, mis soldados se complacían en asustar a aquel israelita; no se lo impedía, porque era tan ridículamente medroso, que resultaba cómico.

Cuando, al llegar, le devolvimos la libertad, echó a correr, y no se creyó seguro hasta que se encontró en su casa, entre sus cuatro paredes.

Al día siguiente, en Abbeville, viví una aventura muy interesante.

Había observado, en la actitud de los habitantes, que nin-

gún alemán había entrado nunca allí; resolví descansar y ver si había armas.

Llegados a la plaza de la iglesia, mandé formar pabellones, puse algunos centinelas, y envié al «pequeño Voetter» en busca del alcalde.

Volvió pronto, en compañía de éste; al mismo tiempo, vimos llegar al cura, al maestro de escuela, a aldeanos de toda especie, así como a numerosas mujeres con sus chicos.

El alcalde tenía mala cara, una de esas caras cuya sola vista puede encolerizar a uno; tenía, como se dice, una cara para bofetadas.

—Señor alcalde—le dije,—¿dónde están las armas destinadas a la Guardia nacional?

—No hemos recibido armas—me contestó.

—Bien; entonces, ¿no sabe usted nada tampoco de la famosa circular que Gambetta, vuestro ministro de la Guerra, ha lanzado, concerniente a la organización de la Guardia nacional, circular que fue transmitida por conducto de los prefectos a cada municipio?

—No, no sé nada.

—En este caso, puedo yo hacerle saber que, a principios de Octubre o fines de Setiembre, se ha remitido a cada localidad, según su importancia, cierta cantidad de armas destinadas a la Guardia nacional. Como Abbeville tiene 309 habitantes, debe haber recibido unos 39 fusiles... ¿dónde están?

—No hemos recibido nada.

—Entendido; puesto que no quiere usted comprender, va usted a anunciar en seguida a sus administrados que dentro de media hora mis soldados visitarán todas las casas del pueblo. Si encuentran en una de ellas el menor fusil, será quemada y su propietario fusilado; ¿no ha comprendido usted?

—Sí, señor oficial; voy a dar a conocer en el acto su decisión por medio de pregón.

Estaba yo a punto de dudar del resultado de nuestro asun-

to, ante la actitud tan decidida del alcalde, cuando vi a Voetter detrás de mí, que trataba de hablarme al oído.

—Mi teniente—me dijo,—me hallaba ahora en medio de las mujeres, que hablaban de fusiles y se felicitaban de que éstos hubieran sido escondidos en la iglesia, en donde seguramente los encontraríamos.

Llamé inmediatamente a cuatro de mis hombres y les expliqué que, a una señal mía, fuesen en seguida a la iglesia, para buscar allí los fusiles; después pregunté una vez más al alcalde si, verdaderamente, no sabía dónde estaban.

Persistió en su obstinación y hasta me dejó entender, con sonrisa burlona, que cuando se conociera mi orden se presentaría, sin duda, algún individuo para confesarme que él guardaba los fusiles.

—No mande usted que se lance todavía el pregón—le dije;—antes quiero que mis hombres registren la iglesia.

Al oírme esto, pareció visiblemente contrariado, y perdió mucho de su aplomo.

—Sargento Wilbold, cuide de que nuestro individuo no se escape; voy a ir yo mismo allí.

—Bien, mi teniente.

Los cazadores que había designado se adelantaron a una señal mía y se pusieron a buscar por la iglesia, sin encontrar la sombra de un arma.

—Voelter—grité,—¿no te habrás equivocado?

—No, mi teniente; he comprendido muy bien lo que decían las mujeres.

—Bueno; es preciso que registre yo mismo.

Recorrí la iglesia de arriba abajo, hice arrancar un tabique detrás del altar mayor, subí al granero, visité los menores rincones, ¡nada!

El alcalde, ante nuestro fracaso, volvió a su arrogancia; me dijo si podía ya hacer proclamar mis órdenes.

—Todavía no—le contesté;—quiero antes observar la iglesia desde fuera.

El se sonrió, no le hice caso; di la vuelta al edificio, me di cuenta de su estilo, vi si no había algún anejo invisible desde el interior, miré por las aberturas si no había una cripta oculta, estudié la forma del tejado atentamente; subí otra vez a la torre, penetré en el tejado y miré alrededor.

—¡Alto! He aquí una pared rara. Oblicua desde fuera, es vertical en el interior. ¿Qué quiere decir esto?

Toqué con la mano, la pared estaba todavía húmeda.

—Por fin, aquí está lo que buscábamos. Corneta Huber, toma el pico y quítame una de estas piedras.

Dicho y hecho: miré por el agujero, todo estaba negro.

—Dadme una cerilla.

A la luz de la llama, vi ante mí, correctamente alineados, un número imponente de fusiles completamente nuevos.

Los hice sacar, después de agrandado el agujero, y mientras que mis cazadores concluían su trabajo, bajé del granero y me dirigí en seguida al alcalde.

—¿De manera que no ha encontrado usted ninguna arma?— le dije.

—No, y puede usted mandar registrar todas las casas.

No pude contenerme más tiempo, y di a aquel individuo una bofetada todo lo fuerte que puede darla un joven en la fuerza de la edad, y cuyos músculos no cesan de ejercitarse en la gimnasia.

El alcalde fue proyectado de lado y contenido por unos soldados.

Empezaban a traer los primeros fusiles; nuestro hombre, al que acababa de corregir tan bien, no articuló palabra; permanecía tembloroso, tan cabizbajo como arrogante estaba hacía un momento.

No le dije nada hasta que estuvieron reunidos todos los fusiles, que eran treinta y seis, así como las municiones correspondientes; éstas fueron arrojadas al agua, a fin de inutilizarlas.

En cuanto a los fusiles, sin valor para nosotros en razón de su antiguo sistema «Minié», fueron rotos.

Recuerdo haber encontrado allí balas que debían de producir heridas muy difícilmente curables, y podían ciertamente provocar el envenenamiento de la sangre; he conservado una como recuerdo.

Pero volvamos a nuestro alcalde.

—Va usted a ser fusilado—le dije.

El cobarde temblaba como una hoja; esto no impidió que el cura, el maestro de escuela y numerosos aldeanos, hombres y mujeres, viniesen a implorar gracia.

En realidad, no estaba yo completamente seguro de si tenía derecho a mandarle fusilar; así fue que me dejé convencer de muy buen grado, aunque demostrase lo contrario. Hasta le puse en libertad, para no llevarme el estorbo de un prisionero; pero no me opuse a dejarle maltratar un poco por mis cazadores.

Seguramente no olvidará nunca el espantoso miedo que le hicimos pasar y que fue su castigo.

En cuanto salimos de Abbeville oímos, en dirección Sur, el ruido del cañón; inútil es añadir las piernas que ello daba a mis hombres.....

Seguí adelante, acompañado de mis jinetes, a fin de darme cuenta de lo que ocurría; pero me fue imposible descubrir nada.

Tuvimos que detenernos bastante tiempo en Antruy; hay allí un hermoso castillo, en el que pudimos cocinar; también tuvimos la suerte de poder añadir algún pequeño regalo a la carne de vaca que habíamos requisicionado.

Por desgracia, nuestro almuerzo no fue de larga duración; nos fue preciso seguir nuestra marcha a eseape, porque el cañón seguía tronando hacia el Sur.

Bien hubiera querido hallar algunos vehículos para instalar a mis hombres, y llevarlos más de prisa; pero nuestras pesquisas fueron vanas, todo había desaparecido.

No obstante, logré, no sin trabajo, encontrar un caballo

que, enganchamos a un carro de dos ruedas, en el que, por lo menos, pudimos poner las mochilas.

Continuamos así nuestro camino por Allainville, Tarranville hasta Bazoches-les-Gallerandes. Supe allí, por una patrulla de húsares, que la primera división bávara había encontrado al enemigo en Artenay, le había derrotado y debía estar al día siguiente en Orleans.

Era evidente que mis cazadores y yo no podíamos ser de la partida, y por hoy teníamos que detenernos allí.

Habíamos recorrido más de 45 kilómetros, de los que más de 15 por caminos imposibles, entre bosques y malezas; por añadidura hacía mucho calor, y temía, de insistir, abrumar a mis hombres y no hallarlos dispuestos a la mañana siguiente.

Hice, pues, alto al anochecer en Bazoches-les-Gallerandes.

El pueblo me pareció grande y los habitantes muy excitados.

Quería evitar, sobre todo, poner demasiados centinelas, a fin de dar a mis hombres todo el reposo necesario. Procedí de la manera siguiente: me puse a buscar y encontré una hermosa granja completamente aislada, en donde hice que mis hombres se instalaran a su gusto; luego, acompañado de una patrulla de seis números, designé, entre los habitantes, a cinco de los personajes más notables, a los que expresé el deseo de que pernoctasen en medio de mi tropa.

Mandé luego llamar al alcalde, y le dije:

—Si esta noche somos importunados, los cinco compañeros de usted serán enviados *ad patres*, y todas las granjas de los alrededores serán incendiadas. (Estaban llenas de paja y grano.) Tome usted las disposiciones necesarias para que no se nos moleste.

El alcalde era un hombre razonable, y obligó a sus administrados a que velasen toda la noche y cuidaran de nuestra seguridad. Dormimos muy bien, a excepción de uno de los nuestros, encargado de vigilar a los rehenes, y que se relevaba cada hora. Mientras tanto, había llegado el teniente Schrenk,

que nos encontró a pesar de la oscuridad de la noche, y se mostró muy satisfecho de las medidas que yo había tomado.

Así terminó este interesante reconocimiento, en el transcurso del cual me consideré como un pequeño general en jefe, entregado a sí mismo en país enemigo.

Todavía tengo otros recuerdos; no me olvido de una muchacha que me dió espontaneamente un beso, porque, turbado por sus hermosos ojos, le hice restituir tres vacas que le habían quitado.

Pero necesitaría demasiado tiempo para contarlo todo.

Puedo decir que los días durante los que pude circular por los bosques del centro de Francia, provisto de amplios poderes, figuran entre los más interesantes de los tres años transcurridos en país enemigo, y puedo decir también que he conservado el mejor recuerdo de mis compañeros de entonces, verdaderos soldados excepcionales.

Condújeles después a la batalla de Orleans, en la que estuve orgulloso de mis voluntarios; fueron tan bravos frente al enemigo, como astutos e incansables lo habían sido durante el reconocimiento; eran por añadidura hábiles tiradores, habituados desde su infancia a dar en el blanco.

Pero prefiero describir en un capítulo especial lo que nosotros vimos de la batalla de Orleans.

X

La primera batalla de Orleans (11 Octubre 1870.)

Las circunstancias nos impusieron aquel día una tarea en apariencia relativamente fácil; pero bien mirada, dificultosa, a causa del reducido número de hombres a los que incumbió; es justo decir, sin embargo, que, gracias a ellas, se evitó una sorpresa cuyas consecuencias hubieran sido muy desagradables para toda el ala izquierda alemana.

Entonces no di gran importancia a todos los episodios que voy a describir, dado que mis hombres y yo no tomamos sino una parte pequeña en la acción general, y sobre todo, porque los acontecimientos que siguieron, mucho más impresionantes, debilitan el recuerdo de los primeros.

Pero en el momento actual pienso de manera muy diferente. No se me oculta que la aparición de mi reducido destacamento, en el instante favorable, y en el buen sitio, fue más útil para la causa general de las armas alemanas que, más adelante, la brillantísima parte que tomamos en la batalla.

Sálimos muy de madrugada.

Nuestro pobre teniente primero, Schrenk, se había fatigado tanto la víspera, que no solamente estaba en la imposibilidad de dar un paso, sino ni siquiera de montar a caballo.

¿Debo decir, para no mentir, que la cosa no me era desagradable? Así podía hacer lo que bien me pareciese y disponer a mi antojo de mis hombres, respecto a la batalla futura, de mi «banda», como la llamaba bromeando alegremente. Sabía además, que ahora nos queríamos bien los unos a los otros, que me seguirían como un solo hombre.

Schrenk llevaba junto a su coche un jinete y dos infantes.

Tomé al otro jinete conmigo, y partí al trote, a fin de informarme; mis hombres seguían detrás la carretera que va por Crottes, hacia Orleans.

Todo estaba tranquilo; no se distinguía, a lo lejos, ni amigos ni enemigos. Pasé al trote por Aschêres, y me dirigí hacia Ruan, en donde me detuve para observar la carretera de París a Orleans, que se extendía a tres kilómetros y medio de nosotros.

Vi allí largas columnas que se dirigían hacia el Sur. El oficial de húsares que nos anunció ayer el movimiento de hoy sobre el Loire, no se había equivocado. Volví al Este, hacia el sitio por donde debían llegar mis cazadores; los vi que avanzaban por las alturas de Neuville-aux-Bois, en medio de una vasta llanura donde la vista se extendía hasta lo infinito.

Tranquilizado por lo que a ellos concernía, emprendí otra vez el trote, y llegué a Neuville, en donde no percibí ni la sombra de un soldado.

Me encontré, pues, solo con mis 45 hombres, a unos nueve kilómetros al Este del ejército alemán, en país extranjero y enemigo.

Al reflexionar un poco, no pude dudar de que el objetivo de nuestro ejército era efectivamente Orleans. Podía, igualmente, pensar que los franceses no nos abandonarían, sin defenderlos, el bosque que se extendía al Norte del Loire y la rica ciudad de Orleans.

El camino que seguían mis cazadores conducía también a Orleans; pero se unía lejos con la carretera de París, y distaba aún unos siete kilómetros de su entrada en el inmenso bosque.

¿Qué ocurriría mientras que atravesáramos aquellos bosques, de unos 14 kilómetros de anchura? ¿No me vería cortado de nuestro ejército y puesto en mala situación? ¿Y qué haría entonces si me veía cercado por fuerzas enemigas superiores?

Todavía estaba a tiempo de llegar sin dificultades a la carretera de París y unirme a la columna principal, pasando por Trinay y Buci-le-Roy. Pero al hacer esto, me exponía a quedarme a la cola del ejército o entre las reservas, cosa que quería evitar a toda costa.

Pensé entonces que tenía conmigo a mis cazadores, y ¡qué cazadores! ¡voluntarios y bávaros! Unos mozos como aquéllos sabrían abrir los ojos, y no habría que pensar en que cayesen prisioneros.

Poco nos importaba el que tuviéramos que habérmolas con fracciones de caballería enemiga.

En cuanto a la infantería, no podía tener mejor vista que nosotros, y, además, seguramente que no soportaría los mismos esfuerzos que nuestros cazadores.

Fuera lo que fuera, ya sabríamos salir del paso cómo pudiéramos.

Tomé, pues, la resolución de dirigirme hacia Orleans, a través del bosque, confiado en mi atención, en la de mis hombres y en mi suerte.

Volví, pues, a mi destacamento, que continuaba avanzando, infatigable, y comuniqué a mis compañeros lo que había decidido y lo que podía ocurrirnos.

No demostraron ninguna inquietud; al contrario, el lado aventurero de todo aquello les divertía, y siguieron avanzando, más contentos que nunca.

Continué adelante, con mi jinete, para reconocer el terreno; sirviéndome de mis gemelos, no vi nada que pudiera acusar la presencia del enemigo. Juzgué, pues, inútil esperar a mis soldados, que se hallaban todavía a cosa de kilómetro y medio, y entré en el bosque, prudentemente y prestando oído.

A los cinco minutos, al llegar a un claro, vi la importante población de Saint Lyé; no había trazas de enemigos; algunos campesinos solamente, que no me vieron, circulaban por el camino y se hablaban con visible emoción.

Avancé lentamente por el borde del camino, mientras que me ocultaban los árboles; luego, cuando llegó el momento en que de un instante a otro podía ser descubierto, hice que mi caballo tomase el centro del camino, y, picándole espuelas, me precipité al galope al pueblo, seguido por mi acompañante.

Los campesinos se dispersaron como si el rayo hubiese caído entre ellos; oíanse por todas partes gritos de terror: «¡Los prusianos, los prusianos!» Y todo el mundo desapareció en las casas.

Nos reímos mucho de aquella cómica fuga; después, queriendo asegurarnos, por lo menos superficialmente, de que el pueblo no estaba ocupado, lo recorrimos a lo largo; en ninguna parte había huellas del paso del enemigo.

Contuvimos los caballos, y volvimos al paso al centro del pueblo, que contaba unos 825 habitantes.

Vi a un aldeano que miraba por una ventana, le llamé y le ordené que bajase.

No obedeció, le amenacé, pero no hizo caso.

Se me acercó entonces una mujer, y se informó de lo que yo deseaba; la interrogué, y me dijo que nunca había entrado en el pueblo ningún alemán, y que los franceses se habían marchado de allí la noche anterior.

Me expliqué entonces la emoción causada por mi aparición; yo era el primer bávaro que veían los buenos habitantes de Saint Lyé.

Me esforcé en sacar de la buena mujer todos los informes posibles; mientras tanto, el sexo fuerte del lugar había recobrado ánimos, y los aldeanos acudieron poco a poco; al principio llegaron uno a uno, luego por grupos, hasta el punto de que al cabo de un instante nos rodeaban a mi jinete y a mí centenares de aquellas gentes.

Muy pronto empezaron a animarse y a excitarse unos a otros; los que estaban detrás, gritaban a aquellos con quienes yo hablaba que no me contestasen; muy pronto comprendí que a todos les animaba la excelente intención de concluir con nosotros. Nos tomaban, sin duda, por una patrulla de flanco; hasta uno de ellos, mocetón de pelo negro, explicaba a sus comparsas, en voz bastante alta y bastante clara para ser comprendido, que si se nos despachaba, no podríamos ya transmitir informes y que sería una buena obra realizada en interés del ejército.

Sin embargo, como sabía yo que mis cazadores iban a aparecer de un momento a otro, no me inquietaban los amables proyectos de aquellos aldeanos; pero cuando dos de ellos, que parecían más exaltados que los otros, se nos acercaron provistos de hoces, cambié de actitud; saqué el revólver y apunté a aquellos dos individuos.

Alzóse un murmullo general.

Cada cual trataba de excitar a su vecino, pero nadie se atrevía a ponerse frente a mi revólver.

Mi acompañante había desenvainado el sable, y dirigía a los aldeanos miradas tan furiosas, que tampoco se atrevieron con él.

A pesar de todo, nuestra situación no tenía nada de envidiable. Entonces vi, frente al pueblo, cerca del camino, el brillar de un relámpago; comprendí inmediatamente que se trataba del acero de un fusil. No había duda; la punta de mi destacamento estaba allí, en el bosque, muy cerca del pueblo, y el grueso de mi tropa no podía estar muy lejos.

En aquel momento, la agitación de los aldeanos recobraba intensidad.

No vacilé; alcé el revólver, disparé al aire y grité con todas mis fuerzas:

—¡Atención! Ahí llegan mis cazadores; dentro de poco habrá aquí 3.000 bávaros; esto no es más que la vanguardia.

Todas las miradas se volvieron hacia la entrada del pueblo.

Mi sargento mayor, que había ocupado mi puesto a la cabeza de la tropa, había oído la detonación, y, persuadido de que me encontraba seriamente atacado, dejó el bosque en que se hallaba a cubierto, se precipitó al camino seguido de sus hombres, y pronto llegaban todos aquellos bravos clamando por nuestra salvación.

Para demostrarles que no había ocurrido nada grave, levanté la mano y les hice señal de avanzar más despacio.

En cuanto a los aldeanos, es de creer que las exclamaciones alemanas no eran de su gusto, porque se dispersaron al punto y desaparecieron como conejos en sus madrigueras.

Mi primer cuidado fue enviar patrullas fuera del pueblo y poner centinelas en las entradas. Luego mandé llamar al alcalde, que se presentó sin tardar y se informó respetuosamente de los deseos del «señor capitán».

Debo decir de paso que era la primera vez que me gratificaban con aquel nuevo grado que, una vez de vuelta a mi país, hube de esperar más de diez y seis años.

¡Sueño y realidad!

Como no podía detenerme mucho tiempo y no quería llevar estorbos de ganado, me contenté con pedir al alcalde que se me entregase, lo más pronto posible, vino, pan, queso, mantequilla y salchichas; luego le comuniqué que iba a tener el gusto de recibir a 3.000 infantes bávaros y 500 jinetes, y que seguramente le iría mal si no iba todo de la mejor manera.

¿Cómo se comportó después de mi marcha? No sé, pero lo que no ignoro es que ante mi mentira, que se creyó como es natural, se le pusieron los pelos de punta. Inútil es añadir que recibimos profusamente cuanto pedimos.

Y mientras que comían, mis hombres amplificaban, y yo también, la buena historia de los 3.000 bávaros; luego seguimos adelante.

A eso de las nueve y cuarto, nos encontrábamos a cuatro kilómetros de Saint-Lyé, en el centro del interminable bosque de Orleans; nos faltaban todavía para llegar a la linde Sur unos ocho kilómetros; íbamos entonces por lo que se llamaba el «camino antiguo de Orleans a París», que había de conducirnos, en línea recta, a la primera de estas ciudades.

De pronto, hacia la derecha de nuestro frente, se oyeron cañonazos a una distancia que calculé de unos cinco kilómetros.

Por segunda vez me encontraba ante una decisión que tomar, y muy embarazosa.

¿Había que tomar por la derecha, a través del bosque, sin seguir las sendas, y dirigirme hacia donde se oían los tiros? Este partido, aunque lleno de dificultades y penalidades, era aceptable; bastaba una brújula para orientarse.

¿Pero a qué? ¿No valía más continuar nuestra marcha hacia Orleans?

Opté prontamente por esto, y seguimos andando con la mayor rapidez posible.

Tenía que relevar frecuentemente mis patrullas de los flancos, por las dificultades que encontraban al avanzar entre malezas mientras que nosotros íbamos por el camino. No nos retrasamos, sin embargo, y a eso de las once no quedaba ya bos-

que alguno a nuestra izquierda, y solamente un poco por la derecha.

Frente a nosotros se alzaba el pueblo de Montarán.

—Mi teniente—exclamó de pronto uno de mis hombres,—allá abajo, entre las casas, veo brillar algo que parece tropa.

—¡Alto!—ordené;—tumbaos y ocultaos.

Me apeé, hice que se llevaran mi caballo a retaguardia, y me puse a observar con los gemelos.

Había, en efecto, caballería, unos dos escuadrones que avanzaban en dirección del bosque.

¿Qué eran? ¿Prusianos? Evidentemente no. Todos se hallaban a nuestra derecha, por donde se oía sin interrupción el cañoneo.

Por mucho que miraba, no podía distinguir, a causa de la excesiva distancia. Sin duda alguna, eran franceses: alemanes, se hubieran dirigido sobre Orleans, y no en sentido contrario, y, además, no habíamos visto ninguno de éstos, ni ayer ni hoy, en toda la extensión situada al Este de nuestra dirección de marcha.

Di mis gemelos a los sargentos, luego a unos soldados; ninguno pudo afirmar nada. Uno creyó ver los pantalones rojos, pero no logró convencerme.

Lo que me persuadió, sin embargo, de que los que tenía frente a mí eran franceses, fue el hecho de que avanzaban al paso todos aquellos jinetes en tales momentos, cuando se oía tan vivo cañoneo cerca de la carretera de París; de ser alemanes, hubieran ido más de prisa.

Tomé prontamente una decisión.

—¿Podéis calcular—dije—la distancia que hay de aquí a allí?

Juzgamos de acuerdo que sería de unos 1.500 pasos. Tal vez hubiera algo más en realidad, porque todo estaba bañado por una atmósfera luminosísima, y teníamos que mirar de cara al sol.

—¡El alza a 1.500 pasos: 1.600 por la mitad derecha! ¡Apunten!... ¡Fuego!

Los tiros sonaron alegremente, repetidos en el bosque por los ecos.

—¡Apunten!... ¡Fuego!

Con sólo observar la marcha de aquellos jinetes, íbamos a poder darnos cuenta de su nacionalidad: si se dirigían a Orleans, seguramente eran franceses; si tomaban el camino del bosque, eran alemanes.

Tomaron la dirección del Loire: eran franceses.

—¡Apunten!... ¡Fuego!... ¡Fuego graneado!

A los dos minutos, toda la tropa había desaparecido tras las casas de Semoy y de las granjas circundantes.

Hice tocar el «alto el fuego». En aquel momento el tiroteo de nuestra derecha se hacía más intenso, y empezaba otro en dirección del Petit-Songis.

Ya no había que pensar en seguir hacia Orleans; me decidí a tomar por la linde Sur del bosque, y me dirigí hacia la carretera de París.

El episodio que acabo de describir tuvo, sin duda alguna, cierta influencia sobre el resultado de la batalla.

Es evidente que la aparición de tres o cuatro escuadrones sobre el flanco izquierdo alemán, o sobre la retaguardia de nuestras tropas, hubiera podido provocar una especie de separación, y hasta producir quizá muy desagradables sorpresas.

¿Y quién sabe si aquellos escuadrones no eran seguidos por otros que, al ver que los primeros eran recibidos a tiros cerca de Montarán, renunciaran a hacer más amplio conocimiento con tan singulares compañeros?

No sé si dimos a algunos, no lo creo, puesto que la distancia era seguramente mayor de la que calculamos al principio; tampoco se me ocurrió la idea de pararme para comprobarlo, ni de debilitar mis fuerzas destacando una patrulla.

¿No era mucho más interesante el cañoneo sobre la carretera de París?

Ignoro lo que hubiera hecho en mi lugar un profano al

oír el tronar aquel; pero estoy completamente seguro de que cualquier compañero militar habría hecho lo que yo.

El fragor del combate atrae como un imán y como si se fuera a encontrar allí una mujer amada; ¡ay!, por lo general, no se encuentra más que una prometida muy fría, cuyo beso os mata, o, lo que es más horrible todavía, os mutila u os estropea.

Se va, sin embargo, se va hacia ese llamamiento misterioso como va el corzo hacia el espejuelo del cazador, donde cree encontrar cosas exquisitas, y en donde, por lo general, le espera espantosa muerte.

Sería muy fácil, si se quisiera, mantenerse alejado de la batalla cuando se está destacado en los flancos, pero no se puede; la sangre que hierve, la mirada agudizada, la atención tendida, realizan cosas sobrehumanas para llegar a tiempo de batirse y no perder nada de la batalla.

¿Es en el hombre un sentimiento bestial, que en semejantes momentos le impulsa hacia adelante? ¿No es más que una manifestación de su instinto batallador, o el placer del homicidio y la matanza?

Seguramente no.

Podéis sostener lo que queráis, señores pacifistas; podéis contar a los niños y a los pobres de espíritu que la guerra hace al hombre más grosero, y que ahoga en él todos los mejores sentimientos.

Nosotros responderemos que eso es falso, archifalso, y que tenemos suficientemente la experiencia de la guerra para poder contradeciros.

Sí, el hombre se hace más rudo; los seres refinados, las gentes de salón, las formas afeminadas desaparecen, así como los vanos títulos y las apariencias engañosas; de la guerra salen hombres más bravos y más audaces, caracteres más nobles, almas mejor templadas.

En ella se ejerce el verdadero compañerismo; se cultiva, por raro que pueda parecer, el amor del prójimo; en ella nacen,

crecen y prosperan las nobles virtudes que nos hacen amar a nuestros antepasados, el desprecio de la muerte, la sangre fría, el amor del sacrificio; en ella arraigan las cualidades que constituyen la fuerza de un pueblo; el amor de la patria, la fidelidad hasta la muerte a su rey y a su país; en una palabra, en ella se realizan las bellas y grandes acciones, y por esto necesitamos de vez en cuando una guerra, a fin de impedir que caigamos en la molicie, en la pereza y en el lujo, así como en el nepotismo y en el materialismo inmoral y grosero.

Ved Bélgica e Inglaterra con sus apóstoles de la paz, y comparadlos con nosotros; leed la historia y la caída del imperio romano, estudiad esos largos períodos de tranquilidad y sus consecuencias, y tratad luego de hablarnos todavía de la paz eterna, de la fraternidad universal, de los tribunales de arbitraje y de todas esas teorías fastidiosas.

Queréis presentarnos ángeles, y son, en vez de corazones leales e íntegros, perezosos, muelles, sibaritas y seres sin carácter.

La guerra es una necesidad; solamente ella forja a los hombres; así ha sido siempre, así es hoy y así será seguramente también...

.....
.....
.....

—Veo allí unas tropas en línea que tiran hacia el Sur, y frente a nosotros unos cañones; seguramente son de las nuestras, puesto que miran en dirección de Orleans.

—Sí—conteste,—son de las nuestras; el enemigo está allá abajo sobre ese talud del ferrocarril que han ocupado... Vamos a poder cojerle por detrás, pero seamos prudentes... ¿Veis esa granja delante de nosotros? Parece abandonada; vamos a ir a ella rápidamente y arrastrándonos. Sobre todo que nadie tire hasta que yo lo mande, adelante, a la granja de ladrillos rojos y ocultarnos todo lo posible.

A los diez minutos, todos mis cazadores estaban reunidos en la aldea de Maillard.

Los franceses estaban a cuatrocientos pasos de nosotros, un poco a nuestra izquierda; ocupaban el lado este del talud del ferrocarril y tiraban en dirección de la carretera de París.

No nos habían visto.

—El alza a cuatrocientos pasos... ¡Fuego a discreción y calma!

A los franceses les sorprendió muy desagradablemente nuestro saludo.

—¡Por vida de...! se escapan ya. Son insensatos... ¿Pero cómo es que no tienen pantalones encarnados?

—No importa; lo esencial es que no sean alemanes, lo que es bien fácil de ver. Seguid tirando... Apuntad más alto... ¡Alto el fuego! Tuvimos que esperar a que se disipara el humo porque no se veía ya.

—Sobre aquel grupo, cerca del paso de nivel, el alza a cuatrocientos cincuenta pasos, fuego a discreción!

Era un verdadero placer; afortunadamente, por la mañana, había repartido mis cartuchos de reserva; teníamos en qué utilizarlos.

—¡Alto el fuego! Ahí avanzan los nuestros... Dirección, los dos álamos cerca del talud del ferrocarril... ¡Paso gimnástico, marchen!

Tras una carrera de dos minutos y medio, llegamos al famoso talud, en donde se encontraban nuestras tropas. Apenas podía dar crédito a mis ojos; la fracción que allí estaba era la tercera compañía del primer batallón de cazadores bávaros; allí estaba mi antiguo sargento Baenner.

—¿Qué ocurre?—le pregunté.

—Tenemos orden de avanzar a lo largo de la vía, con el tercer batallón del doce; ha hecho usted bien en volver, mi teniente.

—¿Dónde está nuestro teniente primero el barón de Rehin? ¿Sigue mandando la compañía?

—Sí, mi teniente; el señor barón está al otro lado del talud.

—¿Quiere usted mandarle decir que estoy aquí? Voy a dirigirme a esas casas que se ven a la izquierda de la vía, y seguiré siempre a la izquierda de la compañía... Envieme usted también a los hombres de mi sección que estén de más en el talud.

La columna entera, formada por el cuerpo número 12, bajo las órdenes del coronel von Narcin, se dirigía hacia adelante.

—Mi teniente, todas esas viñas están llenas de franceses; tendremos que ir más hacia la izquierda, porque si no nos van a coger de flanco.

—En efecto, están fuertemente desplegados; pero, ¿en dónde está nuestra patrulla de la izquierda?

—Allí abajo, detrás de esa tapia.

—Bien... Dirección, la casita de persianas verdes... ¡En pie, paso gimnástico, marchen!

Llegamos pronto.

Entonces empezó por nuestra parte un verdadero tiro al blanco. Tampoco los franceses se mostraban inactivos, y nos hacían fuego con rara energía; suplían con el número lo que les faltaba de puntería y calma, pero no nos hicieron mucho daño.

Habíamos ocupado todas las casas dispersas y tirábamos por las ventanas y las lucernas, sin dejar ver más que lo justo para poder apuntar.

Las balas francesas se estrellaban en las paredes exteriores; algunas caían a veces en las habitaciones, pero no nos causaban daño.

—¿Dónde está?—gritó de repente alguien que llegaba, haciendo un ruido formidable.

Era mi antiguo asistente Plefferlé, que entraba en la habitación que yo ocupaba; se arrojó sobre mí y me tendió la mano.

—Mi teniente—me dijo,—oí decir que estaba usted aquí; mi puesto está al lado de usted.

El bravo muchacho debía pagar con la vida su afecto a mi persona; fue herido de muerte en las viñas, y tal vez se hubiera librado, de permanecer en el talud del ferrocarril.

Mientras tanto, habían ido llegando varios de mis soldados de la tercera sección; pero no tenía tiempo de ocuparme de ellos, porque los franceses acaparaban toda mi atención.

—Quisiera saber quiénes son esos soldados que llevan pantalones grises, y que se están batiendo muy valientemente...

—Majele, tira a ese oficial que está apoyado en una cruz.

—En seguida, mi teniente; y, dirigiéndose a un compañero, añadió: Tenme la pipa un instante, y, sobre todo, no me la dejes apagar.

—Bien apuntado, Magele; ya está... ¡Alto, no tiréis! Esos hombres vienen para llevarse al que acabas de matar.

—Mi teniente, en el talud todo el mundo se dirige hacia adelante.

Corrí a otra ventana para darme cuenta por mí mismo, y miré a la vía; en efecto, todo el mundo se dirigía hacia la estación de Aubrays.

Mucho me hubiera alegrado poder dar también la orden de atacar. Tenía hormiguillo en las piernas, pero la cosa no podía ser; las viñas que estaban a la izquierda de la estación estaban aun fuertemente ocupadas, y teníamos que impedir a toda costa que se produjera un movimiento envolvente sobre nuestra ala izquierda.

Cada empuje del enemigo hacia el talud del ferrocarril podía comprometer la toma de la estación por nuestras tropas.

Teníamos que permanecer en donde estábamos, y continuar tirando, a fin de quitar a los señores franceses las ganas de dirigirse a la estación.

—¡El alza a trescientos pasos! Apuntad a las rodillas de los que estén de pie; apuntad bajo a los otros.

Tuvimos que sostener, durante cerca de media hora, un

verdadero duelo de fuego; el enemigo, escalonado en las villas, contaba de 200 a 250 hombres, y hubiera sido una locura por nuestra parte intentar un ataque...

Mientras tanto, el tercer batallón del 12 y nuestra tercera compañía habían tomado por asalto la estación.

Ciertamente es penoso ver a los compañeros lanzarse a la victoria, mientras que uno se encuentra inmovilizado y en la imposibilidad de participar del triunfo; pero no se puede ni se debe considerar, en tales casos, sino el interés general. La personalidad de cada cual debe borrarse, no es más que una cifra; no se puede tener en cuenta la voluntad y los deseos íntimos de los individuos; un solo pensamiento debe animar y guiar al soldado, pensamiento que podría traducirse así: «Haz cuanto esté de tu parte para facilitar la victoria, aun cuando te cueste hacerlo.»

La lucha que sostuvimos en la granja no nos causó, afortunadamente, muchas pérdidas; en total, un herido grave y tres leves.

Claro está que no nos cubrimos de gloria; pero debía consolarnos la idea de que habíamos sostenido indirectamente a los nuestros, mientras que realizaban el asalto a la estación, protegiendo su flanco izquierdo de un ataque enemigo.

Cuando se ocupó la estación, y los franceses comprendieron que iban a ser rebasados, abandonaron sus posiciones y se replegaron en dirección de Orleans.

Los perseguí, durante algún tiempo todavía, con nuestro fuego; luego avancé con mi tropa hasta la altura de la estación.

Los franceses la habían puesto en estado de defensa de una manera perfecta, y fortificada con ayudas de empalizadas.

No tardé en descubrir una parte del terreno que, hasta entonces, me había ocultado una colina cubierta de viñas; vi ante mí una fábrica de gas que acababa de atacar un batallón del 12; a su izquierda, más viñas, en las que se amparaba una línea muy extensa de tiradores franceses.

En este momento, tuve que calmar de nuevo el ardor guerrero de mis cazadores; no me pedían otra cosa que unirse a los que iban a tomar por asalto la fábrica, para participar también del triunfo.

Pero me era preciso, como hacía un momento, evitar toda sorpresa desagradable sobre nuestra izquierda; me detuve, pues, y ordené el fuego a 450 pasos. Era evidentemente lo mejor que podía hacer; era, en mi opinión, indispensable.

Permitáseme, no obstante, decir que no me halagaba nada realizar el tiro, cuando hubiera podido subir al asalto y hacer uso de mi sable, como en Beaumont y en Sedán.

En aquella época fuimos verdaderamente afortunados. Creíamos que una batalla no era completa sin un buen asalto; pero tuvimos que hacernos más modestos en lo sucesivo, y contentarnos a menudo con permanecer, como insectos, pegados al suelo, de donde trataban de desalojarnos fuerzas cinco veces superiores.

Era lo bastante soldado, sin embargo, a pesar de mis veintidós años, para reconocer que el abandono de nuestra posición hubiera permitido al ala derecha francesa un rodeo completo de nuestras tropas, lo que era preciso evitar a toda costa.

Mientras tanto, nuestra situación se había hecho, poco a poco, muy desagradable; no estábamos protegidos, y los franceses, aunque inhábiles, al tirar mucho me hicieron sufrir penosas pérdidas.

Hubo que darse cuenta, de otra parte, que el ataque a la fábrica de gas había sido, por lo menos, prematuro y llevado con efectivos insuficientes.

Los franceses tomaban ahora la ofensiva por todas partes con fuerzas muy superiores a las nuestras, y no tardaron en obligar a nuestros bravos compañeros del 12.º a batirse en retirada, a pesar de una resistencia heroica.

Debo decir que las tropas que teníamos enfrente eran muy brillantes; eran, como lo supe por un herido, zuavos pontificios, mandados por un capitán llamado Le Gonidec; no eran

otros que aquellos tiradores uniformados de gris de los que ya he hablado, y que durante toda la jornada nos dieron tanto que hacer.

La retirada del 12.º continuó desgraciadamente hasta la estación, y el enemigo seguía avanzando, y la misma posición que yo ocupaba, fue igualmente atacada por fuerzas muy superiores.

Comprendí al pronto que no nos sería posible contener a nuestros adversarios, descubiertos como estábamos, en pleno campo, y que pronto, si permanecía allí, me vería envuelto.

No me quedaba nada mejor que hacer que volver al talud del ferrocarril, y seguirle hasta la estación para cooperar a su defensa.

Di en consecuencia mis órdenes, y al poco tiempo toda mi tropa estaba reunida en la vía férrea.

Allí encontré al jefe de mi compañía, el teniente Barón de Rhein, que, con una calma de la que poseía el secreto, dirigía el fuego de sus hombres sobre las viñas de Aides y las situadas al Oeste de la línea ocupada por los franceses.

Como no podía ser útil en aquel lugar, y como, después de todo, no pertenecía aún a mi compañía, me dirigí a la estación, como lo había decidido.

Allí encontré al teniente Barón de Waldenfels, de mi batallón, que acababa de asumir, de la manera más enérgica, la defensa de aquel punto capital.

Ocupamos en seguida los puestos que estaban libres, y tomamos parte con la mejor voluntad en el fuego dirigido contra los franceses, cuyas líneas avanzaban por todas partes.

—¡Oh! ¡buen tiro!

Acababa de recibir un formidable cachete; un proyectil había arrancado un trozo de madera de la empalizada, a cuyo lado estaba yo mirando, y el trozo me dió en la mejilla.

Uvas cuantas gotas de sangre, y nada más; a los dos días no me quedaba señal.

No faltaron más, sin embargo, que cinco centímetros para

que la bala se alojase en mi cabeza; me hubiera evitado muchas tonterías que había de hacer más adelante.

¿Fui protegido en aquel instante, por una oración de mi madre? No lo sé, a pesar de estar seguro de que mi madre, no dejó de rezar durante toda la campaña para procurar a su hijo la protección del cielo.

Tal vez pensó en mí en aquel momento tan grave.....

El violento fuego que, desde la estación hacíamos sobre el enemigo, causándole grandes pérdidas, le obligó a detenerse y permitió al 12.º reponerse. Al mismo tiempo, la 4.ª brigada, en un combate de casa a casa, se apoderaba del pueblo de Aides.

Aprovechándose de que el enemigo, frente a la estación de Aubrays, parecía algo quebrantado, el 12.º, á las cinco y media de la tarde, intentó un nuevo ataque contra aquella fábrica de gas que ya tomara una vez.

Como todavía me hallaba independiente en aquel momento, puesto que seguía mandando mi fuerza de reconocimiento, compuesta de hombres de procedencias diversas, y como además había tenido suficiente paciencia toda la jornada, reuní a mis cazadores y me agregué a la columna de asalto.

Fue un alegre empuje, del que, sin embargo, no gustamos sino a medias, porque el enemigo se puso a batirse en retirada antes de que hubiésemos podido alcanzarle a la bayoneta.

Nos apoderamos fácilmente de la fábrica; desde allí perseguimos con nuestro fuego al enemigo que huía ante nosotros hasta que hubo desaparecido por completo... y así terminó para nosotros la batalla.

Por nuestra derecha cesó también prontamente el fuego; nada hubiera podido revelar que allí acababa de desarrollarse un largo y sangriento combate, a no ser por el incendio de las afueras de Orleans iluminando el cielo, mientras que un soberbio ocaso proyectaba sus rayos de oro sobre toda la región.

Pronto supimos, por las patrullas de cabeza, que el enemi-

go había sido completamente derrotado; era, pues, una nueva victoria alcanzada por nuestras tropas, una ciudad rica y poderosa que caía en nuestras manos.

Orleans fue ocupado por toda la 1.^a división, así como destacamentos de la 22.^a división prusiana.

Pensé en escribir de prisa una tarjeta postal a mis padres.

«He combatido en Orleans, todo va bien; os saluda vuestro hijo Carlos.»

Pero el deber me llamó.

Reuní a mis hombres y los conduje, como estaba convenido de antemano, a las ambulancias, en donde había de encontrar a nuestro primer teniente Schrent.

En el camino nos enteramos de que nuestro batallón de cazadores había sufrido bastante en la batalla; tenía dos oficiales muertos, varios heridos y muchos hombres fuera de combate.

Nuestra brigada era la que más había padecido de todo el cuerpo de ejército; éste perdió aquel día 40 oficiales y 537 soldados.

Me afectó mucho la herida de mi compañero de colegio, el teniente Barón van der Tann, a quien una bala le había atravesado la cadera.

Era ya noche cerrada cuando encontré por fin al jefe de nuestro destacamento; al día siguiente me dió permiso para dirigirme al Estado mayor de nuestro Cuerpo, a fin de solicitar la dislocación de nuestra pequeña tropa, cuya misión había ya terminado.

De madrugada, partí a caballo para Orleans.

El espectáculo que se desarrollaba ante mis ojos era de los más pintorescos: columnas de todas armas, trenes de municiones, ambulancias, vehículos de bagajes, caballos llevados de la rienda, tropas en marcha, entre las que no era fácil abrirse paso en las callejuelas de Aides, todavía humeantes, como tampoco después en el barrio Bannier de Orleans.

Llegué por fin a amplios bulevares que formaban, alrede-

dor de la ciudad, un vasto medio círculo; reinaba allí una animación completamente guerrera; batallones, baterías y escuadrones, vivaqueaban bajo los corpulentos árboles; y todas aquellas unidades se ocupaban en arreglar sus armas y sus equipos, a fin de estar de nuevo prestas a continuar la batalla.

En Orleans era un continuo vaivén; oficiales de todas las armas llegaban a la ciudad, el uno con informes, el otro en busca de órdenes; todos admiraban la belleza de las calles y permanecían extáticos ante la magnífica plaza de Martroi, en cuyo centro se eleva, en bronce, la Doncella.

Los habitantes empezaban a salir de sus casas y nos observaban con la mayor curiosidad; había muchos también que nos contemplaban con animosidad visible; seguían con miradas de rabia a sus vencedores germanos, quienes, por su parte, se dedicaban a sus quehaceres tan tranquila y apaciblemente, que se les hubiera creído, no en plena guerra, en medio de una ciudad enemiga y conquistada, sino en las grandes maniobras en alguna amable localidad de su propia patria.

Obtuve, no tardando, las indicaciones que había ido a buscar, y, satisfecho, me volví a mi puesto, no sin haber tenido antes el cuidado de buscar, en el hotel de la Bola de Oro, dos botellas de champaña.

Horas después, mi destacamento se descomponía.

Ciertamente sentí separarme de la mayor parte de aquellos bravos que tuve a mis órdenes en el transcurso del más interesante y más accidentado de los reconocimientos, pero me felicitaba también de volver a mi batallón.

Nuestro buen teniente coronel nos recibió con palabras de afecto; sabía ya, por referencias, que nos habíamos portado bien en la estación de Aubrays.

A medio día entramos en Orleans, al són de la música.

Me alojaron con mis compañeros Scheneckenbecher, Müller y Gullmann, en casa de un señor Bourgeois, en el barrio de Borgoña, bastante medianamente por lo demás.

Pasado algún tiempo, fui nombrado oficial de órdenes en

el Estado mayor de la tercera brigada. Entonces empezó para mí la época más interesante y más instructiva de mi vida de oficial.

A ella me referiría con gusto, si alguna vez quisiera la suerte que tomara parte, en Francia, en una nueva campaña victoriosa, porque, seguramente, una guerra futura no comportará tantos acontecimientos diversos como se presentaron en el transcurso de unas cuantas semanas, de mediados de Octubre de 1870 a principios de Enero de 1871... y, aun admitiendo que esto fuese, ¿quién me dice que había de pertenecer al cuerpo de ejército favorecido por la fortuna?

XI

Orleans y sus alrededores.

«La Chapelle, cerca de Orleans, 30 Octubre 1870.»

»Mis queridos padres, mi querida hermanita: Aprovecho unos instantes de tranquilidad para escribiros una larga carta, en la que os daré muchos detalles sobre mi estancia en Orleans.

»Primeramente las buenas noticias: he sido nombrado ayudante de órdenes en el Estado mayor de la brigada. Terminadas, pues, las interminables marchas entre el polvo de las columnas, ahora monto a caballo y me paseo por todas partes, delante, detrás, en fin, por donde va el general.

»En mis momentos de ocio, hago excursiones por los alrededores de Orleans, y hubiera ido ya hasta Beaugeney, si no me hubiesen detenido los tiros de unos individuos.

»En suma, mis queridos padres, todo va a maravilla, y espero que lo mismo sucederá en casa.

»Oid ahora la halagüeña vida que llevamos aquí desde el 11 de Octubre.

»Ya sabéis cómo aquel día llegué a la ciudad, después de la batalla.

»Fuimos alojados, los tres oficiales de la compañía y yo, en casa de un tal Bourgeois, un francés desagradable, en donde nunca hemos estado a gusto. Así es, que salíamos todo lo posible para visitar a fondo las curiosidades de Orleans.

»Es una ciudad magnífica de unos 49.000 habitantes; está rodeada casi por completo de amplios y bellos boulevares, que ocupan el sitio de los antiguos baluartes, y que el Loire bordea describiendo una gran curva.

»La joya de Orleans es la plaza del Martroi. Allí se encuentra la más importante de las tres estatuas elevadas a Juana de Arco, la libertadora de la ciudad.

»Hay que mirar detenidamente para reconocer en ella la imagen de una joven, y no la de un general de caballería. Monta según las reglas, al estilo de los hombres, y no está mal sentada, pero sus talones podrían estar un poco más bajos.

»Me he fijado en todo esto, porque desde hace ocho días soy jinete; pero te ruego, hermanita, que no te burles de mí.

»Os decía, pues, que nuestra Juana de Arco monta a caballo como un hombre; mira altivamente hacia adelante, y tiene la punta de la espada inclinada al suelo.

»Mi patrón pretende que inclina el arma ante Dios, en señal de gratitud por la victoria que se sirvió otorgarle; pero entonces, ¿por qué no baja también los ojos, la cabeza y, sobre todo, la nariz, cuya actitud irrespetuosa carece en absoluto de piedad y resignación?

»Hubo, durante mucho tiempo, aun después de nuestra llegada, coronas alrededor de la estatua, con toda suerte de inscripciones. Una de ellas decía en gruesas letras de oro, sobre ancha cinta: «¡Salvad a la pobre Francia!»

»Inútil es decir que no hacemos ningún caso de estas bromas, y que dejamos a los orleaneses con sus intencionadas plegarias respecto de nosotros.

»Hay todavía en Orleans otras vírgenes, en bronce o piedra, que quiero describiros.

»La segunda se encuentra en el extremo del magnífico puente del Loire, frente al barrio de San Marcelo; es de la misma composición que la primera, sobre pedestal de mármol cerrado de bajorrelieves.

»Esta representa verdaderamente una mujer.

»No monta a caballo, lleva un bonito traje femenino bastante gracioso, y no ofrece un rostro descaradamente masculino, como el general de caballería de la plaza del Martroi. Lleva una bandera en la mano izquierda, y en la derecha una espada, que dirige hacia el suelo y parece señalar el camino a las tropas que conduce a la victoria.

»Su figura no es de un extremo candor; pero debo decir, sin embargo, que el conjunto produce una impresión agradable, casi bella.

»La tercera, que prefiero con mucho, se encuentra en el patio del Ayuntamiento. Esta es verdaderamente una muchacha, no muy bonita quizá, pero digna y recogida; se ha quitado el casco y los guanteletes, tiene las manos cruzadas sobre el pecho, y baja humildemente la cabeza hacia la cruz que forma su espada, para agradecer a Dios las grandes cosas que le ha permitido realizar.

»Esta última imagen no permite bromas; os conmueve, aunque sea la menor y la más modesta de las tres doncellas de Orleans. Las otras nos hacen pensar en parisienses adornadas para un baile de espectáculo.

»Ya os dicho que Orleans es una ciudad encantadora; posee muy lindas calles y preciosas construcciones de estilo «Renaacimiento». Entre éstas, la casa de Diana de Poitiers me place particularmente; la del Rey Francisco I, en la calle Reconnaissance, es muy interesante, así como la de Inés Sorel, en la calle de Taboury.

»Para tener idea de lo que es la calle de Juana de Arco, entre cinco y seis de la tarde, imaginaos una hermosa vía rec-

ta y larga, con amplias aceras y tiendas brillantemente iluminadas, algo como la Maximilienstrasse de Munich; oficiales que se pasean de un extremo a otro, con gran ruido de sables y audaces miradas a las muchachas. Por el arroyo, húsares a caballo, dragones, coraceros, en mescolanza.

»Es la hora en que todos los que han venido á ver la ciudad regresan a sus acantonamientos; de aquí el gran número de jinetes.

»He ido diferentes veces a admirar la magnífica catedral, llamada de Santa Cruz, una verdadera maravilla gótica. No tiene nada de común, por lo que se refiere al estilo, con nuestros templos de la misma época, y aunque de arte diferente, los iguala en belleza.

»Sorprende sobre todo ver los campanarios «rasos», que á primera vista dan la impresión de que faltan las puntas; pero se habitúa uno pronto, y se acaba por hallar completamente natural semejante particularidad.

»La misma observación se aplica también a la catedral de Reims y a Nuestra Señora de París.

»Esto me lleva a referiros una historia muy divertida, que ocurrió, estos últimos días, en Orleans.

»En la tarde del sábado 22 se dió la orden de que al día siguiente habría servicio religioso, y que la música del primer batallón de cazadores prestaría su concurso.

»Grande fue el embarazo de nuestro maestro, porque las principales piezas de su repertorio se encontraban probablemente todavía en Longjumeau con los bagajes de bulto; los músicos no tenían consigo sino cuadernos de bolsillo con marchas y bailables, pero ni el menor trozo religioso.

»La música sabía ciertamente de memoria «la oración después de la retreta»; pero no le era posible, sobre todo ante la guarnición reunida, tocar siempre e indiferentemente la misma pieza, en el introito, en la epístola, en el ofertorio, en el prefacio y en las otras partes de la ceremonia.

»Esterl, como se llamaba nuestro maestro de música, estaba muy perplejo, como podéis figuraros.

»Le sugerí una idea: «Oiga, le dije: haga usted que toquen algunos valeses, ya muy lentos, lo más despacio posible. Verá usted cómo todo irá bien, y no se descubrirá la trampa. Aun admitiendo que se note algo, nadie dirá palabra. En estos casos, se hace lo que se puede.»

»Esterl me atendió..., y el domingo nuestra música tocó en la misa mayor unos valeses tan deliciosos, que todo el mundo quedó embelesado. Sus melodías, bien cadenciosas, resonaron tan soberbiamente bajo las espaciosas bóvedas del enorme edificio, que yo mismo, que sabía lo que se tocaba, me maravillé.

»Todo el mundo murmuraba después de la función religiosa: «Son el diablo esos cazadores.» Y Esterl recibió más de una felicitación. Solamente el capitán Gries, muy versado en el arte musical, puso una cara muy rara. Llamó aparte al maestro, le habló unos momentos y luego prorrumpió en una carcajada formidable.

»Hasta los franceses, asombrados ya al ver ir a la iglesia a aquellos diablos azules como personas civilizadas, y más a una iglesia católica, quedaron maravillados con nuestra música. No podían dar crédito a sus ojos ni a sus oídos al ver a nuestros hombres seguir tan correctamente la música y al escuchar nuestras imponentes melodías.

»Y bien mirado, podría pensarse que sus defensores de pantalones encarnados no eran capaces de hacer otro tanto.

»Lo que hace a Orleans muy agradable es el Loire. Su gran puente de piedra, con sus macizos arcos, me recuerda en todo el de Ratisbona; no le falta más que el «Gockel» y el San Nepomuceno.

»Tiene el río, particularmente en la orilla izquierda, magníficos muelles, cuyo conjunto, principalmente de noche a la luz del gas, forma un espectáculo delicioso. Algo más allá del puente se encuentra la isla de Carlomagno, cuya vista es también muy agradable.

»El 21 de Octubre se dió la orden de llevar todas las lanchas y los demás medios de transporte que pudieran servir para el paso de las tropas, a la orilla derecha, y echarlos a pique para inutilizarlos.

»En cuanto a los puentes, todo estaba dispuesto para volar el del ferrocarril y el que acabo de citar, de modo que pudiéramos, en todo momento, si los franceses llegaban por el Sur con fuerzas superiores, hacerles imposible el paso del Loire en Orleans.

»En la orilla izquierda, y muy cerca del puente, había una enorme barcaza, arreglada para establecimiento de baños, con altas casetas; era un verdadero hallazgo para nuestra compañía de ingenieros, encargada de destruir los medios de comunicación.

»No tardaron en atravesar el río con sus canoas y escalar la barcaza en cuestión.

»En la isla se divertía una partida de muchachos; jugaban, sin duda alguna, a ladrones o a la «guerra», porque entre ellos había vencedores y vencidos, siendo estos últimos los alemanes, por de contado.

»En cuanto los chiquillos vieron subir a nuestros ingenieros a la barcaza, se acercaron curiosos y trataron de saber lo que iba a pasar. No tardaron en comprender, al ver las faenas de nuestros soldados y las cuerdas tendidas en la otra orilla, que se tenía la intención de llevar allí su famosa barca.

»Un descarado preguntó si sus compañeros y él podían aprovechar la ocasión para pasar sin pagar. El teniente de ingenieros que dirigía la operación les concedió el permiso, y en seguida treinta francesitos pasaron a sentarse a bordo.

»Una multitud, cada vez mayor, agolpada en el puente y en los muelles, asistía al trabajo de nuestros pontoneros, sin comprender nada.

»La barcaza se puso en movimiento, y los chicos gritaron como una bandada de pájaros.

»De pronto se hizo alto en mitad del Loire.

»El teniente hizo entonces subir a todos los muchachos sobre las casetas, y, una vez hecho esto, ordenó quitar las escalas por las que habían trepado.

»Empezó a reinar un silencio de muerte.

»Mientras tanto, algunos de nuestros hombres habían anclado la barca, otros habían sondado la profundidad del agua y otros estaban ocupados en el puente. De pronto, el oficial y todos sus hombres saltaron a las canoas amarradas a las bordas, y ganaron la orilla a fuerza de remos.

»La barcaza se quedó sola en medio del río con los treinta francesitos.

»Al principio, la risa fue general; sólo los que estaban encaramados en las casetas se mostraban azorados.

»Pero he aquí que de pronto la barcaza empezó a hundirse.

»Los primeros que lo observaron fueron los espectadores franceses que estaban en el puente, donde también me encontraba yo.

»Los gritos que se lanzaron en aquel momento son increíbles.

»Podéis pensar que no nos echaban flores; pero, en verdad, que la cosa nos hacía reír, tanto más, cuanto que nos dábamos perfecta cuenta de que el agua no era lo bastante profunda para sumergir la barca; lo sabíamos por el mismo teniente de ingenieros, quien pretendía que ni siquiera llegaría el agua a la mitad de la altura de las casetas.

»Sin embargo, la barca se hundía cada vez más.

»¡Si hubierais visto a nuestros franceses! Poníanse casi agresivos, y creo que hubieran llegado a las vías de hecho, si la vista de nuestros sables, que brillaban de una manera poco tranquilizadora, no les hubieran infundido respeto.

»Se me acercó un hombre, y con ademán suplicante me preguntó lo que se iba a hacer de aquellos pobres inocentes.

»—Ahogarlos como gatitos—le contesté secamente.

»La emoción era cada vez mayor; me oí llamar prusiano asesino.

»Mientras tanto, los chicos se habían dado cuenta de la aventura, y, naturalmente, tomaban parte en el concierto.

»La algarabía era infernal.

»Algunos hombres quisieron lanzarse contra los pontoneros, sentados tranquilamente en sus canoas; pero, como estaban algo alejados de la orilla, no pudieron hacerlo.

»Hay que decir de paso que unos soldados tenían orden de prestar socorro inmediato a los muchachos que fueran tan imprudentes que se tiraran voluntariamente al agua. Ninguno lo hizo.

»Por fin, la barca cesó de hundirse; el agua no llegaba ni siquiera a la mitad de la altura de las casetas.

»El público, que se había mostrado cada vez más exaltado, no tardó en darse cuenta a su vez de la realidad. Así aprendí a conocer el carácter francés bajo un nuevo aspecto: en cuanto todas aquellas gentes comprendieron la broma, recobraron al punto su buen humor.

»Todos reían a cual más y se burlaban de los pobres prisioneros; se hubiera creído uno sencillamente en el teatro.

»Sólo los náufragos no se divertían; seguían resignados, y varios continuaban llorando.

»Algunos, sin embargo, tranquilizados, se complacieron en adoptar aptitudes teatrales, y parecían decir, arrogantes: «Estamos satisfechos de morir por nuestra patria.»

»Todavía se les dejó bastante tiempo en mitad del Loire; nuestros ingenieros terminaron primeramente cuanto tenían que hacer, y destruyeron todo lo que podía servir para el paso del río.

»Ya tarde, se enviaron canoas para traer a tierra a los abandonados que, en cuanto desembarcaron, echaron a correr, como perros mojados.

»Después se echaron a pique las últimas embarcaciones.

»Dejadme ahora, queridos padres, que os hable de la alegre vida de hotel que llevamos aquí.

» Los tres principales de Orleans están ocupados por nuestros tres cuarteles generales.

» El Estado mayor del cuerpo de ejército se encuentra en la «Bola de oro», establecimiento de los más tranquilos; en cuanto a los Estados mayores de la división, ocupan los hoteles del Loiret y de Orleans, mucho más alegres.

» En el hotel de Orleans, donde yo estoy, he bebido ya más champaña yo solo que durante toda mi existencia en Alemania. Debo decir que poseemos suficiente dinero para que nos permitamos procurarnos cuanto deseamos.

» Me ha ocurrido, hace unos días, en unión de un compañero de la landwer, una historia que me ha debido poner en ridículo.

» Habíamos encargado una buena comida (9 francos por cubierto sin vino), en la que, entre otras cosas excelentes, nos sirvieron alcachofas.

» Yo no había visto nunca estas legumbres en casa, y Prestlé, mi compañero, aunque hombre de campo, no las conocía tampoco.

» El mozo nos trajo, al mismo tiempo, aceite y vinagre, y se fué. Después de contemplar por todos lados aquellas hermosas plantas verdes que se parecían a gruesas peonías abiertas, les echamos aceite y vinagre, y después las cortamos concienzudamente con el cuchillo para comer algunas hojas.

» Pero eran tan coriáceas, que no podíamos tragarlas; tras repetidos ensayos, Prestlé y yo tuvimos que renunciar.

» Mientras que duró esta escena, los mozos no habían hecho más que mirarnos con expresión algo irónica, por lo que comprendí que debíamos de haber cometido una torpeza.

» Quedamos completamente convencidos de ello cuando tres franceses se presentaron también a comer, y se hicieron servir alcachofas.

» Les vimos tomar las hojas con la punta de los dedos, arrancarlas, mojarlas en aceite y vinagre, y pasarlas entre los dientes.

»No nos atrevimos a pedir más alcachofas; pero al día siguiente, en el hotel del Loiret, en compañía de varios oficiales de la primera división, las pedí para empezar, y las saboreé a la moda francesa, con verdadero deleite.

»Uno de mis vecinos, que desconocía también tales legumbres, se asombró de vérmelas comer así.

»—Pues así se toman—le dije.—¿no lo sabía usted;—y me mostré muy asombrado a mi vez de semejante ignorancia.

»—No—me contestó;—en mi país, en nuestros pinares, no se dan esas plantas; las cómo por primera vez.»

«Si le hubiera tratado más, le habría contado gustoso mi aventura de la víspera; pero como no éramos íntimos, me contenté con murmurar:

«—En el Palatinado somos más favorecidos, allí se da todo.»

»Creed, queridos padres, que ya no ignoro cómo se toman las alcachofas a la vinagreta.

»El 23 de Octubre, nuestra brigada recibió la orden de salir de Orleans. Aquel día tuve el gusto de lucirme por primera vez en mis funciones de ayudante.

»Me han dado un magnífico caballo negro, lo que no me impide, si se me antoja, montar otros caballos del Estado mayor.

»No os podéis figurar con qué satisfacción galopo de un extremo a otro de la columna.

»Estoy tan contento, que me parece un sueño.

»Y mi caballo negro—una captura del 11 de Octubre—se porta perfectamente; salta que es una maravilla; le he bautizado con el nombre de Orleans.

»Por el momento, pues, estoy satisfecho de lo que se me ha reservado a los veintiún años, y no deseo más que algunos combates felices en los que me lleve mi bravo «Orleans», y después... ¿quién sabe? Tal vez venga antes de lo que espero. ¿No he oído decir ya que he sido objeto de una propuesta? (1).

(1) Poco tiempo después, recibí, por lo de Sedán, la cruz bávara del Mérito militar.

»Nuestra brigada había de marchar de vanguardia contra el bosque de Marche-noir, en donde parece que había masas de franceses.

»Nuestro Estado mayor se detuvo en La Chapelle, a 3 kilómetros de distancia de la puerta de Santa Magdalena de Orleans.

»Estoy muy bien alojado en casa de un señor Leroy, hombre sumamente amable.

»El pueblo está admirablemente situado. El Loire corre contra el jardín de mi masa, y le bordea un delicioso sendero que le sigue hasta Orleans.

»Debo decir que hay aquí un gran seminario, dependiente del obispo de Orleans, el célebre monseñor Dupanloup, y era necesario establecer una vía de comunicación práctica entre su palacio de la ciudad y el seminario de la Chapelle; de aquí el excelente camino de que acabo de hablaros.

»Hace días que encontré a ese hombrecillo invisible, de penetrante mirada, y hube de desagradarle profundamente.

»Me habían encargado de llevar un informe a la división, y, como es natural, iba al galope por el sendero episcopal.

»Mientras que caminaba, le vi y le reconocí al punto en su sotana de seda violada.

»Le saludé.

»Hizo, al verme, un gesto de desagrado, y miró con insistencia las pisadas de mi caballo negro.

»Quizá temía que, al pasearme de aquella manera, derrumbase su pulido sendero en las profundidades del Loire.

»Lo único que echo de menos en La Chapelle es mi batallón.

»Mis cazadores se hallan actualmente en la vanguardia, en Hersseau-sur-Maine, en compañía de los húsares de la división de caballería del Conde de Stolberg. Les hago frecuentes visitas.

»A menudo también doy lindos paseos con motivo de los reconocimientos que me encargan al exterior; así, con el fin

de estudiar el terreno para ciertas eventualidades, he recorrido Couluniers, Baccon, Bardon y Menng.

»No siempre carecen de peligro semejantes excursiones; anteayer, por ejemplo, cuando me disponía a pasar por Saint-Ay, en donde se encuentra el 12.º, para llegar a Menng y Beaugency, fui saludado por media docena de individuos, que, desde las alturas de Messas, me enviaron unas cuantas balas.

»Afortunadamente, había entre ellos y yo bastante distancia, por lo menos 600 metros; pero las balas de chassepot me silbaron en los oídos muy desagradablemente, y me hicieron tomar aprisa el camino de casa.

»Entre mis compañeros prusianos de la división he encontrado muy buenos muchachos.

»Una tarde hemos ido juntos a divertirnos a Huisseau; muy felizmente para mí, el caballo conocía el camino.

»Nos divertimos mucho aquel día al ver a nuestro teniente primero, el Barón de Reitzenstein, del 4.º de caballería ligera, presentarse a un teniente de húsares, que se llamaba también el Barón de Reitzenstein.

»Llevaban ambos el mismo nombre, no se conocían, y ni siquiera eran parientes.

»Hay en las avanzadas momentos muy desagradables; diariamente nos enteramos de patrullas que han sido atacadas y, a veces, exterminadas.

»Debo decir que, en general, los franceses son cada día más insolentes. Han tratado de desmontar y matar a mi compañero de colegio Gienanth, de caballería ligera, que es de Hochstein, en el Palatinado, y al que conocéis. Pero se equivocaron.

»Gienanth desenvainó, pegó a derecha é izquierda con tanta fuerza, que varios aldeanos dejaron la piel, luego picó espuelas y se abrió paso entre la muchedumbre.

»Hubiera querido oírle jurar. ¡Lo hace tan bien!

«Pensad que mi pobre amigo, Luis van der Tann, también

antiguo compañero de la Escuela de Guerra, se encuentra gravemente herido en Orleans.

»Recibió un balazo, no lejos de aquella estación en que yo mismo estuve a punto de que me matase un zuavo pontificio; el proyectil le atravesó la cadera, y le produjo graves lesiones internas.

»Al principio se creyó que no saldría; pero parece que hoy está algo mejor.

»Ayer me han enviado a requisicionar. Es una cosa que no me gusta mucho, pero que, sin embargo, tiene que hacerse; por fortuna, se presencian a veces aventuras cómicas, como la que voy a contar:

»Se trataba de buscar avena; no era fácil, porque desde el 11 de Octubre, además de nuestros jinetes bávaros, había tres brigadas de caballería que arramplaban con cuanto hallaban a mano, incluso cebada, que concluimos por dar de alimento a nuestros caballos.

»Marché, pues, sin esperanzas, acompañado por un ordenanza del Estado mayor, el cual, por su parte, era optimista.

»Visitamos sin resultado dos granjas que estaban á orillas del Loire; después llegamos a otra mayor, en la que vimos en seguida dos percherones blancos, gordos y lustrosos.

»Al preguntar si sería posible encontrar avena, se nos contestó, naturalmente, como de costumbre: «No hay nada, absolutamente nada.» Mi ordenanza no se dió por satisfecho; no se tuvo por vencido, porque había observado que en el estercolero de los dos percherones había granos de avena. Pero era preciso dar con el escondite. Visitamos todas las cuadras, todos los rincones, pero en vano; no encontramos nada, ni mi ordenanza, ni el suboficial de la escolta, ni un carrero que nos acompañaba, ni yo mismo.

»El casero sostenía enérgicamente que alimentaba a sus caballos con el heno que habíamos visto en los alrededores, y que nos había parecido demasiado malo para nuestros animales.

»Tal vez, insinué, encontraremos en la bodega lo que buscamos. Al oír la palabra «bodega» el amo de la casa se inmutó visiblemente.

»¿Era esto un indicio?

»Nuestro hombre, sin embargo, a pesar de su azoramiento, tomó la delantera y nos condujo a una hermosa bodega, donde se encontraban alineados respetables toneles de vino.

»Ni un solo saco de avena.

»El dueño, creyendo que iba a hacerle una observación respecto al vino, y bastante agitado, me dijo que el contenido de sus toneles había sido ya embargado y que aquellos estaban vacíos.

»En apoyo de su dicho, se apresuró a abrir varias espitas. Nada salió, en efecto.

»Mi ordenanza no parecía convencido, sin embargo; la sola vista de aquellos toneles le había provocado una sed que le costaba trabajo disimular.

»Tomó de manos del francés la linterna que éste había traído, iluminó cada tonel, abrió él mismo las espitas una tras otra y dió repetidos golpes con la empuñadura de su sable en diferentes sitios.

»El sonido que salió de los toneles no era a vacío, pero tampoco como si contuvieran vino.

»El ordenanza dirigió de repente su linterna al suelo, se bajó y recogió algo; luego vino a mí, y me mostró en su mano varios granos de una magnífica avena.

»Se colocó frente al campesino, le puso la mano bajo la nariz y gritó:—«¡Mira tú, aquí tienes avena!»

»Lo que buscábamos estaba, pues, en los toneles. El propietario no persistió más tiempo en su mentira; en cuanto a nosotros, nos apoderamos de todos los sacos que pudimos encontrar y los llenamos de avena hasta los bordes.

»De ella estaban repletos la mayor parte de los toneles.

»Cuando emprendí el camino de mi acantonamiento, en-

contré en la carretera de Saint-Ay unos compañeros, húsares negros, que volvían de Orleans.

»Preguntáronme al punto en dónde había podido encontrar tanta avena.

»Me guardé muy bien de informarlos, porque pensé que, si habíamos de continuar aún mucho tiempo en aquella región, me convendría más de una vez conocer, para nuestro Estado mayor, un buen almacén de provisiones no aventado todavía por los señores jinetes.

»Tiempo es ya de que termine esta carta, mis queridos padres; no os quejaréis esta vez, os he escrito largo.

»Si tenéis ocasión, mandadme más chocolate, que me agrada mucho.

»Estaremos bien de comunicaciones mientras que permanezcamos en la zona de Orleans.

»Muchos cariños y besos de vuestro

Carlos.»

N. B.—No olvidéis que mis nuevas señas son: «Ayudante de órdenes en el Estado mayor de la 3.^a brigada de infantería bávara.»

CAPITÁN TANERA

LOS COMIENZOS DE EL GRECO

En una colección de curiosidades de Arte hispánico (*Cosas de España*) no podía faltar El Greco; que antes, al contrario, debe figurar en ella en primer término. De los extranjeros que, de pasada o por largo tiempo, pusieron su talento al servicio de España, quizá ninguno ejerciera sobre los españoles tal hechizo, sin echar a mala parte esta palabra.

• Fue El Greco una figura internacional si las hay. Era un griego auténtico, y no fue este el menor de los humorismos que presidieron a su nacimiento. Cretense de origen, este precursor de la moderna vida aventurera transfórmase en Italia en veneciano, y habla de sus asuntos a Pablo y a Bassano, para concluir españolizándose en Toledo. Pero, en fin de cuentas, no se parece a nadie más que a él mismo; «yo soy sólo yo». Es el pariente más cercano del héroe de Cervantes, un loco sublime que persigue un ideal con fe inquebrantable y con medios insuficientes. La tenacidad con que apremiaba al mundo, conviértele en espanto de las iglesias españolas, persigue a los viajeros como la virgen de broncíneos pies de Sófoles al hijo de Clitemnestra. Es una pesadilla de espectros; todo en sus cuadros es espectral: la monstruosa longitud de sus figuras, el cadavérico color de los semblantes, los ondulantes trazos de los deshuesados cuerpos, la falta de proporciones del ambiente; y espectral, sobre todo, la premura abocetada, desconocida hasta

entonces, y que con frecuencia nos subleva, con que traslada al lienzo las visiones que le acosan. Aquel mismo cuadro de Toledo que pasaba allí por su obra maestra, y que cuando menos le hizo popular, era también una aparición de espíritus. Nos referimos al *Entierro del Conde de Orgáz*, donde las almas de los Santos Agustín y Estéfano se aparecen al fúnebre cortejo de hidalgos admirablemente retratados, y depositan en la tumba el cadáver del armado caballero.

¿Y de dónde venía este visionario? De la Edad Media cristiana, de Bizancio, de aquella escuela artística en que predominaban la sujeción literal y la ciega obediencia á la tradición. Firmaba sus cuadros en lengua y caracteres griegos, que eran jeroglíficos para los españoles, y en los cuales se apellidaba cretense con gallarda arrogancia, desafiando el odio extranjero. En los templos griegos había recibido sus primeras impresiones y acaso su primera educación artística. Así, cuando llegó a Venecia, pudo creerse en su patria a la sombra de San Marcos, el más grande monumento de la arquitectura bizantina en Occidente. Y reminiscencias innegables de Bizancio hay en sus cuadros, aunque se manifiesten allí en una supervivencia espectral: en la simetría de la composición, en el mirar de frente de las figuras, en el sombrío tono del colorido. De lo que no conserva nada es del suntuoso sosiego, de la desencantada majestad de sus mosaicos. Sus coros de ángeles parecen poseídos de un vértigo báquico, y dijérase que una explosión los ha lanzado en apiñado revoltijo.

El joven griego llegaba a la Venecia del quiniento, y el poder del presente, más que su innato genio pictórico, le advertía de que sólo allí se encontraba la verdadera pintura. El espíritu de su arte le llevaba á extasiarse ante la poesía cromática del envejecido Tiziano, del cual se hizo admirador entusiasta. El Kyriacos se hizo un Domenico, según el aforismo de Goethe:

«Lejos de mí la rígida frialdad;
El mayor dón del hombre es la emoción.»

Pero el venecianismo no fue su última palabra. El ansia de originalidad no le permitía ningún descanso. En una nueva metamorfosis dió de lado al colorido italiano para producir, en un refinado y calculado sistema de admirables cacofonías cromáticas, el triunfo del arte y la última afirmación de su genio.

La repugnancia hacia el arte petrificado del Oriente le había llevado a adoptar el impresionismo; el anarquismo artístico fué luego su triunfo, la emancipación, no sólo de la tradición eclesiástica y de todo lo convenido, sino también de la verdad de la Naturaleza, de las leyes de la gravedad y aun del decoro. El sistema nervioso preponderaba en él sobre el buen gusto, la razón y el método. La inspiración le apremiaba con la fuerza irresistible de una alucinación, e impaciente por contemplar sus frutos, despreciaba el orden de la técnica, y con una arrogancia que sólo se encontraría entonces entre los habitantes de Bedlam, abandonábase al placer de indignar a los filisteos.

Suele citarse con frecuencia la frase de un español que, hablando de El Greco, ha dicho que nadie le igualaba cuando lo hacía bien, ni nadie tampoco cuando le daba por hacerlo mal; pero en una misma obra no es raro ver mezclado lo bueno y lo malo en las producciones de El Greco.

Es indudable que en sus obras se vislumbran temas importantes, y que por ellas cruzan relámpagos geniales nacidos del espíritu del asunto y de las impresiones de su greco-veneciana juventud. Parecía poseer un órgano sensitivo para recoger lo individual de las facciones, expresiones y gestos, y esta disposición hubiera hecho de él un retratista, un precursor de Velázquez; pero la desmesurada longitud de las estiradas cabezas y el «color de colérico» que da a las facciones de sus modelos, comunica a sus retratos el aspecto de caricaturas de vástagos decadentes de una raza que toca ya a su fin.

Lanzado de su casa por un problema patológico, impulsado por la suerte a caminos cada vez más ásperos, constituye en la Historia el caso más monumental de degeneración artística.

caso sin igual en su historia y en la del arte mismo. De ahí la asombrosa admiración y hasta el acatamiento que ha hallado en nuestros días.

*
* *

Mis estudios sobre este pintor datan de un viaje que allá por Agosto de 1874 hice á Venecia, donde en la Galería Maupin encontré, bajo el nombre de Barocci, aquellas tablas que parecían una copia, cuando no el primer boceto, del célebre *Espolio*, que yo recordaba de Toledo. Pero esta obra me había parecido allí como la más espiritual de la época anterior a Velázquez. ¿Cómo su autor había subido tanto para caer luego tan bajo? De su prehistoria italiana nada se sabía entonces (1). Su reputación había descendido al más bajo nivel por la impresión que hacían las figuras de sus lienzos. Al recorrer yo en 1881 los salones del Museo del Prado, en compañía del excelente pintor y director del mismo, D. Federico de Madrazo, hablóme éste de los Grecos que había allí en una sala retirada, expresándome su sentimiento por no poder arrojar del Museo caricaturas tan absurdas. Y Sir Carlos Robinson, que poseía un ejemplar de *La Purificación del Templo*, pensaba que siempre es demasiado lo que se paga por un Greco. Por último, al mostrarles yo a distintos directores de Museos el tesoro adquirido en la Galería Maupin, que a toda prisa y sin declararlo había logrado sacar fuera de la frontera italiana, pude notar que me miraban de soslayo. La revista *Graphische Künste*, a la que ofrecí el presente estudio, se negó a publicarlo.

Pero pintores que nunca habían visto ninguna obra de El Greco, reconocieron en el autor de aquellas tablas á un colorista de primera fuerza, casi igual en jerarquía a los grandes

(1) «Tout, d'ailleurs, est demeuré énigmatique de ce qui touche à l'existence de cet artiste.» P. Lefort: *Peinture espagnole*. Paris, 1893, página 114.

maestros venecianos, a los que no iba en zaga en cuanto a la energía de la expresión, arte para coger los detalles característicos y traza para disponer el conjunto. Dedicuéme entonces a estudiar las obras suyas, que pasaban casi inadvertidas en los museos italianos, y pude convencerme de que aquélla había sido su época más brillante. ¿Cómo llegó a ser luego el pintor de los *crueles borrones*, que decía Pacheco, y del cual murmuraban los sacristanes de las iglesias españolas que era un loco?

En Venecia.

Desde principios del siglo xv, la colonia griega de Venecia, engrosada por la corriente de emigrantes que el Imperio Bizantino en sus postrimerías lanzaba sobre ella, había ido ganando progresivamente en importancia. En 1498 fundó la colonia una *Scuola* propia para los efectos del culto y de la beneficencia, y á ella se le encomendó el patronato de la iglesia que León X (1514) había permitido construir. Ya en 1539 se puso la primera piedra del nuevo edificio de San Jorge de los Griegos, cuyo plano había trazado Sante Lombardi. Una nueva oleada de inmigrantes afluyó a Venecia en el siglo xvi, á la caída del dominio Veneciano en El Peloponeso y la pérdida de Chipre; y el número de los griegos establecidos en la península se elevó a 4.000. Las imprentas griegas, de las que ya había tres en el siglo xv, tomaron un vivísimo impulso; de esta colonia salió la vivificadora cultura neohelénica, y ella fue la que trazó el camino al renacimiento espiritual de la Grecia.

En el decorado pictórico de la iglesia nacional tomaron parte griegos y candiotas más o menos apegados a sus tradiciones bizantinas. Sabemos, es verdad, que Tintoretto, en 1589, fue consultado para los mosaicos con que se adornó la cúpula, y que también se tuvo en cuenta su opinión para enmendar los planos. Pero en el siguiente decenio fue rechazado un boceto de *El Salvador*, de mano de Palma el Joven, dándole la

preferencia a otro del griego Tomio Batha. Sólo que los más capaces de esos griegos habíanse por completo italianizado; como aquel Antonio Bassillacci, hijo del pescador Estéfano de Milo, nacido en 1556, que en 1571 llegó a Venecia y que tan cerca anduvo del Tiziano. Este Bassillacci pintó algunos episodios históricos de los que adornan la sala grande del Consejo, como *La coronación de Balduino* y *El asedio de Tiro*, en la sala del Escrutinio, y llenó de su pompa paolesca la iglesia de San Pedro de Casinesi, de Perugia.

Entre los jóvenes a quien el viejo Tiziano atraía a sí y daba ocupación había también dos de origen griego, que llevaban el mismo nombre, no ciertamente helénico, de Domenico. Se comprende que tales *forestieri* hayan sido olvidados; sus nombres pasaban inadvertidos aun en los lienzos donde ponían su firma. Ambos Domenico han sido luego tomados por una misma persona, aunque en la Crónica del Tiziano median tres lustros de uno a otro.

El primero, que se llama a sí mismo *pintor veneciano*, era un famoso pintor: *Domenico dalle Greche* (1), *depentore venetiano*. El segundo, mucho más célebre, solo fue conocido durante siglos en España como *El Griego*; en Italia yacía en el olvido Domenico Theotocópuli.

El nombre de aquel primer Domenico dalle Greche sólo era conocido hasta aquí por un grabado en madera, de 1539, trabajado según un dibujo del Tiziano y compuesto de doce cuerpos. También se le deben las ilustraciones del *Viaje a Palestina*, de Ulrico Prefat von Wilkanan, publicado en 1547, en Praga. A estos dibujos se refieren algunos documentos que, en 1878, encontré en el Archivo de Venecia. Entre aquellas ilustraciones figura una vista de la iglesia del Santo Sepulcro, que recientemente se ha reproducido, y en la que se ven animados grupos de figuras nacionales y exóticas, según el estilo de la escuela veneciana.

(1) Sobrentendiéndose *contrade*.

A juzgar por esto, debió Domenico emprender una peregrinación a los históricos lugares de la Palestina, donde pudo contemplar la *Sagrada ciudad de Jerusalén con todas las estaciones, el templo del Santo Sepulcro, la montaña de Sión con todos sus reliquias, Bethania, el monte de las Olivas y el valle de Josafat, con sus ya casi extinguidos misterios*. A su vuelta encontró en Roma un protector en la persona del español Pedro de Zárate, Caballero de la Orden del Santo Sepulcro, *scudiere* y comensal de Pablo III. Por sus instancias trasladó aquellas vistas en color, obtuvo el privilegio pontificio en 1 de Abril de 1547, y en 28 de Agosto el de la Señoría.

Quizá sus relatos de aquel viaje por la Tierra Santa sirviesen de estímulo al Tiziano para emprender un boceto del *Faraón*.

La vida del segundo griego Domenico, y sus andanzas por Venecia e Italia antes de su ida a España, estuvieron largo tiempo en el más absoluto misterio. Sin embargo, en 1885 publicó ya Amadeo Ronchini una carta del miniaturista Julio Clovio, la cual vino a arrojar una luz inesperada sobre la juventud del artista cretense. Esa carta, fechada en 16 de Noviembre de 1570, dirigióla el firmante desde el Palacio de Farnesio en Roma, a su protector el Cardenal Alejandro Farnesio, que, como Legado *a latere* de la provincia del Patrimonio, residía en Viterbo, en el Palacio Rocca, que Vignola había restaurado por encargo suyo.

«Ha llegado a Roma un joven candiota, discípulo del Tiziano, que, a mi juicio, es cosa rara en pintura, habiéndose hecho, entre otras cosas, un autorretrato que ha sido el pasmo de todos los pintores de Roma. Celebraría poderle poner bajo la protección de V. E. para que, sin encargarse de su manutención, le diese solamente, por algún tiempo, habitación en el Palacio Farnesio, hasta tanto que él pueda arreglar sus cosas. Suplico, pues, e imploro de V. E. se digne escribir a su mayordomo para que le habilite un cuarto en dicho palacio; V. E. pue-

de estar seguro de que hará con ello una buena obra digna de sí mismo y por la que yo le quedaré reconocido.» (1)

Que Theotocopuli fue discípulo del Tiziano, como por esta carta se comprueba, habíalo ya presumido su biógrafo español Palomino; pero los críticos modernos, y en fecha muy reciente Morelli, han puesto en duda este detalle. Esos críticos sólo conocían las obras que produjo en España, y éstas, a decir verdad, recuerdan más al Tintoretto. Los lienzos que del período de su juventud en Italia se conservan, y que apenas si se tienen en cuenta, hacen pensar, como sus denominaciones indican, en Bassano, en Paolo y hasta en Barocci. Esto dió pie para que se le atribuyese una educación ecléctica, formada a salto de mata. A Clovio hizole el efecto de un joven; la época de su aprendizaje debe colocarse, pues; en el sexagésimo año de aquel siglo. Aquella fue la época en que el Tiziano adoptó el estilo que caracteriza sus últimas obras, y este estilo fue luego para El Greco una obsesión. Aquel ángel que en *El Lepanto*, del Tiziano, del Museo del Prado, vemos lanzado boca abajo, asoma en todas sus visiones. Posible es que Domenico ayudase al anciano maestro en sus miniaturas, por ejemplo, en las que hizo para Felipe II (2), deseoso de demostrar su destreza. A más de esto,

(1) Atti e memorie di storia patria per le provincie Moden. e Parmensi III, 270. Módena, 1875.

Es notable la repetición de un juicio semejante en la misma Roma casi tres siglos después.

Mi ricordo varj anni fa di aver veduto a Roma un bel ritratto con armatura, posseduto da un negoziante, che tutti giudicavano di Tiziano, il Restauratore trovó la firma di Theotocopuli.

Así me escribía el 12 de Abril de 1878, hallándome en Venecia, el pintor Cav. Jorge Mignaty, de Florencia, un griego de Corfú.

(2) Acaso fuese el aventajado discípulo que el Tiziano, en carta a Felipe II, alaba como colaborador suyo en el *San Lorenzo*: «non restando di adoprar in questo Oratio mí figliulo et suo servitore insieme con un altro molto valente gionine mio discepolo, 2 Decembre 1567».

Crowe: Life of Titian, II, 536.

las maravillas de Pablo Veronese y Tintoretto, que le rodeaban, debieron grabarse en sus ávidos ojos.

Clovio que, según las biografías, era un caballero magnánimo y servicial, ayudó al joven candiota en la medida de sus fuerzas. En el apoyo que le prestó influyó, a no dudar, aparte la recomendación del Tiziano, el origen griego de su protegido. Clovio mismo firmaba sus miniaturas como macedonio (*Julius Macedo fec.*), y así se apellidaba también en los diálogos de Francisbo D'Hollanda. Su madre era de origen ilírico; pero él había nacido en Grizane, en Croacia. En los grabados en cobre que Cornelius Cort hizo en Roma, según sus cuadros, sobre todo en los años 1567-69, se llama *de Croatia* y también *Illiricus*. Domenico firma siempre Cretense (Κρής). Fue la lengua griega la que no tardó en reunir a dos artistas tan distintos, anciano el uno, joven el otro, que la casualidad había traído a un mismo punto desde tan lejanos países.

Es un detalle curioso el que Domenico abandonase al Tiziano, y fuése a Roma a presentarse a Clovio el mismo año en que Cort emprendía el viaje inverso. Dijérase que se había hecho un trueque.

Un punto queda aún por precisar, a saber: si Domenico fué a Italia directamente desde Creta o si nació en Venecia de padres griegos. Ni en el registro parroquial ni en el Archivo de la Colonia se ha podido hallar su nombre, según me aseguró, el entonces Prefecto de la Marciana, Giovanni Veludo, que con gran diligencia los había examinado.

Poseía nuestro artista una cultura poco corriente entre pintores; Pacheco, que lo visitó en Toledo, habla de escritos de su puño y letra sobre las tres artes, y parece haberse ejercitado además en la estatuaria y en la arquitectura. La escritura helénica con que firma sus cuadros indica que pasó su juventud en un ambiente griego.

A juzgar por los nombres de artistas cretenses, que no eran raros en esa época (1) en la isla, parece que la Administración

(1) En el año 70 encontramos en la colonia, ocupado en cosas de su

veneciana ejerció una acción favorable a la cultura. Esta presentaba entonces un aspecto totalmente distinto del que muestra hoy después de dos siglos largos de dominio turco. Los intereses de los países sometidos al estado veneciano no quedaban malparados bajo aquel régimen de severa aristocracia. Desde 1204 pertenecía la isla a los venecianos, habiendo formado antes parte del Imperio de Oriente y sufrido a su caída el yugo mahometano. Aunque aquellos *duchi, provedittori y rettori* no fundaban academias, veíanse obligados a llevar allí sus instituciones civiles y domésticas. Los viajeros hablan de sus numerosos palacios, de grandes parques y jardines, sin rival en todo Levante. Desde la época de Delmonti, que recorrió estos países por encargo de Cosme de Médicis y permaneció allí tres años, habíase fijado la atención en sus antigüedades; y Jacobo Foscarini, Alvise, Grimani y otros trajéronse obras de mármol griego de los lugares de desolación de la desaparecida *εκατόμβολις*. Los venecianos allí residentes debieron admitir en sus casas jóvenes aventajados y llevarlos consigo a la ciudad de las lagunas.

Aquel cuadro de la Galería Maupin sirvióme de estímulo también para perseguir las huellas de su autor, no tardando en reunir una serie de cuadros anteriores a su viaje a España, conservados en Galerías italianas e inglesas, y que arrojan gran luz sobre sus comienzos.

El retrato de Julio Clovio.

Del resultado que tuviera aquella carta del anciano Clovio al Cardenal Farnesio, no ha llegado noticia hasta nosotros. Pero nos queda algo mejor: una serie de cuadros, firmados la mayor parte Domenico, que muestran hasta dónde alcanzaban

arte, al pintor Miguel Damasceno; el miniaturista Nicolás della Torre fue empleado por Felipe II en El Escorial como copista griego. Ambos eran de Creta.

sus facultades y cómo le fue en Roma. Entre ellos hay tres que estuvieron en poder de la casa de Farnesio, y ahora se encuentran en las Galerías de Nápoles y Parma; otros, diseminados en distintos Museos, debieron producirse también por aquel tiempo. Por ellos podemos imaginarnos al artista en el Palacio de Farnesio, pintando cuadritos originales o reproducciones para el sobrino del Cardenal, y con arreglo a las indicaciones que le daba.

Como él se había dado a conocer a los pintores de Roma con un autorretrato, para responder a las bondades de su protector, hizole un retrato en que resplandecía todo el hechizo y todos los primores de que habían dotado el género los retratistas venecianos.

Este retrato de D. Julio Clovio (nacido 1498, † 5 Enero 1578), que ahora se halla en el Museo de Nápoles, estuvo antes en la *Camera de Ritratti* del Palacio-Jardín de Parma (1), y pasaba allí como autorretrato, aunque lleva la firma de Domenico en letras griegas. Nagler y Kukulgevit, en su estudio sobre su paisano, alegaron este cuadro como prueba de que Clovio ejercía aún la pintura por aquella época tan avanzada. En la *Biografía de Bratley*, pág. 186, se publicó una copia, *the burzon portrait*.

En ese retrato está el pintor sentado ante una pared sencilla, a la izquierda de una ventana abierta; con el índice de la mano derecha señala a un libro abierto, que tiene en la otra mano, y en el que pueden verse dos miniaturas; el tema recuerda el *Strada*, del Tiziano. Acaso aquel libro fuese el *Uffizio della Madonna*, obra que costó nueve años de trabajo, y se pintó para el Cardenal, y que hasta 1859 estuvo en la Biblioteca de Nápoles. El semblante muestra una frente ancha y ele-

(1) Un quadro alto, br. 1 on. 2; largo, br. 1 on. 8. Ritratto di D. Giulio Clovio con barba bianca quadra, fa cenno con la destra ad un libro miniato che tiene nella sinistra, di Giulio Clovio. Camera de Ritratti, Palazzo del giardino in Parma, c. 1734.—Campori: *Raccolta di cataloghi*, pág. 123.

vada, que circundan cabellos grises peinados hacia atrás, una enérgica nariz aguileña y ojos pardos. Estas facciones, así como las manos, son de una factura tan fina como expresiva. La tierna tonalidad amarillenta de la piel, el trazo, recuerdan más bien a Tintoretto. Por la ventana abierta se ve un paisaje movido por el viento, lleno de luz y aire y encendido en los cálidos tonos de un medio día avanzado; cielo azul, lontananza de montañas, dorados celajes; en primer término un árbol ca-duco con florecimiento de verdeantes retoños. El lienzo se halla cortado bruscamente en el borde superior.

Se conserva, además, en Nápoles un pequeño nocturno: un muchacho encendiendo a soplos una fogata de astillas. Probablemente, estudio para un cuadro de Historia. Este cuadrito también pasaba en Parma como obra de Clovio (1).

La «Curación del ciego de nacimiento».

Dos composiciones de esta época nos son conocidas por varias reproducciones antiguas, lo que demuestra la boga que alcanzaron; nos referimos a la *Curación del ciego de nacimiento* y a la *Expulsión de los mercaderes del templo*. En ambos cuadros aparece bien manifiesto el carácter veneciano, y ambos se hallan dotados con largueza de cuantas buenas cualidades distinguen a la escuela veneciana. Si se lleva a un inteligente delante de estos cuadros, apenas habrá un nombre importante que no recuerde. De *La curación del ciego* hay en la Galería de Parma un ejemplar catalogado, que también estuvo antes (por los años de 1680) en el Palacio del Jardín, donde se le tenía por obra de Pablo Veronese; y otro ejemplar anónimo en el Museo de Dresde, para el cual lo adquirió Rossi en 1741, en Venecia.

Tuve ocasión de ver este último en una visita que hice al Museo en 1874, y advertí en él la mano de El Greco, confir-

(1) Una notte con mezza figura d'un giovine che col soffio accende una piccola candela, di Giulio Clovio, br. 1 o 2 1/2 o 11. A. a. O., pág. 207.

mándome tres años después en mi suposición al examinar el ejemplar de Parma.

La comparación entre ambos ejemplares resulta provechosa para la mejor comprensión del artista. Aunque el ejemplar italiano es, sin duda alguna, el más moderno, y aunque el pintor, al poner allí su retrato (arriba a la izquierda), a más de la firma, diese a entender que estaba satisfecho de su obra, es lícito, no obstante, preguntarse si esta segunda edición es verdaderamente la mejor. La impresión que hace es la de una somera reproducción hecha de memoria, a trazos grandes y precipitados. Lo interesante de estas variaciones es que por ellas puede conocerse la dirección en que el genio del pintor se movía. En el cuadro de Dresde se muestra aun completamente veneciano, tanto que pasaba allí por Leandro Bassano.

Estas diferencias, consisten no sólo en algunos detalles, sino también en la manera misma de tratar el espacio. En el ejemplar veneciano la disposición de las figuras es perfecta; todo es allí abierto, claro, diáfano; los grupos de figuras tienen más ambiente y también más sentido.

El asunto del cuadro está tomado del Evangelio de San Marcos 8, 20, y del de San Juan. Según el relato de los evangelistas, Jesús llevóse aparte al mendigo ciego de nacimiento y curóle sin testigos. Mientras Cristo se abandona así a un impulso de compasión, sus discípulos discuten la cuestión teológica de si aquel ciego fue castigado por Dios a causa de los pecados de sus padres o de los suyos propios (San Juan 9, 8). Cristo dice que ni por una causa ni por otra, sino con objeto de que se le manifestara la bondad de Dios, y se aleja con el mendigo ya curado.

Por este pasaje se explica la colocación característica del grupo principal que forman el Salvador y el ciego, aislados de los demás a la izquierda del cuadro. El ciego ha dejado en el suelo su cayado y el zurrón, que su perro lazarillo custodia. Sólo un discípulo, quizá Juan el predilecto, presencia la operación completando el grupo de las tres figuras.

El coro de los Apóstoles empeñados en viva discusión se halla fuera, por decirlo así, de la escena, sin preocuparse del prodigio, pues éste no se realiza verdaderamente al alcance de sus ojos; que de ocurrir así, aquella disputa hubiera sido inoportuna.

Esta relación de los dos grupos dejaba entre ambos un gran trecho, que el pintor llenó con el grupo del anciano y el joven algo retraído, y que marca al mismo tiempo la reparación entre ambos grupos principales.

Esta disposición bella y reflexiva no se observa ya en el ejemplar de Parma. El coro de discípulos está allí encima del otro grupo; las proporciones de las figuras son las mismas, y la supremacía, el aislamiento del grupo en que se halla el Salvador han desaparecido. A más de esto, se ha introducido allí un nuevo grupo de siete figuras, entre ellas, dos desnudas que, aunque tocando con el otro grupo, no parecen enterarse del prodigio que se está realizando. Una inexpresiva figura de payaso, que da la espalda al espectador, forma un contraste sumamente extraño con la figura de Jesús, completando el tercero una cabeza de mujer, primorosamente peinada, que entre los dos asoma.

Se ha dicho que con la unidad de composición salió ganando el cuadro. Lo cierto es todo lo contrario. Con ella privó El Greco al grupo principal de su majestuoso aislamiento, cargándole con una turba que, con estar tan próxima a él, ni ve ni sospecha nada de lo que allí ocurre, resultando su presencia tan inútil como intempestiva.

Con aquel englobamiento resultaba ya innecesario y hasta imposible el tercer grupo del centro; pero, como no lo podía suprimir, redújolo el pintor a proporciones pequeñísimas, y lo colocó a alguna distancia, pintando allí una pareja que no hace nada, y una carroza en marcha que parece una diligencia. Pero las proporciones de estas figuras son demasiado reducidas con relación a las figuras del primer término y al palacio que tienen al costado.

A este empeoramiento de la composición responde el menor mérito de casi todos los detalles. El grupo de los Apóstoles es de ejecución más pobre y descuidada; mientras que en el otro cuadro los rostros de todos los Apóstoles del grupo se ven por entero; aquí se contentó El Greco con pintar la mitad, si bien, ajustándose a la moda bizantina, indemnizó las cabezas de los demás con abundantes rizos.

Se celebra de este cuadro el que Cristo ocupe en él el centro del lienzo; pero esto no era sino abandonar la libertad de composición característica de los venecianos para retroceder a la simetría bizantina. Todavía es menos comprensible la decaída actitud de Cristo y lo apagado de su mirada, tan penetrante en el otro ejemplar.

Tampoco estuvo muy feliz El Greco en las innovaciones que introdujo aquí en la arquitectura. ¿A qué poner esta iglesia gótica en ruinas, en vez de aquel vestíbulo de un palacio del Renacimiento? (que constituía el punto de mira). ¿A qué vino colocar la escena en el centro de una animada capital y borrar la azul perspectiva de los Alpes? No hay manera de explicarse por qué sustituyó el artista aquel paredón liso del palacio que daba al grupo del ciego un fondo claro y tranquilo, por esa sala abierta con columnas, y aquel inquieto juego de luz y de sombras.

Para comprender este extraño cambio hay que tener presente los tiempos posteriores de El Greco. El cuadro veneciano, con aquel orden tan estudiado y oportuno, le parecía un ejercicio académico. Su temperamento nervioso rechazaba esa complicada adaptación de la obra a la verosimilitud y a la medida, a la lógica y al decoro, a los recursos y a la estética del espacio.

«La Purificación del Templo.»

Existen de este cuadro hasta tres ejemplares originales, que se hallan todos en Inglaterra, y de los cuales dos datan de la

época de su estancia en Roma, y el tercero refleja el estilo posterior que se formó en España. Este último, verdadera chapuza, lo adquirió hace poco la National Gallery.

El ejemplar de la Galería del Conde de Yarborough, de Londres, es el primero y el primitivo. Fué llevado a Inglaterra en el siglo xvii, y en la Galería Buckingham ostentó el nombre, luego olvidado, de El Greco (1).

El templo de Jerusalén brindó al joven artista, que, al decir de los españoles, era algo más que aficionado en arquitectura, una buena ocasión para trazar un suntuoso cuadro arquitectónico. La escena se desarrolla en el vestíbulo del templo. A la izquierda, un amplio arco deja ver una plaza circundada de palacios venecianos, de una logia abierta a los cuatro vientos y de un edículo circular. A la derecha, el vestíbulo, sostenido por columnas romanas, conduce al oscuro interior del templo. El punto de vista se halla colocado en este borde del lienzo. El vestíbulo, del que arrancan gradas de mármol, es el teatro en que Jesús cumple su sagrada violencia. Junto a la pared, contra las cuatro columnas, se aglomera una abigarrada muchedumbre: apóstoles, judíos, hombres en ropaje levantino, a través de los cuales se abre paso Jesús. Este aparece erguido ante el hueco de la puerta, casi en el centro del cuadro, esgrimiendo el látigo en la mano derecha, levantada por encima del pecho. Las caras de los espectadores reflejan las impresiones más diversas. Formando contraste con la comedida actitud de los grupos de la derecha, que observan y murmuran, revuélvese la turba de los mercaderes en tumultuoso remolino, derribando al suelo a una mujer, hacia la izquierda, detrás de una muchacha que reposa sentada en la grada más delantera. Esta voluptuosa figura es, a juzgar por la

(1) A Catalogue of the curious Collection of *G. Villiers*, Duke of Buckingham. London, 1758, pág. 3: By. Del Greco. Christ driving the traders out of the temple. There are about 32 figures in this pictures, four wereof are the pictures of Titian, Raphael, etc.

cesta en que se apoya, la de una vendedora de palomas. Otra hermosa joven huye con su hijito desnudo por la entrada de la derecha. Sobre el hombro lleva una ligera vara, como las aguadoras venecianas (*bigolanti*), de la que cuelgan un gallo y una cesta.

Se comprende que los amantes de la pintura de tiempos de Carlos Estuardo pensasen, a la vista de este cuadro, en Pablo Cagliari, cuyo pincel recuerdan la magnífica plaza y algún detalle más. Aunque el joven griego no alcanza sus tonalidades de encantadores matices, y aunque su mirada de pintor parezca menos fina en espesas sombras y blancuzcos colores, por la abundante elección de figuras y características cabezas copiadas de la realidad, de actitudes violentas o comedidas, produce una impresión más enérgica que el Veronese con su distinción y decoro, ajustado a las conveniencias. Por lo demás, Waagen mismo aceptó la supuesta fraternidad del Veronese (1).

En el vestíbulo vacío de la derecha se hallaba el lugar de los cambiantes ya puestos en fuga. Se ve allí una pesada mesilla con patas de esfinge y tapa de suntuoso trabajo, junto a la cual, sobre el marmóreo pavimento, hay caídos puñados de oro, un libro de cuentas, un tintero, una cajita y una balanza. También yace en el suelo un niño desnudo, allí olvidado, que se entretiene con una copa llena.

El grupo de los pintores.

Pero lo más notable que se advierte en el cuadro de la Galería de Yarborough, es el grupo de los cuatro bustos que hay en el ángulo de la derecha. Tres de ellos pueden reconocerse a

(1) Waagen: *Treasures*, IV, 70. Paul Veronese... «The composition is very dramatic, though not free from undignified motives. The coloring is clear and warm.»

El cuadro lleva, sin embargo, la firma.

Tamaño: 2' 9" × 2' 2" (inglesas).

la primera ojeada; para los del Tiziano y Miguel Angel tuvo a la vista retratos conocidos y divulgados; el de Clovio es copia del que él mismo hizo. El cuarto es dudoso. En otro tiempo (1891) se le tuvo por autorretrato del pintor y la mano levantada por la suya, como indicando que él era el autor del cuadro. Pero ya por entonces me escribió Herman Grimm, diciéndome que aquel busto le parecía el de Rafael, a la par que Manuel B. Cossío, de Madrid, me llamaba la atención sobre el anacronismo, que ese busto presenta en el peinado y en el traje. Grimm tenía indudablemente razón. Ya en el Catálogo de la Galería Buckingham, de 1758, se le había tenido por retrato de Rafael. Aquellos cabellos ondulados, partidos en la mitad, cayendo sobre los hombros, serían incomprensibles en un retrato hecho en Roma en 1570; a mayor abundamiento, tenemos, como término de comparación, el autorretrato que introdujo el Griego en el cuadro de *La curación*, que se conserva en Parma, y donde lleva los cabellos cortos y gorguera. Aquella cabeza, por sus facciones, mirada y actitud, es copia de la cabeza de Rafael en la Escuela de Atenas. Esto viene a echar por tierra las quimeras que en ese presunto autorretrato se fundaban; pero al mismo tiempo redime al pintor de la nota de arrogancia que en él hubiera supuesto colocar su propio retrato junto a los del Tiziano y Miguel Angel.

Fácil es imaginarse lo que con estos cuatro retratos se proponía indicar el artista. Tiziano, que abre la serie, había sido su maestro y el más grande colorista de la época. A Miguel Angel le acababa de conocer en Roma y al colocarlo junto al Tiziano, hacía pensar en el refrán que corrió por aquel tiempo y que él había hecho suyo: *il disegno di Bonarroti, il colorito di Tiziano*. Lo que en Miguel Angel se imponía a su admiración era el desnudo heroico y el contraste, pues de su pintura no quería que le hablasen; *un buen hombre, pero que nunca ha sabido pintar*, decía de él a Pacheco. Clovio era su actual protector y patrono, el sostén de su existencia en Roma, en el Palacio Farnesio.

Los bustos del Tiziano y Rafael se muestran completamente despejados sobre el caído embozo de sus mantos, y están tocando uno con otro; entre ambos asoman las cabezas de los otros dos, quedando Miguel Angel en último término.

Causará extrañeza encontrar entre los héroes del Greco a Rafael, que puede ser considerado casi como un antípoda. El gesto de aquella mano (si efectivamente es la de Clovio) puede significar que el macedonio le recordaba a Rafael. Pues de este *piccolo e nuovo Michelangelo* (Vasari, XIII, 135) se decía también que reunía al dibujo de aquél el tierno y amable colorido de Rafael; Julio Romano habíale enseñado en Mantua la técnica y la belleza del color, y en el salterio de Pablo III había empleado el estilo grotesco de las logias. Acaso con esta vecindad y parentesco quiso el artista hacer un cumplido a su protector Clovio. Pero ¡a qué tantas suposiciones! El Greco estaba entonces bajo la impresión de su entrada en Roma, en la edad del culto a los héroes, y no es lícito suponerle tan cerrado que no tuviese entonces ojos para apreciar la grandeza de Rafael.

El segundo ejemplar de *La Purificación* adorna la Galería Cook, de Richmond. Es de proporciones mucho más reducidas; en cuanto a la composición, si el recuerdo no me engaña, es igual al que acabamos de describir, si bien el estilo de su pintura, rayano en la miniatura, es muy distinto. En saturación y luz de los colores, hasta casi tocar en lo abigarrado; en el trazo pastoso, como de esmalte, y en el cuidado que de las proporciones revela la ejecución, es ésta una obra única entre todas las de El Greco. Los cuerpos de los hombres relucen como el bronce, los de las mujeres son de una blancura deslumbrante. Se halla además muy bien conservado en su marco de madera antiguo, tallado y dorado. Se le puede considerar como la obra más primorosa y cuidada de El Greco, ya que no sea su obra maestra, pues olvidó en ella su propio carácter. Lleva la firma en griego.

Explícense la índole especial de este cuadro por las relaciones que por aquella época tenía con Clovio y con el Cardena

Farnesio. Es verosímil que por entonces ayudase a aquél en sus miniaturas, y acaso el anciano maestro le sugiriese la idea de ofrecer esta variante como ofrenda, en señal de gracias a su protector el Cardenal. El cuadro en cuestión ha recordado a alguno el conocido boceto de Miguel Angel, que Marcelo Venusti reprodujo primorosamente al óleo, también en estilo miniaturoesco. Pero la composición estrictamente central de Miguel Angel, con su agitado remolino en el centro de la rotonda, difiere notablemente, sin embargo, de la creación de El Greco.

Se han descubierto recientemente algunos otros cuadros, que datañ de la época de su estancia en Roma. Suponiendo que sean auténticos, nos darían a conocer un período aún más temprano de su labor artística, el período de la gestación, cuando, sometido a las influencias variables de distintos pintores venecianos, aún no se había encontrado a sí propio. Se echa de menos sobre todo en esas obras su temperamento, inconfundible en todas las demás.



EL GRECO EN TOLEDO

De Roma a Toledo.

Desde que abandonó a la *reina de las islas* hasta el punto en que volvemos a anudar nuestro relato, no tuvo el peregrino por qué quejarse de su suerte. Al entrar en el mundo encontró protectores como no los hubiera podido soñar. Maduró su espíritu en el ambiente del hogar tizianesco. Hallaron sus cuadros el aplauso de los grandes. Habitaba ahora a orillas del Tíber, cobijábale el techo del más espléndido palacio de Roma, tenía para pasear a la orilla occidental del río la *villa* de Agustín Chigi, y un poco más allá, al Sur, el Palatino, que Vignola había transformado en la *villa* Farnesio. Los que ya somos viejos, sólo hemos visto en la Ciudad Eterna, la ciudad de los muertos; pero en aquella época debió ser una población animadísima, llamada a nueva vida. Fue aquélla la época de las amplias vías, de las suntuosas fuentes; la época en que Roma adquirió su fisonomía ornamental, de la que solo hemos alcanzado a ver los deformados vestigios, con tal éxito explotados por la moderna barbarie. Edificar era entonces (según expresión del Papa Gregorio XIV) una *carita pública*, con la cual se servía, no sólo al individuo, sino también a la comunidad. Por los cuadros que hemos descrito, se ve cómo entonces la arquitectura pintada con conocimiento de las cosas, era tenida por el más distinguido ornato de la Historia. Domenico pudo

apreciar por sí mismo hasta qué punto gozaban los artistas de la general estimación, pues fue testigo del inaudito cortejo que acompañó al Panteón los restos mortales de Vignola. († 7 Julio 1573.)

Ahora bien; ¿qué impulsó al Greco a marcharse de Roma para buscar lejos de allí una incierta fortuna? Acaso el mismo impulso aventurero que de Creta le llevó a Venecia y de Venecia a Roma. Pero la aventura española, si tal era, debía ser la última de todas sus andanzas. El Greco se iba allá para no volver. Desde la residencia papal, que ahora se elevaba de nuevo dominando al mundo, y en la cual volvía a alzarse sobre el Capitolio la estatua ecuestre en bronce de Marco Aurelio, arribó El Greco a la destronada fortaleza gótica, de la que con la traslación de la corte se había retirado también toda la vida, y los palacios se iban convirtiendo en desmoronadas ruinas. Desde la ciudad cosmopolita, donde, según el dicho de Montaigne, «el extranjero se encontraba en su casa, y apenas existían diferencias de nacionalidades», pasó a la ciudad del dorado Tajo, donde los muchachos lanzaban piedras a los extranjeros, y en ella tuvo encadenado el destino hasta el fin de sus días. No le faltaron allí triunfos, pero tampoco desencantos.

La influencia del lugar y del aislamiento no tardaron en operar en él un cambio. Se hizo completamente otro sér distinto del que su primavera italiana prometía. En vez de un Greco veneciano, del tenor y de la talla de aquellos celebrados artistas, cuyas huellas vemos en los cuadros que pintara hasta entonces, se convirtió en el más extraño artista que registran los anales de la pintura moderna. Como pierden su polvillo las alas de la mariposa, así perdió su paleta el colorido veneciano en el ambiente áspero y seco de aquella montaña castellana. Su genio pobló la ciudad y la provincia de obras sorprendentes, en las cuales, a pesar de un hiperestésico sentimiento de sí mismo, el carácter español de la época de Felipe II quedó reflejado con un sello especial, ora atrayente, ora repulsivo. Como un sueño desvaneciése el recuerdo de lo que antes fue, y

nadie hubiese podido reconocer a este Greco español en las obras tan celebradas de sus años juveniles.

Sobre el motivo que le impulsase a este viaje, sólo se sabe lo que dicen las actas del Cabildo de Toledo: «vino aquí para pintar el altar de Santo Domingo». También pudo haber oído hablar de los copiosos ingresos de la Catedral y del amor al arte que manifestaban sus canónigos. Probable es, sin embargo, que Toledo sólo representase para él una etapa en su marcha hacia la corte de Felipe II. Construíase El Escorial en aquella sazón; el Rey buscaba pintores italianos, habiendo mostrado empeño en atraerse a Pablo Verones. En el año 60, hallándose todavía El Greco al lado del Tiziano, se produjeron allí ante sus ojos, y quizá con su ayuda, aquellos cuadros de El Escorial que llevan por título *La Cena, San Lorenzo, La Magdalena en el jardín, y El Adonis*. Puesto que aquel coronado amante de la pintura ponía por encima de todos a su anciano maestro, el joven griego podía pintarle cuadros tan parecidos a los del Tiziano, que inducían a error a quien los contemplaba. Pero el impulso exterior debió producirse del siguiente modo:

Nunca fueron tan intensas las relaciones del clero toledano con la Corte romana como en el decenio de 1566-76. En el año 1559 ocurrió el caso más inaudito que refieren los *Annales ecclesiastici de España*: el arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza, el más famoso teólogo español del Concilio tridentino, que había sido la mano derecha de la sanguinaria María Tudor, y al cual llamó el Emperador a Yuste en su lecho de muerte, fue acusado de profesar la herejía luterana, y encarcelado en Torrelaguna por los esbirros de la Inquisición. Era aquélla una mala pasada que le jugaba el gran inquisidor Valdés, que abrigaba la esperanza de ocupar la Sede de Toledo. Después de pasar siete años de prisión preventiva en Valladolid, que su mortal enemigo hubiese querido fuera eterna, una orden del Papa Pío V, apoyada por la amenaza del interdicto, obligó al Rey, que se asustaba ante la idea de ponerse enfrente

del Tribunal de la Fe, a consentir en que Carranza fuese conducido a Roma. El proceso duró aún diez años más. Pío V estaba convencido de la ortodoxia del Primado, pero sus familiares juzgaron más político transigir con el adversario. Entretanto, el Cabildo de Toledo permaneció fiel, para honor de su Iglesia, al Arzobispo, y dos de sus miembros fueron designados para servirle en Roma. Carranza murió a poco de haber firmado una retractación de las proposiciones condenadas, dándosele sepultura en el coro de la iglesia de los Dominicanos de Santa María sopra Minerva.

El Deán de Toledo, Diego de Castilla, fue encargado entonces de cumplir la última voluntad de una distinguida religiosa, y, al mismo tiempo, de velar por la edificación de su iglesia y escoger los cuadros que habían de decorarla. Tan grande fue su interés por esta fundación, que contribuyó a ella con una suma respetable. Aunque no faltasen en Toledo pintores de cuadros religiosos, sus razones tendría el Deán para buscarlos en Italia. Acaso consultase sobre el particular con Clovio, cuyas miniaturas estimaba y adquiriría Felipe II, que en 1565 mandó a El Escorial gran copia de ellas; y quizá le recomendase Clovio a su joven paisano.

¡Qué escenario aquél en que Domenico se encontró colocado al mediar el año 70!

Toledo.

Una roca de granito, salpicada por las aguas del verdinoso Tajo, que corre por cauces de ruinas, circuída en tres de sus costados por abruptas murallas de piedra, que se yerguen del lado allá de la corriente; una fortaleza natural que parece destinada a asiento de belicosas dinastías, y a soportar los embates de la lucha de razas; ciudad que desde hace tres siglos tiene ligadas casi todas sus venas vitales, y que sólo se mantiene en la vida por la transfusión de sangre nueva; esa es hoy la

antigua ciudad de los concilios, la capital religiosa de España, el monte Calvario de Castilla, Toledo.

Sobre estas rocas, coronadas en lo alto por una rota guirnalda de muros y puertas arábicas, de iglesias y conventos mudéjares y góticos, consumida por el fuego de un estío agostador, flagelada por cortantes ábregos; sobre esa majestuosa ciudad, que tan admirablemente recorta sus contornos en el aire diáfano, se cierne un encanto de agolpados recuerdos como sobre la ciudad de las siete colinas. Pues esta Roma hispánica tiene también, como la otra, la poesía del abandono y las ruinas, la majestad de la muerte, que ilustran sus monumentos y reliquias acumulados en el curso de más de mil años. La insulsa vida cotidiana del presente no penetra allí con la misma inquietud que en otras partes, reduciéndose a servir de contraste con el pasado, que en las lontananzas del tiempo afecta formas gigantescas, y cuyos símbolos nos acompañan allí por doquiera, empezando por las líneas de aquellos arcos de puentes que se ven abajo, hasta la arrogante mole del Alcázar que allá arriba se eleva; entre los innumerables recuerdos de la belicosa raza que allí campó por sus respetos; de clérigos orgullosos, que allí denominaron y que a todo el mundo civilizado y aun al Nuevo Mundo hicieron tributarios de su *Imperial Toledo*.

La ciudad tuvo a orgullo el haber conservado, durante más de tres siglos en que imperó allí la media luna, su iglesia y su literatura mozárabes; y restaurada la cruz, quiso erigirse en capital del reino cristiano. «Los dueños de Toledo, escribía Navagero en 1526, y sobre todo, de las mujeres, son los clérigos, que habitan casas magníficas y triunfan, dándose la mejor vida del mundo, sin que a nadie se le ocurra censurarlos.» Después de la reconquista de la población (1058), se dieron tal prisa los castellanos a fundar iglesias y conventos, que la ciudad pareció bien pronto (según dice Gamero, cronista de la ciudad), una gran Tebaida. Por esta razón, Alfonso el Sabio (1252-84) juzgó prudente reducir a cinco el número de conventos. Muerto

el gran Cardenal de España, Pedro de Mendoza, que renovó este Edicto, volvieron las cosas al estado antiguo, y desde entonces hasta fines del siglo xvi se sacrificaron en favor de esas fundaciones religiosas cincuenta palacios de reyes, infantes y caballeros, y seiscientas casas de particulares.

Apesar de todo, ha conservado Toledo su intenso carácter árabe, que aun hoy puede reconocerse en el plano de la ciudad. A principio del siglo xvi se conservaba éste, casi intacto. El mismo Navagero encontró en el laberinto de sus estrechas calles, torcidas y pendientes, casas de hidalgos completamente a gusto de los infieles, lisas por fuera, y en el interior con las habitaciones dispuestas alrededor de un patio enlosado de mármol, y las paredes, puertas y techumbre, construídas con arreglo al consabido sistema de los palacios árabes.

Sin embargo, el tiempo en que la vida de El Greco se desarrolla habíase hecho ya muy puntilloso para tales recuerdos. Leemos en la Crónicas que el Gobernador del Arzobispado, durante la prisión de Carranza, D. Sancho Busto de Villegas, mandó borrar las inscripciones arábicas que adornaban los puentes y las puertas de la población, y sustituirlas por otras más devotas. El Arzobispo Quiroga alcanzó del Concilio Provincial de 1580 que prohibiese el uso de la lengua árabe, pues considerábase entonces a la Inquisición como al ángel tutelar de este paraíso, que velaba sobre él con flamígera espada. Y mientras los toledanos, en las Cortes de 1553, rechazaban el plan presentado por el italiano Antonelli para hacer navegable el río, en 1617, reunidos el Ayuntamiento y la Universidad, con todas las corporaciones civiles y religiosas, en la Iglesia de San Juan de los Reyes, juraban solemnemente defender el dogma de la Inmaculada Concepción contra los Dominicos. Cuando Felipe II juzgó llegado el tiempo de mostrarse como un verdadero español, levantó la corte de Valladolid, e hizo en 1559 su entrada en Toledo, prescindiendo por vez primera de su séquito de flamencos, para no llevar consigo más que altos magnates españoles que gozaban tiempo hacía de su confian-

za. Celebró allí el Rey las Cortes de Castilla, en las cuales se prestó juramento al Príncipe y se publicó su matrimonio con Isabel de Valois; y allí convocó el Capítulo de las tres Ordenes caballerescas para preparar la campaña de Orán. En aquella ocasión hubo corrida de toros en la plaza de Zocodover, y en ella tomaron parte quinientos caballeros vestidos a la morisca. Las ventanas del Alcázar, que acababa de ser restaurado en estilo plateresco, refulgieron con el brillo de las antorchas de los bailes cortesanos, en que D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio resplandecían como luceros.

Nadie hubiera pensado que éstos fueran los últimos rayos de un sol que se ponía para Toledo. Bien pronto demostróse que los tiempos habían cambiado y que las condiciones de la medioeval población no podían avenirse con las exigencias de la nueva época. El Rey no soportaba ya la altivez de los canónigos. Como para apoderarse de un sujeto llamado Bravo que se había refugiado en la Catedral, hubiese violado el Monarca el *derecho de asilo*, decretó el Clero el *interdicto* sobre la población (1560). El Rey respondió a este reto mandando colgar de una alta horca al condenado. Pero desde que el Monarca trasladó la Corte a Madrid (1561), arrastrando consigo a los diplomáticos y próceres (según Tiépolo, el número de los que le acompañaron a su nueva capital fue de veinticinco mil), la ciudad sufrió tan rudo golpe, que pudo ya augurarse su desaparición inminente. La industria de la seda, fuente hasta entonces de su bienestar, quedó arruinada por efecto de desacertadas leyes. Industrias que poco antes llenaban aún calles enteras (según se hace constar en un memorial de 1617), se extinguieron; las casas situadas en las vías más principales quedaron desiertas; lo que había venido a tierra, no se volvía a edificar más; y los cinco mil vecinos que allí quedaron fueron viviendo con miles privaciones. Tal fue el estado de Toledo durante siglos. Cuando el extranjero vagaba por sus despobladas calles, y de pronto se encontraba en un vasto campo de ruinas, desde donde divisaba montes de ladrillos, podía figurarse que

no estaba lejos el tiempo en que allí había de alzarse la más soberbia catedral de España, como San Apolinar *in Classe* o San Pablo, ante muros, una basílica sin comunidad, una reina del desierto.

Pues una sola cosa había quedado intacta: la iglesia, la sede arzobispal de San Ildefonso, con sus 300.000 ducados de renta. «La iglesia (ha dicho un hijo de la ciudad) ha sido la única causa de que Toledo no haya sido borrada del mapa de España.» Ella impuso su sello a la ciudad. Templos y conventos, unidos como en alianza; dijérase que allí se guardan en depósito los derruidos santuarios de un reino, esperando el tiempo en que la Nación vuelva a ser en ellos bendecida.

Y hay un punto en el que la alta iglesia de Toledo, que en lo antiguo no gustaba de consultar mucho sus cosas ni con el Romano Pontífice, ha mantenido su contacto con el mundo exterior, con la Humanidad. «Toledo (dice en són de elogio el viajero Ponz) ha sido la ciudad donde las artes revivieron; en ninguna otra fueron recompensadas con tanta largueza como en ésta, *Imperial*. En este terreno, aún la circunda hoy una aureola de gloria profana. Desde que en 1227 puso el Rey Fernando la primera piedra de la nueva Catedral, hasta ahora, que entre los campanarios moriscos y los ábsides se eleva la Catedral franco-gótica, esta solitaria, tranquila y soberbia ciudad se ha conservado en comunión con la cultura de Oriente y del Norte por medio de centenares de venas. Al viajero moderno se le presenta como «el sueño de un *anticuario* realizado por la magia de un cuento de hadas.» (Imbert.) Suponiendo que todo cuanto la rodea se fuese a pique en una catástrofe de la cultura (con que parece amenazarnos la moderna barbarie), podríase, sin embargo, reconstituir en compendio lo que fué el arte de siglos pasados en España por los monumentos de Toledo. Mezquitas moriscas, ex-sinagogas y puertas, codéanse allí con la muchedumbre de estatuas de los coros, claustros y retablos góticos; detrás de pórticos ornados de apostólicas figuras afligidas y de pecho encogido, obra de pintores flamen-

cos, ciérnense las incorpóreas sombras de los santos del Ghiotti; paganas orgías en el estilo grotesco del Renacimiento alternan con las figuras de una ternura septentrional de los trípticos flamenco-castellanos; y hasta los conturbados profetas de Buonarroti han encontrado allí hornacinas en que aposentar su inquietud.

El retablo de Santo Domingo.

Doña María de Silva, noble dama portuguesa que a España fué acompañando á la Emperatriz Isabel, a la muerte de su esposo D. Pedro González de Mendoza, Mayordomo de Palacio, resolvió tomar el velo, como lo hizo a los treinta y ocho años de su edad, y a su muerte (ocurrída en 28 de Octubre de 1575) dejó toda su fortuna para que se reedificara la iglesia de su monasterio, que era Santo Domingo de Silos, antigua fundación de Alfonso VI. La iglesia junto a la primitiva parroquia de Santa Leocadia, y el retablo que motivó el viaje de El Greco a Toledo, subsisten aún casi intactos, tal como hace más de tres siglos, y en solo un lustro fueron edificados por Nicolás de Vergara, con ayuda de los mejores artistas de Toledo. La iglesia sólo tiene una nave con un orden de pilastras jónicas; es de elevadas proporciones, muy bien calculadas, y sus formas son las escuetas y lisas de aquel tiempo.

El retablo, cuya escarpada estructura arquitectónica se debe al arquitecto J. B. Monegro, consta de un cuerpo principal dividido en tres partes, y de un anexo central rematado en frontispicio. La gran hornacina cintrada se destinaba a un cuadro de *La Anunciación*, y sobre ésta *La Presentación del Niño*; el frontis curvo encierra una imagen circular de la Verónica; y en pequeñas hornacinas, a los costados, se ven las figuras del Bautista y el Apóstol San Pablo, de San Benito y San Bernardo. Las figuras de San Juan y San Pablo son imponentes, de construcción sólida, de tonos negruzcos y no sin reminiscencias de Miguel Angel. En *La Resurrección* se advier-

ten temas del *Pedro Mártir* del Tiziano y de *La Transfiguración* que hay en San Salvador. Sobre el frontispicio se alzan las estatuas de las tres virtudes teologales, de madera pintada de blanco, y en los extremos del entablamiento central descuelan los Profetas; estos añadidos plásticos recuerdan á Jacopo Sansovino.

«La Asunción.»

El cuadro principal de *La Asunción de María* ha sido sustituido por una copia. El original despertó deseos de poseerlo en el Infante Don Sebastián, en cuya notable Pinacoteca, instalada en Pau, pudo ver el autor de estas líneas, el año 70, esa obra extraordinaria. El fuego del pincel, cargado de color, abocetante; la saturada tinta verde, oro oscuro, ocre amarillo, carmín, índigo, cambiando a veces y traídos a tonos más sombríos por hilillos negruzcos esparcidos por doquiera; aquellas poderosas figuras en amplios ropajes quebrados en duros pliegues por inquietos juegos de luz y de sombra, encantaban los ojos en el lienzo; tan fuera de su sitio allí, y que se hubiera deseado ver en la penumbra de una capilla mayor y entre nubes de incienso. Obra extraordinaria personal. Se adivina que en ella quiso el Griego demostrar a aquellos orgullosos clérigos, caballeros y damas castellanas lo que él era, dando de paso una lección y una advertencia de su insignificancia artística a aquellos pintores toledanos que pintaban cuadros relamidos y fríos, rostros impersonales y actitudes convenidas.

La idea de que se habría de comparar este cuadro suyo con la obra maestra del Tiziano, hizo que El Greco reconcentrara en él todas sus potencias mentales. *La Asunción* de Frari, era un peligroso precedente para quien había salido de la misma escuela. La imitación hubiera sido aquí tan sospechosa como una originalidad rebuscada. Atendido el asunto, era inevitable una semejanza; su dicha consistió en la absoluta diferencia de sus espíritus. El Greco tenía que seguir el camino propio, y

tenía la ocasión para ello. Se podrá pensar lo que se quiera, sentir más simpatías por uno o por otro cuadro; pero *La Asunción* del Maestro no eclipsa la del discípulo.

La diferencia fundamental entre ambas consiste en la concepción de las relaciones internas de los dos grupos que encarnan el atrevido dualismo del cuadro.

En el uno, los Apóstoles son testigos con sus ojos corporales del milagro que se opera; en el otro, el de El Greco, no hacen sino presentirlo ante el enigma del sepulcro vacío. De ahí, en el uno, la violenta mímica de las figuras agitadas por la sorpresa y la alegría, mímica que viene a ser como un himno de gesticulación demostrativa, auténticamente italiana, como una aleluya de Haendel. En vez de la plena luz de la contemplación, escogió El Greco un estado de indecisión crepuscular, en el que la extrañeza y la duda son vencidas por el presentimiento creciente hasta que triunfa la fe consoladora. Este proceso interno se refleja con persuasiva claridad en la mímica de los personajes, presa de honda emoción; y por si fuera menester, nos da la clave de todo aquella figura que, señalando para arriba, se inclina sobre el anciano genuflexo con el libro en que trata de buscar la explicación del suceso.

Pero también la Madonna se ofrece con un oportuno desvío a la contemplación. En el cuadro del Tiziano parece que pisa tierra firme delante de la magnificencia de Dios, que se abre a su vista, abismada en beata adoración. Dijérase que, sin atravesar los sombríos umbrales de la muerte, se ha despertado de un dulce sueño toda transfigurada.

En el cuadro de Toledo, por el contrario, parece hallarse en el último trance de un éxtasis que, como henchida por la propia fuerza de su espíritu, la arrebató a la Tierra del modo como San Pablo se imaginaba su fin (I.^a Tesal. 4, 17). Echada hacia atrás la cabeza, extiende los brazos en una atrevida diagonal, que corta el espacio del cuadro, como si anhelara abrazar el mundo. En el Tiziano, la figura de María se cierne, completamente aislada, sobre el enjambre de angelotes grandes y pe-

queños que a sus pies revuelan, y que simbolizan los espíritus celestes elementales. En el lienzo de El Greco avanza a su encuentro un coro de celestes vírgenes, de formas heroicas casi demasiado profanas y españolas, formando un conjunto de entusiasta bienvenida, y ordenándose por detrás de ella como para servirle de cortejo, pues la elevada figura de María descuella completamente despejada. El artista renunció aquí a trazar el cuadro de la Divinidad aprestándose a recibirla.

De este modo, la parte inferior, tan llena de entusiasmo, forma notable contraste con la turbada asamblea que delibera gravemente allá abajo.

Cristo en el Calvario.

Un cuadro como *La Asunción*, de Santo Domingo, obra de un artista salido hacía diez años de los estudios de Venecia, tenía que causar en Toledo efecto muy distinto del que hubiera producido en Roma. Los pintores toledanos, como Luis Velasco, eran satélites del amaneramiento italiano, y tenían muy mediano talento. El triunfo del Griego fue indudable y le abrió el camino de la Catedral. Este era un honor poco corriente. Un encargo del Cabildo abría a los artistas un porvenir brillante. «La Catedral de Toledo (escribe el embajador veneciano Badoez, en 1565) es más hermosa y rica que otra alguna de la cristiandad.»

El encargo del Cabildo le fue comunicado a El Greco en 1577, y en 15 de Junio de 1579 ya estaba el cuadro concluído. Se le destinó al vestuario del Sagrario, donde, además de los ornamentos de decir misa, se guardaban también reliquias como prendas del guardarropa de la Virgen. Acaso, el asunto del cuadro, fijado con antelación por los canónigos, y que era *El Espolio*, o el despojo de las vestiduras, guardase relación con el destino del lugar en que había de colocarse. Actualmente ocupa el cuadro el lugar principal sobre el altar, en el *gran salón de las vestiduras*, que pertenece al grandioso edificio anejo

que a fines del siglo, y con arreglo a los planos de Quiroga, quedó erigido al Nordeste de la iglesia. Allí se hallan el aposento abovedado (*ochavo*) o relicario, la *Virgen del Sagrario*, la sacristía. En aquel salón están reunidos: *La Traición de Judas*, de Goya; un *Apostolado*, de El Greco, tres buenos cuadros de Orrente, y en el techo el mejor fresco que hay de Lucas Giordano en España: *El milagro de San Ildefonso*.

Para asunto del cuadro se escogió el momento en que los verdugos ponen la mano sobre Jesús delante de la cruz, que descansa en el suelo. Cristo se muestra entre el centurión romano y los sayones, uno de los cuales tiene cogido el borde superior de su túnica. Por detrás, en compacta oleada, la guardia romana y con ella Judas, en un bosque de picas y alabardas. Esta masa vibrante de ruido, de armas y de confusos gritos, no perturba la armonía del conjunto, pues queda apartada de las figuras del primer término, a las que más bien parece servir de comitiva. Para equilibrar la composición, colocó el artista en el ángulo izquierdo, gracias a una libérrima abreviación del espacio, un grupo de santas mujeres: tres figuras de medio cuerpo, que, paradas al pie de la terraza, contemplan con asombro a un sayón, ocupado en barrenar la cruz. Por la nobleza de sus facciones y por el tierno sentimiento de dolor profundo que expresan sus semblantes, difícilmente se encontraría nada igual a estas tres figuras en las pinturas análogas de aquel tiempo. Cristo mismo está colocado como fuera del horizonte sensible. Todo está allí calculado para atraer y fijar sobre él nuestra mirada: su colocación, exactamente en el centro del primer término, de cara al espectador, sin estorbos por ningún lado, hasta el color rojo brillante del manto y de la túnica. Con el rostro y la mirada vueltos hacia arriba, la mano derecha sobre el pecho, la izquierda significativamente extendida hacia la cruz, que yace en el suelo, parece sustraerse a cuanto le rodea, como si estuviese a punto de desvanecerse y desaparecer de la vista de las turbas.

De este cuadro se ha encontrado en Venecia una pequeña

copia de la propia mano de El Greco. Hasta 1874 figuró en la Galería Maupin, pero bajo el nombre de Barocci. En esa copia son de notar algunas variantes. Falta en ella el brazo que sujeta el borde de la túnica; en vez de este detalle, el sayón que hay detrás de Cristo le tiene puesta la mano sobre el hombro; la cabeza (retrato de Longino) denuncia otro modelo, y la cabeza de Cristo es algo más alargada. El dibujo es más cuidado y la ejecución de las manos, por ejemplo, más hábil; en el cuadro de Toledo hay irregularidades notables en el tamaño de las cabezas. Las proporciones son más finas, y todo revela un pincel lleno de premura e inquietud.

¿Cómo pudo esta copia hacer ese viaje a Venecia desde el corazón de España? Aquí se ocurre la cuestión de si no traería el pintor consigo esa composición al venir de Venecia, de igual modo que llevó a Roma la *Curación del ciego de nacimiento*. El cuadro y aun más la copia de Maupin, presentan muchos puntos de contacto con las obras italianas, no despuntando en ellos todavía el estilo que en España empezó a adoptar El Greco. Algunos han creído ver en ciertas cabezas tipos españoles, sobre todo en la del Centurión; en la quijotesca y demacrada cabeza que hay a la derecha, por detrás de Cristo, y que tiende la mano en señal de dar órdenes, y el noble continente de las mujeres, ha recordado a otros los tipos femeninos de Toledo.

Muestra además el cuadro en la composición ciertos rasgos arcaicos, reminiscencias bizantinas, que en los cuadros italianos ya no se advertían. La colocación de frente de las figuras, la simetría con que están dispuestas, aquella oleada de compactas cabezas, cascos y yelmos, que llenan el fondo; la marcha acompasada, a un tiempo violenta y marcial de aquel gentío, son otras tantas reminiscencias hieráticas, que contribuyen a la impresión total. En la Catedral de Monreale se ve una escena idéntica; allí se halla Cristo a la izquierda, sujeto por dos sayones; a la derecha, el centurión con la guardia; en el suelo, un sujeto semiarrodillado, que clava las cuñas que han de afianzar la cruz; *Jesus Christus ductus ad crucis passionem*.

Cualquiera que sea la fuente de donde naciera la idea del cuadro, no hay duda alguna que ésta es la más importante producción de El Greco. En esto concuerdan cuantos vieron el cuadro (1). En aquella época no tenía rival, en cuanto a la habilidad en el trazo, riqueza y brío en los colores, plena percepción de lo característico, intensidad en el movimiento, conmovedores contrastes, encanto del claroscuro surcado de relampagueantes luces, y su carácter personal y profunda comprensión del asunto.

Sería conocer mal a los pintores el extrañar que los artistas autóctonos, movidos de la envidia, hiciesen la guerra a esta obra maestra. Su autor era un extranjero, y, lo que era peor, un griego, de procedencia cismática, cuando no lo fuera él mismo. Ya antes de hacer entrega de la obra manifestóse, en cábalas contra su persona, esta hostil disposición de los ánimos. De pretexto para el litigio sirvieron sus exigencias, excesivas al parecer, y que el representante de la obra de la Catedral no quiso admitir. En 15 de Junio de 1578 comparecen el Canónigo Obrero (más tarde Preceptor de Felipe III y Arzobispo durante seis meses), Don García de Loaisa Xiron, y el artista ante un notario para nombrar sus tasadores, un pintor y un escultor por cada parte. En 2 de Julio de 1577 y en 3 de Marzo de 1578, había cobrado El Greco por junto 150 ducados; ahora, terminado ya el cuadro, el precio que por él pedía y que, por no conocer bien con qué clase de gentes tenía que habérselas, no había convenido de antemano, pareció demasiado caro. Los tasadores, el escultor del Cabildo y maestro mayor de la Catedral, Nicolás de Vergara, y el pintor Luis de Velasco, fallaron que debía pagársele la suma de 2.500 reales (250 ducados), supuesto que prescindían de *algunas impropiedades que*

(1) Palomino dice: «Basta para calificarle, pues hay en él algunas cabezas que parecen del Tiziano.» El italiano Norberto Caimo confirma esto, y va aún más allá, pues dice: «Hà in sè tutta la delicata maniera di Tiziano.» R. Cumberland: «So entirely in the style and manner of Titian, that his reputation would have suffered no injury by its adoption.»

ofuscan la dicha historia y desautorizan al Christo; como tales señalaban: tres o cuatro cabezas que están por encima de la del Salvador: dos yelmos con celadas; y, por último, el grupo de las tres mujeres tan cerca de la cruz, cuando debían estar más alejadas según las palabras del Evangelio: «Miraban desde lejos» (Ev. Marc. XV, 40). Así se las ve en el cuadro de Overbeck.

Los tasadores del artista, el pintor Baltasar Cimbrón y el escultor Pero Martínez de Castañeda, manifestaron que «el cuadro, por su tamaño, arte y asunto, era de los que no tienen precio ni se pueden tasar; pero que, atendiendo a la miseria de los tiempos y á la estima en que se tenía entonces tales obras, debería pagarse a su autor por su trabajo, aplicación y desvelos, así como por el tiempo que le había llevado la obra, la cantidad de 900 ducados.»

Como no había avenencia, ambas partes se remitieron al laudo de un juez árbitro (*amigable componedor, juez de avenencia y transacción*), que lo fué Alejo de Montoja, contraste de metales preciosos, pesas y medidas de Toledo. En 23 de Junio de 1578 pronunció aquél su fallo, empleando expresiones que suenan á mofa: «Teniendo en cuenta que dicho cuadro es de los mejores que yo he visto, y que por sus muchas excelencias debería tasársele tan alto, que pocos serían y quizás no hubiera quien quisiera pagarlo; teniendo también en cuenta el estado de los tiempos y lo que se acostumbra pagar en Castilla por los cuadros de los grandes maestros, deben darse por éste 3.500 reales (350 ducados).» Esta suma se halla respecto a la fijada por los tasadores casi en la proporción de 4 a 3 y 10. Algunos años después le pagó el párroco de Santo Tomás 1.200 ducados por el *Enterramiento del Conde de Orgaz*, pintado más a la ligera. El punto de las impropiedades fue sometido al laudo de los teólogos. El pintor tuvo que conformarse con ceder el cuadro por «aquel precio», y quitar de él lo que debía quitarse.

Quedaba la construcción del artístico marco de madera do-

rada que se puso al lienzo, y se le encargó también de ella en 9 de Julio de 1585. El precio de este trabajo lo fijaron en Febrero de 1587 los peritos—El Greco había designado al célebre escultor Esteban Jordán—en 200.600 maravedís, 138.200 por la obra de talla y 62.400 por el dorado. En total 532 ducados; es decir, que cobró por el marco 182 ducados más que por el cuadro. Estas cifras hablan por sí mismas. Ignorancia y mezquindad teológica, odio al extranjero y envidia se unieron en alianza en este bochornoso mercado (1).

El marco de madera que hiciera el maestro fue sustituido en nuestro siglo, siendo Cardenal D. Luis de Borbón, por otro muy suntuoso de bronce y mármol español de colores.

Felipe II.

Si Domenico, al emprender su viaje a España, lo hizo pensando en Felipe II y en El Escorial, la ocasión aguardada había llegado. Después de varios años invertidos en los trabajos de cimentación, había empezado a levantarse la iglesia con sus cuatro grandes columnas de cúpula. Con tal *furia*, dice un testigo ocular, llevó aquellas obras el Rey, que a los once años de empezadas ya se pudo consagrar el templo. Y con no menor celo se emprendió luego la adquisición de cuadros.

Quién hablara al Rey de El Greco, detalle es que se ignora. Pero ¿cómo hubiera podido escapar a la vigilancia de aquel burocrático monarca, semejante a un Argos de cien ojos, la presencia en Toledo de aquel advenedizo?

Que El Greco tuvo relaciones con la Corte, lo indica un retrato del escultor Pompeo Leoni, en Keir (Escocia), donde se le representa en actitud de modelar una escultura. Por aquella época (1571-1578), iba Pompeo mucho a Toledo, donde trabajaba en el sarcófago destinado a encerrar los restos de San

(1) Ellas demuestran—dice Foradada—el incalificable abuso cometido con el insigne pintor, escultor y arquitecto Domenico Theotocópuli.

Eugenio, traídos allí desde San Dionisio. Sobre la mesa se ve un busto en mármol, casi terminado, de Felipe II, que contempla el artista algo echado hacia atrás, como juzgando del parecido. Tiene en la mano un largo cincel de acero, que apoya sobre una varilla de madera, afianzada a modo de palanca, y se apresta a marcar bien la línea divisoria entre el cuello y la gorguera.

En El Escorial hay todavía un notable cuadro, que probablemente le sería encargado por el Rey, a título de muestra, como por la misma época y en el mismo concepto encargó al Mudo *El bautizo de Cristo*. El asunto lo constituye *La adoración del nombre de Jesús por el Universo*, según San Pablo (Carta a los Filipenses II, 10). Lleva esecudro los nombres de *La Gloria de El Greco*, *El Purgatorio* y también *El sueño de Felipe* (5' 1" 2" × 4'). En otro tiempo, estuvo en la *celda del Prior*, y tenía por marco una guirnalda de flores, obra de Mario dei Fiori. «Tú me cuentas mi sueño», Τὸ ἐμὸν ἐμοὶ λέγεις ὄναρ, hubiera podido exclamar Felipe II con Platón, a vista de aquel cuadro. Como uno que leyera en el pensamiento, así había penetrado el artista en su interior, donde todos estos sueños se agitaban con los terrores de la realidad.

Una dilatada estepa, limitada por abruptas sierras, y arriba en lo alto, entre nubes, en caracteres de un oro verdoso, el monograma de Jesús, cercado de una guirnalda de ángeles genuflexos. Desde el fondo de la estepa avanza hasta el primer término del cuadro una compacta procesión de *peregrinos de la Ciudad Eterna*. En el primer término, de rodillas sobre una alcatifa turca y cojines bordados de oro, vemos un círculo de elegidos de la Iglesia militante, entre los que sobresale la sombría silueta del Rey, con negra capa corta, guantes negros y gorguera blanca. Junto a él, visto de espaldas, el Emperador; enfrente, San Lorenzo; más allá, San Mauricio, un Cardenal... En angustiosa cercanía, a la derecha, espumea una corriente de fuego, de la que saca su cabeza el gran dragón, cuyas fauces infernales engullen legiones de pecadores. Por detrás elévase

sobre este Aqueronte un puente del diablo, por el que marcha también un cortejo de romeros, de los que algunos pierden el equilibrio.

En pocas obras habrá tal derroche de fantasía unida a igual maestría en el dibujo y en el colorido. Callot mismo no ha podido dar a sus figurillas tanta vida en pocas pinceladas.

El San Mauricio de El Escorial.

El cuadro que hemos descrito mereció la aprobación del Rey, y el anhelado encargo para la iglesia de El Escorial no se hizo esperar mucho. El Greco fue encargado de pintar el cuadro destinado al altar de San Mauricio, capitán de la legión tebana.

Entonces ya pudo decir: *Hic Rhodus, hic salta*. El porvenir parecía estar en su mano. Pero este San Mauricio no tenía buena estrella. A consecuencia del proceso con el Cabildo, se hallaba el artista en un apuro de dinero. En la primavera de 1580 tuvo el Rey aviso de que el artista había suspendido su trabajo por no tener colores ni dinero para comprarlos. Entonces, el Monarca dió la orden para que se le diesen colores finos, sobre todo, ultramarinos.

Al fin estuvo listo el cuadro, y si la intención de El Greco fue asombrar a las gentes, puede decirse que lo consiguió.

Se esperaba de él una escena en que hubiese ruido de armaduras, y en que el capitán romano apareciese con su séquito negándose a adorar los dioses ante el sombrío Emperador Maximiano o exhortando a perseverar en la fe a la turba de cristianos condenados a muerte. Algo por el estilo de *El Expolio*, de Toledo, que había dado pie precisamente para que se le encargara la representación pictórica de esta leyenda.

¿Y qué es lo que había puesto en aquel cuadro? Sólo con trabajo podía adivinarse lo que quería decir el grupo del primer término. Véanse allí reunidos seis hombres de elevada estatura que, con gestos misteriosos y melancólica gravedad, pa-

recen dilucidar un difícil problema, mientras otros personajes detrás de ellos aguardan, todo oídos, el resultado de sus meditaciones. Los personajes son retratos fieles de caballeros toledanos de alcurnia intachable. Si se les colocara de busto alrededor de una mesa redonda con tapete rojo, tendríamos un Consejo de Estado en el palacio de Madrid, que edificaría al historiador. El anciano oficial de la derecha lleva un arnés moderno de planchas y blanca gorguera, y por detrás del grupo asoman alabardas. Pero con aquellas piernas desnudas y aquellos pies descalzos, no hubieran podido presentarse en el Consejo de S. M.; ese traje pseudo-romano, aquella ropilla de armas corta sin nada más, resulta, pues, una mascarada. A no ser que se trate del Estado Mayor en trance de vadear un río.

La clave de todo la dan las escenas del fondo. Aquello es el sacrificio de la Legión Tebana, y sobre ella llama la atención el personaje de la izquierda al oficial que hay en el centro. Esta noble cabeza, llena de profunda melancolía, es la de San Mauricio. Un paje sostiene su yelmo. A las artes oratorias del militar que le habla opone él firme y tranquilo, con un ademán que dice mucho, su deber de cristiano. Por encima de su frente se vislumbra la *sorpresa celeste* que le aguarda; encantadoras figuras de castellanas de rizadas cabelleras negras y ojos melancólicos, que tocan instrumentos de música. Pero lo que más sorprendía en este cuadro era la pintura. ¡Qué se había hecho de aquel griego venecianizado del Palacio Farnesio! En vez de sonoras armonías, advertíanse allí los más crudos contrastes de color, azul marino y amarillo de azufre. En vez de una luz suave emergiendo de una matizada penumbra, ásperas lumbraradas y relámpagos; en vez del cálido y uniforme encarnado, un gris desvaído con semitonos violeta y luces verdosas, surcado todo ello por reflejos amarillos y rojos. Añádase a esto los tristes semblantes y la solemne apostura de aquellos raros personajes que parecen cernerse en el vacío. El artista trabajó aquí como el Tintoretto, con suje-

ción a pequeños modelos de barro pintado, que tenía a la vista mientras trabajaba.

Los españoles se quebraron la cabeza discurrendo sobre esta inaudita música del porvenir; creyeron que su orgullo de artista se había resentido con lo que le dijeron a título del más alto elogio: que pintaba como el Tiziano. Por si era así, había logrado desprenderse de todo parecido con él. En El Escorial se podían hacer comparaciones. Pero aquí no era ésta la política justa.

«El cuadro—escribe Sigüenza—no satisfizo a S. M. Y esto no debe extrañarnos, pues satisfizo a pocos, aunque se decía que había en él mucho arte, y que su autor sabía mucho y podían esperarse de él obras eminentes.» El artista sufrió entonces el desaire más amargo que experimentara en su vida; se le pagaron los honorarios convenidos; pero la obra fue juzgada indigna de decorar el altar de San Mauricio. En sustitución de ella, se le mandó pintar otro cuadro al florentino Rómulo Cincinnati, discípulo de Salviati; y en su obra, bastante floja por cierto, se hallan reminiscencias del desdeñado Greco. El 17 de Agosto de 1584 entregó el Rey al Prior el cuadro de que hablamos. Más tarde figuró en la antigua iglesia. La cédula, con la firma en caracteres griegos, sale de la boca de una serpiente. Tamaño, 15' 11" 7''' × 10' 10" 5'''.

*
* *

He aquí descritos cuáles fueron los comienzos de aquel hombre que de Oriente emigró a España; los comienzos de estos cuarenta años que residió en Toledo, desde donde enviaba a las iglesias y capillas de Castilla la Vieja las creaciones de sus sueños, cuyos bocetos guardaba reunidos en una sala de su casa.

La impresión que su presencia hizo fue compleja, y a ella correspondió el recibimiento que le dispensaron.

A decir verdad, sus probabilidades de triunfo no podían

ser mayores. Un indudable genio, dotado de facultades casi ilimitadas, criado entre obras maestras en Venecia, familiar luego de la Corte Papal de los Farnesio en Roma, llegaba a un país donde se deseaba tener lo mejor y más grande, y donde entonces sólo daba señales de vida una caduca escuela doctrinaria, un arte frío, importado, que ni siquiera se avenía con el carácter nacional. Una pupila perspicaz para sorprender todo lo vivo y característico; un innato sentido de la luz y el color; un poder casi inagotable de imaginación, parecían predestinarle para ser el precursor llamado a traer desde luego lo que allí no había de producirse hasta más tarde. Pero la transición era demasiado osada. Para aquellos hombres aquel paso audaz venía a significar un afán de lo extraordinario, que, con irreverencias de toda clase, hería todo lo que hasta entonces había tenido por dignidad, belleza y gracia, aquella nación, la más formalista de todas. Y no era él hombre de previsión. Su estrella tuvo a bien guiarle a una ciudad en la que estaba a punto de desvanecerse y momificarse la vida.

Lo que hubiera debido suceder allí se vió luego medio siglo más tarde, en una ciudad abierta a la vida. En Sevilla se encontró el camino, único viable para los españoles, por medio del naturalismo, el camino del espíritu a través de la desespiritualización.

Pero estaba escrito que había de apurar el cáliz del desencanto hasta las heces. Su primer peripecia fue aquel desagradable proceso con el Cabildo. Quedó excluído luego de El Escorial, que era el mayor palenque abierto en España a los pintores. El Rey, que admiraba a su maestro, y que de buena gana hubiese traído toda la pléyade de venecianos, le volvió las espaldas. Llegó hasta padecer apuros materiales.

Tantos reveses debieron influir en su carácter. Sin embargo, a un alma de su temple podían amargarla los sinsabores, pero no despeñarla en la locura. Un alma así sólo podía respirar desdén y despecho. Desdén que se manifestaba en la afirmación de aquello que provocaba repulsas y en el abandono

de cuanto hallaba aplauso. Un ingenioso teólogo ha dicho que todo hombre fluctúa entre su retrato y su caricatura. El Greco empeñóse con todas sus fuerzas en sacar a luz esta caricatura. Así, para sustituir al cálido colorido veneciano, ideó su gamma cruda y fría (lo contrario); a la riqueza cromática de aquélla opuso la negación de su pintura con el blanco y el negro; a la ejecución acabada, su áspero estilo abocetado, y a la dignidad y gracia, los balbuceos y delirios de la locura.

Pero la generación siguiente le vió con otros ojos. Velázquez, en su *Asunción*—único caso en su historia,—no hizo sino reproducir en su lenguaje una creación de El Greco. Y un poeta de aquel tiempo, al contemplar en Toledo su sepulcro de pórfido, en vez de evocar un aquelarre, reconoció tener delante el cuadro de un genio, «que dió vida al lienzo y alma a la madera, y a cuyo mágico pincel habían prestado: Iris los colores, Febo la luz y Morfeo las sombras del Hades» (*Góngora*).

CARLOS JUSTI

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—BELLAS ARTES: Los jardines de la inteligencia.—FILOSOFÍA: El karma y el Nirvana.—OCULTISMO: Hipnosis y fantasmas.—IMPRESIONES Y NOTAS: Las casas hechizadas.—Los perros de Enrique III.—Relaciones entre Francia y Castilla.

BELLAS ARTES

LOS JARDINES DE LA INTELIGENCIA.—Si de toda la historia de Grecia, de todas sus artes, de toda su literatura, no quedarán más que las ruinas del Partenón, bastarían ellas solas para atestiguar que en la colina de la Acrópolis reinó la razón, para revelar que hubo allí un pueblo que supo concebir y realizar la belleza. Si sucediera lo mismo con las artes, la historia y la literatura de Francia, bastarían los jardines de Versalles, como dice en *La Revue Hebdomadaire* Luciano Corpechot, para demostrar la esencia y las cualidades del espíritu francés.

Los jardineros franceses, como los arquitectos atenienses, proyectaron sobre la Naturaleza la forma de su espíritu: el arte de los jardines, como lo entendió y lo practicó Le Nôtre, es propiedad de Francia; no hay ejemplo de semejante concepción hortícola en la historia de nuestra civilización. Los jardineros de otros tiempos sólo se cuidaban de encantar la vista, copiando las gracias y caprichos de la Naturaleza. Le Nôtre se ha cuidado de introducir en la exuberancia de los follajes, y en desordenada eflorescencia del mundo vegetal, un orden

en que nuestro espíritu se complace en descansar. Sus jardines no son sólo una alegría para la vista y una emoción para el corazón, sino una satisfacción para el espíritu: son naturaleza inteligible, como las tragedias de Corneille o de Racine son vida inteligible, son los *jardines de la inteligencia*.

Bacon decía: «Dios omnipotente, plantó ante todo un jardín, y en verdad que es el más antiguo y el más puro de los recreos humanos.» Antes, como hoy, el Oriente vivía entre sus jardines. Pero los paraísos a orillas del Éufrates, los parques de Siria o de la India, parajes encantados que tan magníficamente exaltaron el corazón de los poetas, eran sólo trozos de Naturaleza encerrados entre muros o empalizadas. El asiático no hacía frecuentemente sino cerrar el sitio que más le gustaba, respetando en él el capricho de la Naturaleza; se contentaba con levantar pabellones, trazar caminos, arreglar terrazas, analizar las aguas, aclimatar flores preferidas y cultivar frutales o árboles olorosos. Los jardines de Antioquía, los más renombrados de todos, pueden darnos una idea de ese género de parques: «Antioquía—escribe Renán—tenía dentro de sus murallas montañas de 700 pies de altura, rocas a pico, torrentes, precipicios, barrancos profundos, grutas inaccesibles, y en medio de todo eso jardines deliciosos. Espesos maticos de mirtos, de boj, de laureles, de plantas siempre verdes, rocas tapizadas de claveles, de jacintos, de ciclamos, daban a aquellas alturas salvajes el aspecto de parterres colgados. La variedad de las flores, la frescura del césped, compuesto de multitud infinita de pequeñas gramíneas: la belleza de los plátanos que bordean el Orontes, inspiran la alegría, algo del suave perfume con que se inspiraron los genios de Juan Crisóstomo, Libanio y Juliano.

Esta pintura muestra que aquellos jardines lo tenían todo de la Naturaleza; capaces de derramar en el alma del visitante una embriaguez voluptuosa, le prodigaban los placeres que tienen su asiento en la sensibilidad. Ciertamente que monarcas poderosos, sátrapas opulentos y ansiosos de hallar en el

centro de sus capitales o en medio de cualquier provincia desolada la misma abundancia que en las regiones más ricas, supieron crear campiñas encantadas, haciendo correr ríos, caer cascadas, crecer naranjales, florecer rosas en medio de arenales, entre las rocas más áridas; pero aquellos jardines siguieron siendo en su gigantesco esfuerzo los esclavos de la Naturaleza, y todos sus cuidados consistían en copiarla. Los jardines suspendidos de Babilonia, una de las maravillas del mundo, eran una serie de terrazas escalonadas en un espacio de 120 metros de lado; cada terraza llevaba un bosque indescripible de plantas, escogidas por su belleza en todos los países conocidos; pero en aquellos jardines, como en los campos de la Persia actual, en que millones de rosas se deshojan para acalenturar todos los sentidos en un delirio dionisiaco, nada hay para el espíritu, nada para las divinidades superiores.

Los griegos, si se hubieran hallado en presencia de paisajes más abundantes y de líneas menos puras, si sus tierras hubieran producido más lujuriosa vegetación, habrían sin duda pensado en imponer a la Naturaleza las leyes de su inteligencia; pero como los dioses se habían cuidado de satisfacer sus nobles aspiraciones, llevaron su genio hacia la arquitectura y la estatuaria, y se contentaron con cultivar hortalizas y árboles frutales, como hacen en Homero, Alcinos y Laertes, o en plantar plátanos en quincuncios o calles de brezos y de higuerras, como las del Liceo y la Academia. Más tarde, en Bizancio, los jardineros griegos intentaron introducir perspectivas rectilíneas y arreglar geométricamente la Naturaleza; pero Asia estaba demasiado cerca para que no se bastardease la concepción del cerebro griego.

De modo que en la antigüedad, únicamente Egipto parece haber concebido el plan de un jardín que no sea copia de la Naturaleza. Champollion dice que los jardines egipcios estaban todos plantados a orillas del Nilo o de sus canales: eran cuadrados y cerrados con empalizadas. Una doble fila de palmeras y de árboles de forma piramidal daba sombra a una

vasta calle, y el medio del cuadro estaba ocupado por un cenador rodeado de cuatro estanques. Los egipcios sabían que eliminar constituye el primer principio del arte; pero este tipo hierático de jardín está tan lejos del parque de Le Nôtre como la estatuaria egipcia de la de Fidias.

Los primeros romanos fueron labradores; amaban la tierra, pero no la pedían sino que les enriqueciese; los jardines de recreo les eran completamente desconocidos. Después, cuando el mundo entero fue su tributario, los romanos tuvieron *villas*, cuyas notas se extendían sobre perspectivas incomparables; pero el pueblo más reglamentista del orbe no se cuidó tampoco de ordenar la belleza de sus campos. En sus parques los romanos tenían viveros tan grandes como lagos, pajareras inmensas, jardines zoológicos con bestias de todas clases; pero su modelo estaba en Oriente, y tampoco supieron concebir más jardines que los de la sensibilidad.

Hay que venir a nuestra Edad Media, para hallar un concepto nuevo que sirve de guía al arte de la jardinería. Desde el siglo xv las vitelas iluminadas, la pintura, el grabado y la tapicería nos suministran representaciones abundantes y detalladas de los jardines en que se complacían los contemporáneos. Apenas poseemos imágenes más antiguas; pero las cuentas o la literatura permiten formarnos una idea de los jardines franceses en el siglo xiii y en el xiv, y apuntar el nacimiento de una tradición hortícola nueva. Camilo Eubart, en su *Manual de la Arqueología francesa*, ha dado descripciones muy precisas del jardín que se extendía generalmente ante las grandes residencias de la Edad Media. Entonces gustaban las pelusas de césped cuidadosamente niveladas por el rodillo; esas pelusas y las platabandas de flores describían rectángulos y círculos o ruedas; pero dominaba la forma rectangular, y combinado todo con las calles de arena, el conjunto revestía una simetría absoluta. Los macizos solían estar bordeados de boj, y las calles y, a veces, los canales y los estanques estaban rodeados de barreras de boj o de enrejados, que, a la vez que ser-

vían para ver las flores, protegían las plantas contra los animales que poblaban los parques. En torno de los jardines cuadrados, una amplia calle cubierta, en que las viñas se mezclaban con los rosales, formaban una galería de verdor; en los ángulos o en el centro de cada lado había un pabellón enrejado, y en el centro solía construirse una fuente, circundada de una alfombra de flores. Gustaba también dar formas náuticas a ciertos árboles aislados, tallados en bola, en pirámides o en bandejas superpuestas. El jardín tenía frecuentemente una parte de arquitectura fija, un muro de cierre, una fuente y bancos de mármol o de piedra.

El carácter dominante de este nuevo concepto del jardín es la simetría. El hecho de disciplinar la Naturaleza es una novedad en la Historia. Los jardineros de los siglos XIII y XIV echaron a perder sus obras con lindezas; complicaron sus dibujos, y jugando con las líneas de las calles las embarullaron en laberintos; se complacieron en detalles minúsculos o en realizar monstruosidades hortícolas como las que inventan hoy los japoneses; así, por ejemplo, en el tronco de un roble se introducían por incisión las semillas de la viña y del cerezo, y se obtenía un árbol castaño, de cuyo tronco nacían las más divinas ramas.

La influencia italiana en la época del Renacimiento, exagerando todo lo que era amaneramiento en la Edad Media, estuvo a punto de arrastrar a los jardineros franceses lejos de la naciente tradición. Los italianos no disciplinan la Naturaleza, sino que exageran sus caprichos y fantasías refinándolos. Los árboles están recostados en figuras de animales, los bojs escriben divisas; detrás de las construcciones vegetales hay escondidos juegos de agua para lanzarse de súbito bajo los pies de los paseantes sorprendidos. Las estatuas se animan y tocan la flauta o algún otro instrumento, movidas por ingeniosas máquinas hidráulicas. El genio de la raza triunfó; el gusto francés, por la claridad y el orden, acertó a librarse de aquellos ornatos a la italiana.

E. M.—*Noviembre 1914.*

Le Nôtre cristalizó, en las formas grandiosas y definitivas del parque de Versalles, el concepto *de los jardines de la inteligencia*. Le Nôtre llevó a la perfección el concepto popular de la jardinería francesa, como La Fontaine se inspiró en los cuentos y tradiciones de Francia, para darles la forma definitiva que las eterniza. Desde las terrazas de Versalles contemplamos un espectáculo verdaderamente nuevo: todas las gracias que habían hecho el encanto de los jardines; la multitud de las flores, el maridaje de sus olores y de sus perfumes; la variedad de las diversas esencias de árboles; su conmovedora delicadeza bajo el cielo del crepúsculo o en la frescura de las alboradas, todas esas voluptuosidades pasan a segundo término, se borran, se anegan en un conjunto de masas severas o de líneas sobrias, que imponen por su majestad, que hablan a la inteligencia, tonificando, exaltando, por encima de toda sensibilidad. La tierra, las aguas, los árboles, que no eran naturalmente para el hombre sino fuentes de emoción rápida y cambiante, nos prodigan en ese paisaje en que todo está lleno de espíritu, placeres de orden diferente; no son ya sólo los sentidos, sino el cerebro el que se encuentra satisfecho.

Le Nôtre concibe los placeres humanos al modo de los clásicos: para agradar a hombres dignos de serlo, para componerles una decoración digna del personaje que ha sabido esclavizar la Naturaleza, le ofrece paisajes en que su espíritu se satisface y se reposa. Su primer cuidado en presencia de la Naturaleza es el iniciar todos los detalles que la hacen incomprensible, dejando subsistir únicamente las líneas y los planos que la mirada puede seguir y el espíritu abarcar. Tiene agua y cielo; todos los elementos del paisaje se reducen a esas tres unidades. Cuando se sale del palacio por el vestíbulo del patio de mármol, y se detiene uno en lo alto de la terraza, se ve todo aquel paisaje relacionado con un eje de modo tan sencillo que, cerrados los ojos, la memoria reconstituye inmediatamente la magnífica decoración. Ningún arquitecto griego ha concebido proporciones más felices.

FILOSOFIA

EL KARMA Y EL NIRVANA.—Son dos conceptos fundamentales del budhismo, según afirma Pablo Karus. Los filósofos brahminicos identificaban el alma con el Adman, el Sí, el Ego; el Adman era concebido como entidad metafísica dentro de las sensaciones, pensamientos y demás actividades del hombre. Ahora, cuando los budhistas quieren indicar lo que nosotros llamamos alma, hablan de la mente, substituyendo a la concepción dualística una teoría monística; por donde se ve claro que el budhismo no niega la existencia del alma, y por esto se entienden las ideas, aspiraciones y actividades mentales del hombre.

El sér físico y espiritual del hombre consta de samskara; esto es, de ciertas formas y facultades formadoras, que por la ley del Karma condicionan la continuidad de su existencia en las turbinas de las continuas mudanzas. Los samskara, según Dudelberg, pueden traducirse por acciones, si en esta palabra se comprendiesen al mismo tiempo las acciones íntimas, la voluntad y el deseo. Budha constituyó la noción del alma revoloteadora en busca de nueva morada en otro cuerpo por la de un traslado de samskara, según la ley del Karma. Budha reconoce como irrefragable la ley del Karma, y en ella funde la justicia infalible de la ley moral: «De lejos siguen nuestras acciones, y lo que fuimos hace lo que somos.»

En este punto, Karus afirma, con sorpresa, que no comprendemos del crítico de *Bilychnis*, que los más grandes representantes de la ortodoxia cristiana, como San Pablo, Santo Tomás de Aquino y San Ignacio de Loyola, mostraron fuertes tendencias hacia la teoría del abandono del Sí. Los cristianos, dice Karus, se sorprenden del nihilismo budhístico, cuyas aspiraciones consisten en desarraigar la propia alma, esto es, el Adman o el Sí; pero no le choca que diga San Pablo: «Yo no vivo ya, sino que Cristo vive en mí.»

En cuanto al Nirvana, Karus dice que es una cuestión di-

fácil. Confrontados gran número de pasajes en que figura la palabra Nirvana, no se encuentra ni uno solo en que tenga el significado de aniquilación. Se ha propuesto la idea de que habría diversas especies de Nirvana, pero se ha rechazado por errónea.

El profesor Rhys Davids dice que el Nirvana es la extinción de la pecaminosa y grosera condición de la mente y del corazón, que, según la ley del Karma, es causa de la renovación de la existencia individual. Si se quisiera traducir la palabra Nirvana, no se podría hacer, según Karus, sino adoptando el término santidad. También son sinónimos de la palabra Nirvana: lo Imperecedero, lo Infinito, lo Eterno, lo Supremo, lo Amorfo, lo Pacío, la Cesación, el Reposo, la Verdad, etc. La expresión más negativa es el término Pacío. Los cristianos se aferran a la idea de que en el cielo la personalidad humana es conservada como entidad separada y distinta; con la resurrección se aspira a una conservación del Ego, no de la mente; pero Budha niega la existencia de todo substrato-alma o entidad-Ego. El Nirvana no es la aniquilación del pensamiento; es un complemento y su perfección.

OCULTISMO

HIPNOSIS Y FANTASMAS.—Existen escépticos, dice en la *Revue Hebdomadaire* Jorge de Dubor, que se niegan a creer en la realidad de los fenómenos hipnóticos sin haberlos estudiado nunca; pero entre sus negaciones y las afirmaciones positivas de sabios como William Crookes, el reputado físico inglés; el profesor Carlos Richet, de la Academia de Medicina; el coronel de Rochas, antiguo administrador de la Escuela Politécnica; el gran astrónomo Flammarión; César Lombroso; los doctores Charcot, Babinski, Bernheim, Lys; el profesor Durville y otros, no hay duda posible, y toda persona de juicio independiente y recto se alistará bajo la bandera de los últimos.

¿Qué es, ante todo, la hipnosis? El estado provocado en un sér humano por el sueño artificial. Es procedimiento practicado siglos antes de la era cristiana en Caldea, en la India y en Egipto; pero el hipnotismo estudiado científica y médicamente, data del Dr. Charcot. La escuela de la Salpêtrière contaba tres grados en la hipnosis: el estado cataléptico, el estado somnábulo y el estado letárgico. Hoy esta doctrina está desechada por inexacta. Antes de llegar al estado cataléptico hay un estado primordial, caracterizado por un sueño tranquilo más o menos profundo, y que se acerca mucho al sueño natural; los párpados están cerrados, y el sujeto acepta generalmente las sugerencias que se le imponen.

Para adormecer un sujeto, el método más sencillo y mejor consiste en mirarle fijamente en la raíz de la nariz, mientras sus ojos están fijos en los vuestros; después de un tiempo, que puede durar de cinco a veinticinco minutos, la primera vez el sujeto cierra los ojos y se duerme; se halla en el primer estado de hipnosis. La mayoría de las mujeres caen fácilmente en el sueño hipnótico; de los hombres, apenas hay la mitad; pero con una larga práctica, y, sobre todo, con larga paciencia, se llega a hipnotizar a la inmensa mayoría de los hombres y de las mujeres. Este primer estado constituye un poderoso factor terapéutico. Dubor refiere que un joven de diez y siete años, que le tocaba de muy cerca, tenía un absceso en una muela, que le hacía sufrir cruelmente, impidiéndole comer y dormir. Muy nervioso y muy impresionable, se negaba a dejarse sacar la muela, y como su médico no quería cloroformizarle, Dubor tuvo la idea de llevarle al Dr. Bérillon, especialista muy conocido por su práctica hipnótica.

Puesto al corriente del caso Bérillon, adormeció al joven, y le dijo durante el sueño hipnótico: «Irá usted mañana por la mañana a casa de su dentista; se sentará usted tranquilamente en el sillón de operaciones, y verá usted qué bueno es el hacerse sacar la muela; no sólo no sufrirá usted, sino que le parecerá a usted eso delicioso.»

Se despertó el joven, que no se acordó de nada; pero que al día siguiente por la mañana aceptó sin dificultad el ir a casa del dentista. Este cogió su instrumento mientras el paciente estaba en el sillón como en el limbo, le hizo abrir la boca y le arrancó de un tirón una enorme muela, completamente cariada, que mostró triunfante al joven; el paciente le miró con estupor, se llevó la mano a la boca, y convencido de la cosa, exclamó: «¡Pero si no he sentido nada, si me parece haber percibido una sensación agradable! ¿cómo es eso?» «No lo sé, respondió el dentista; pero lo que puedo asegurarle es que ahí está la muela.»

El doctor Foire, discípulo de Charcot, ha escrito: «El médico psiquiatra encuentra en el hipnotismo un agente terapéutico de primer orden para el tratamiento de todas las enfermedades nerviosas; el sueño provocado presta minuciosos servicios en los casos de nervosismo, neurastenia, excesos del sistema nervioso y fatiga cerebral.» Y como no hay función del organismo que no esté relacionada con el sistema nervioso, la sugestión hipnótica ejerce su influencia en todas las funciones orgánicas. «Y, en efecto, sigue Foire, comprobamos diariamente que las secreciones glandulares, las enfermedades inflamatorias, hasta las inflamaciones agudas; las diátesis como el artrismo, las enfermedades febriles y hasta las afecciones cutáneas, sufren por la sugestión influencia indudable y salutarífera.

Al lado de las curaciones maravillosas, obtenidas por la sugestión hipnótica en enfermedades del corazón, del estómago y otras, el hipnotismo es de gran aplicación en pedagogía, sobre todo en niños prematuramente viciosos o perezosos. Dubor ha ido a la clínica de Bérillon, y ha visto en ella una mañana catorce personas adormecidas, especialmente varios niños, viciosos, precoces, que el Dr. Bérillon atraía poco a poco a las sanas nociones de la existencia, devolviéndoles la salud física y la moral.

Sabido es, por otra parte, que el alcoholismo se cura per-

fectamente por la sugestión hipnótica, lo mismo que el mareo. Esos son hechos precisos, patentes e indiscutibles.

Cuando un sujeto está dormido se puede obtener un sueño más profundo por medio de frases magnéticas. Todos tenemos en nuestras manos, más o menos, un fluido que se desprende y obra sobre un sujeto sensitivo. Por medio de frases prolongadas se puede llegar a sumergir al sujeto en lo que se llama estados profundos de la hipnosis, obteniendo de él resultados maravillosos; pero hasta con los estados superficiales se obtienen fenómenos interesantes.

«La primera vez que dormí yo a una enferma, dice Dubor, fue en las circunstancias siguientes: La mujer de un oficial de Administración de la Intendencia militar me vino a buscar un día muy emocionada, y me dijo:—Han robado un billete de 500 francos en el despacho de mi marido.—¡Ah!, dije. ¿Sospecháis de alguien? ¿Habéis hecho alguna investigación?—Ninguna todavía, y no sé a quién acusar. Tengo dos criadas, sin contar el ordenanza; otros soldados vienen al despacho de mi marido. No puedo acusar a nadie sin pruebas; pero se me ha ocurrido una idea. Si usted me adormeciese, ¿no podría yo acaso conocer al culpable? ¿Qué le parece a usted?—No sé; vamos a ensayar, si usted quiere.—Quiero. Adormecí bastante fácilmente a la joven, y cuando estuvo en el sueño hipnótico la dije:—¿La han robado a usted un billete de 500 francos?—Sí, me respondió a media voz.—Bueno; pues es preciso que usted encuentre ese billete de Banco. Usted sabe dónde estaba, usted lo va a buscar. ¿No sería alguna de las criadas? Mire usted bien a ver si lo encuentra por alguna parte.—Me callé. La frente de la joven se frunció como cuando se tiene una preocupación. De pronto exclamó:—Lo veo, sí, lo veo. Está en el baúl de mi camarera, en medio de unos pliegos de papel de cartas. ¡Oh! Lo veo muy bien.—Después de algunos otros informes que me dió, desperté al sujeto. Le conté cuanto acababa de decirme; volvió a su casa, envió a un recado a su camarera, subió a su cuarto, abrió su baúl, y

en medio de unos papeles encontró el billete de quinientos francos.»

Entre los muchos casos semejantes que podrían citarse, Dubor recoge otro, que, por haber tenido que intervenir en él la autoridad judicial, tiene también indiscutible autenticidad. Se trata de un viejo ciego, llamado Miguel, que vivía en Odessa de limosna, sentado a la orilla del camino, cerca de un tajo de leña. Una noche encontró a una niña de diez años, abandonada; la adoptó y siguió viviendo de limosna, corriendo de casa en casa. Vivían así hacía cinco años, y parecían felices, cuando, habiendo sido cometido un robo en una casa donde habían penetrado, se sospechó de la joven, que fue presa y encarcelada. Pero, cosa extraña, al día siguiente, el viejo había desaparecido, y no se le volvió a ver. Aquella desaparición misteriosa pareció agravar el caso de Powleska; el juez la hizo comparecer y la interrogó:—«Usted debe saber donde está Miguel, la dijo bruscamente.—Ha muerto, respondió ella, deshaciéndose en lágrimas.—El magistrado quedó muy sorprendido con esta respuesta, pues Powleska estaba incomunicada desde hacía varios días.—¿Cómo sabe usted que ha muerto le preguntó el juez?—Lo he visto matar.—Pero, si no ha salido usted de la cárcel.—Lo he visto, sin embargo.—No es posible, explíquese usted.—No sé, lo que puedo decir es que lo he visto matar.—¿Cuándo y cómo?—La noche misma en que he sido detenida. Le han matado con un cuchillo.—¿Quién lo ha matado?—Una mujer. Después de mi arresto, Miguel marchaba lentamente para volver a su casa; llegado a un lugar desierto, una mujer que iba tras él se arrojó sobre el desgraciado, le cubrió la cabeza con una tela gris y le dió por detrás ocho cuchilladas, y luego la mujer echó su cuerpo al acueducto, donde está todavía.

El juez hizo comprobar el hecho, y se encontró, en efecto, el cadáver del ciego, envuelta la cabeza en una tela gris. La joven fue estrechamente vigilada durante la noche. Ella no se acostó, sino que se quedó sentada en la cama, en una especie

de sueño letárgico. Al día siguiente, el juez la hizo comparecer de nuevo:—¿Puede usted decirme cómo Miguel perdió la vida?—Sí, él mismo ha venido esta noche y me ha contado la cosa. Debía contármela la noche en que fue asesinado, y esa fue la causa de su muerte; un hombre nos escuchaba en el momento en que me hizo aquella promesa; se llama Luck; fué a contar a su mujer Catalina lo que acababa de oír, y ésta le propuso asesinar a Miguel, pero él se negó diciendo: «Bastante es haberle quemado los ojos hace quince años.» Entonces Catalina salió, y, habiéndome metido en el bolsillo una piéza de plata para que me prendieran, asesinó a Miguel a cuchilladas.—¿Pero cómo sabe usted eso?—Me lo ha contado Miguel esta noche; antes no sabía nada.—Luck y Catalina fueron presos, y estrechados a preguntas, confesaron sus crímenes. El proceso tuvo gran resonancia, y todo el mundo quería ver a aquella Powleska dotada de tan admirable lucidez.

A otros hechos de sonambulismo provocado o espontáneo pueden referirse los sueños anormales relativos a sucesos presentes, pero desconocidos, o a sucesos futuros. Los casos de telepatía parecen corresponder al mismo dominio misterioso que los fenómenos precedentes. Flammarión ha recogido numerosos ejemplos. Citaremos uno solamente, referido por el teniente coronel francés Esteban Peroz: «Era en el puerto sudanés de Niagassola donde tuve que sufrir durante meses, con mi pequeña guarnición, las embestidas del ejército de Samory. Pocos meses antes de salir de Francia, había visto embarcar para China, en la expedición del almirante Courbet, a un compañero a quien quería mucho el teniente Zaph. Mi vida de peligros había velado un poco su recuerdo, cuando una noche en Niagassola soñé con Zaph, herido y moribundo. Junto a una empalizada pasaba una banda de pabellones negros chinos, peleándose con una compañía de infantería de marina. Yo oía la fusilería y asistía, entre dos nubes de humo, al terrible cuerpo a cuerpo de los combatientes, cuando observé a Zaph, con el sable en una mano y el revólver en la otra, alentando a

sus hombres, y luego, a mi vista, caer herido de varios tiros. Me incliné sobre su cadáver, cuyo rostro estaba ensangrentado, y en su mirada, apagada, parecíame percibir como un «adiós». Me impresionó de tal modo aquel sueño, que al abrir los ojos cogí una pluma, y al margen de mi diario del sitio anoté el sueño que acababa de tener, con la hora y la fecha.» Tres meses después supo que Zaph había muerto en la fecha y en las circunstancias que había soñado.

Hay muchos otros misterios en este orden de ideas, y especialmente los fenómenos llamados de exteriorización de la motricidad, es decir, los debidos a fuerzas fluídicas, que emanan de nosotros, y que son capaces en ciertos sujetos de mover las cosas, levantar mesas, arrastrar sillas, y eso sin ningún contacto.

En 1869, la Sociedad dialéctica de Londres, fundada por Lubbock y compuesta de los más eminentes sabios ingleses, delegó una comisión de 34 miembros para estudiar la cuestión. La primera subcomisión, después de 40 sesiones de estudios, redactó el informe siguiente: «Los hechos que certificamos los hemos visto todos; eran palpables a nuestros sentidos, su realidad podía demostrarse. Las cuatro quintas partes de nosotros habían empezado sus investigaciones con completo escepticismo. Ha sido precisa una evidencia irresistible en condiciones que hacen imposible el fraude, la ilusión o la acción muscular involuntaria; se han necesitado experimentos y pruebas numerosas para que los más escépticos de nosotros fuesen lenta e involuntariamente quedando convencidos de que los hechos eran verdades. He aquí nuestras conclusiones: 1.^a Que en ciertas condiciones físicas o mentales, de una o de varias personas presentes, se produce una fuerza suficiente para mover cuerpos pesados sin la acción de la fuerza muscular, sin contacto ni conexión material de ninguna clase entre esos objetos y el cuerpo de ninguna persona presente. 2.^a Que esa fuerza puede producir sonidos distintamente perceptibles para todas las personas presentes y procedentes de substancias que ellas no tocan

y que no están ligadas de ningún modo visible o material con el cuerpo de ninguna persona presente; que son producidos por las vibraciones de esas substancias. 3.^a Que esta fuerza está frecuentemente dirigida por una inteligencia.»

Y ahora llegamos a uno de los fenómenos más extraños y emocionantes de la ciencia hipnótica, pero que ilustra muchos problemas hasta ahora inexplicables. Hemos dicho ya que prolongando los pases magnéticos sobre un sujeto adormecido, este último llegaba, al cabo de más o menos tiempo, a los grados profundos de la hipnosis, y que entonces su sensibilidad se exteriorizaba, es decir, se refugiaba en las capas fluídicas que le rodean. Si se continuaban los pases, esas capas fluídicas se condensan de cada lado del sujeto en dos columnas de vapor, al principio bastante difusas, pero que poco a poco se precisan y forman dos semifantasmas; siguiendo la magnetización, cierta atracción misteriosa les obliga a reunirse; la columna de la derecha se junta con la de la izquierda para formar un fantasma completo. En este momento, esa masa fluídica no se parece todavía a un sér humano; es una masa indecisa mayor y mas ancha que el sujeto. Pero bajo la acción de la magnetización esa masa disminuye de volumen, se hace más luminosa y reviste poco a poco una forma humana; luego se acentúa más y más, y toma la figura del sujeto; es su doble o su fantasma. No sospechado siquiera, al menos entre nuestros sabios, ese fantasma ha sido estudiado al principio, por el coronel Rochas, y luego, por Durville.

El coronel Rochas tuvo ocasión por primera vez de hacer el estudio de este fantasma, estudiando lo ocurrido a la señora Lambert, sujeto de extrema sensibilidad, que una noche, al acostarse, observó un fantasma flotando sobre su lecho; medio muerta de miedo, se metió entre las sábanas, sin atreverse a mirar; pero como el hecho se repitiera en las noches siguientes, se acostumbró a él y se atrevió al fin a mirar al fantasma; entonces vió que la aparición era su propio retrato y repetía todos sus movimientos. Consultó el caso con el coronel, que lo estu-

dió con sumo cuidado, comprendiendo que el fantasma no era otra cosa que el doble exteriorizado de la Sra. Lambert. A fines de 1906, Héctor Durville, secretario general de la Sociedad Magnética de Francia, prosiguió las investigaciones de Rochas, publicando sus resultados en 1909 con el título de *El Fantasma de los vivos*.

Formado el fantasma, una especie de cordón fluídico lo enlaza con el sujeto, y por allí pasan los elementos vitales que animan el *doble*. Al seguir magnetizando el sujeto, el fantasma puede alejarse; su aspecto difiere entonces más o menos del sujeto, deja de imitar sus movimientos; se convierte en una especie de personalidad, no completamente independiente, pero que tiene sus caprichos y su voluntad; se lleva la facultad de pensar, de querer y de juzgar, y el sujeto se queda reducido a una masa natural que ni siente, ni oye, ni vive, por decirlo así, más que por su *doble*.

Ese fantasma no está realmente formado más que en su parte superior; los pies y las piernas no existen; no anda, se desliza. Hay fantasmas que obedecen a la voluntad del experimentador; otros, no. El de la Sra. Lambert, por ejemplo, no hacía más que su voluntad. ¿Cómo están vestidos estos fantasmas? En el desdoblamiento natural y espontáneo, los vestidos del fantasma son los del sujeto, y así veía el suyo la Sra. Lambert; pero en el desdoblamiento magnético, los fantasmas aparecen envueltos en una especie de gas fluídico, que sólo deja el rostro al descubierto. El fantasma es luminoso, no para todo el mundo, sino para los sensitivos; aparece azul a la derecha y amarillo anaranjado a la izquierda; sólo en algunos raros sujetos se muestra irradiando una luz blanca muy brillante. El fantasma recoge toda la sensibilidad del sujeto, de tal modo, que por poco que se toque al fantasma, el sujeto siente inmediatamente el contragolpe; y como a los fantasmas les gusta bastante correr y vagabundear, pueden ocurrirles terribles accidentes al sujeto, y es uno de los graves peligros de estos experimentos. El sujeto no percibe por sí mismo ningún sonido

ni ningún olor; si se le pone un frasco de amoníaco a la nariz o se le arrima un reloj a la oreja, no siente nada. Pero si se pone el frasco bajo la nariz del fantasma o se le arrima al oído el reloj, inmediatamente el sujeto siente el olor y oye el tic tac; y no sólo el sujeto, sino las personas sensitivas presentes. Y esta perfección se modifica, no sólo en la proximidad del sujeto, sino a muy largas distancias, pues el fantasma se aleja a veces muchísimo.

Todos estos hechos, así como el desplazamiento de objetos más ó menos pesados, han sido presenciados por Jorge Dubor en las sesiones de Durville, quien afirma seriamente haber sido testigo de ellos, sin tener nada de sensitivo, y habiendo tomado las precauciones posibles para no ser engañado.

Un hecho muy curioso, y que no trato de explicar, es el de que al despertar al sujeto, no sólo éste, sino las personas sensitivas presentes estaban muertas de hambre, sin duda, por el gasto de fuerza nerviosa hecho.

De estos fenómenos y otros semejantes deduce Dubor que en la materialización espontánea el cuerpo del fantasma parece mejor constituido y es visible para todos, lo que no ocurre en la materialización magnética; y en segundo lugar, que el fantasma no siempre toma la forma y el sexo del sujeto, puesto que una joven ha creado un fantasma con apariencias masculinas, cosa que Dubor atribuye a una autosugestión.

IMPRESIONES Y NOTAS

LAS CASAS HECHIZADAS.—En el artículo de *Hipnosis y fantasmas*, de Jorge Dubor, que antes hemos extractado, trata el mismo escritor de las casas embrujadas, apuntando la explicación de estos fenómenos por la presencia de alguien, cuyo fantasma se desdobra produciendo con sus caprichos los hechos hasta el presente inexplicables, que han sido el mejor cimiento para las creencias populares en brujas, trasgos y endemoniados.

El Dr. Durville tenía en estudio un chico de trece a catorce años, Raymundo, que, sin presentar nada anormal, daba ocasión a fenómenos extraordinarios en su casa y en la escuela que frecuentaba. Durville relata los de que él mismo fue testigo, llevando consigo a Raymundo a su casita de campo de Montmorency. He aquí algunos de esos hechos:

A las nueve y treinta de la mañana, Durville cierra el contador de electricidad de su casa; hace salir a Raymundo, y sale tras él, después de asegurarse que todo queda en orden. Al cuarto de hora vuelven, y se encuentran con que el contador está abierto, las dos lámparas encendidas, lo mismo que los cuatro picos de gas de la cocina. Durville lo apaga y cierra todo, y entra con Raymundo en el comedor. En menos de media hora se abrió veinte veces el contador, encendiéndose la luz, sin que Durville lograra dejarla apagada. Cansado Raymundo, por la tarde se echó la siesta, y Durville hizo otro tanto en la misma habitación. De pronto, un cuaderno de dibujo y unas hojas de papel colocadas en una *etagère* son violentamente proyectadas a tres metros hacia la ventana por encima de la cama. Una plancha que había quedado en el mismo sitio, vuela en la misma dirección, cae al suelo, brinca y salta sobre el montón de libros y folletos hacia la ventana. Al ruido se despierta Raymundo, y al vestirse, ve Durville que la plancha salta del montón de libros en dirección a Raymundo, pasando debajo de la cama de Durville.

Son las dos. Ya vestidos, y estando al pie de la cama, ven la ropa de la señora, colgada del portacapas, salir por alto, atravesar la habitación y caer sobre la cama de Durville. Los dejan. Raymundo se acerca a Durville, y de pronto la reja de la chimenea, con cenizas y papel quemado, sale proyectada violentamente, y cae sobre la alfombra del lecho. Durville la coloca en su sitio, y Raymundo se baja para recoger papeles, cuando la rejilla vuelve a levantarse a un metro de altura, y cae rota en el suelo. Empezando a sentirse enloquecidos, van al comedor y cierran la puerta de la alcoba; se enciende en

ésta la luz, ella sola, y la dejan; se oye un ruido; abren la puerta, y ven los colchones y la ropa de la cama en el suelo.

Por la noche, después de repetirse varias veces este último fenómeno, sin que sirviera hacer la cama, pues volvía a deshacerse, no pudieron conciliar el sueño, pues los colchones se revolvían, y toda la ropa se trastornaba. Al cabo de tres semanas, Durville ha interrogado al sér misterioso, culpable de aquellas malandanzas:—¿Eres alguien?—Sí, responde un golpe violento (si se dan dos, es para contestar «no»).—¿Y si eres alguien, estás muerto?—No.—¿Vivo?—Sí.—¿Está aquí tu cuerpo?—Sí.—¿Eres Raymundo?—Sí.—¿De modo que Raymundo y tú sois la misma persona?—Sí.

Está claro para Dubor: aquella fuerza accionante procedía de Raymundo, y lo mismo sucede en todos los casos semejantes.

*
* *

LOS PERROS DE ENRIQUE III.—La moda de los perros favoritos es antiquísima. Basta recordar cualquiera de los sepulcros famosos de la Edad Media, en los que tan importante papel decorativo desempeñan los perros, fieles guardianes del sueño eterno de sus amos, para comprender el afecto que en todo tiempo ha tenido el hombre al animal que desde antiguo simboliza la fidelidad.

Enrique III de Francia tenía tres perritos turcos, llamados *Lilina*, *Tití* y *Mimí*. Según una anécdota referida en el *Galois du Dimanche*, aquellos tres perros formaban la guardia íntima del rey. Eran muy inteligentes. Por la noche se relevaban en la guardia, y un reloj les advertía. El que había comenzado el servicio, al oír el despertador, mordía en la oreja a su compañero para avisarle el relevo; el otro ocupaba su puesto hasta que el segundo aviso del reloj le indicaba la hora del descanso. Cuando Jacobo Clement fue introducido en las regias habitaciones, so pretexto de entregar una carta, estaba de guardia Lilina, que era la más pacífica de los tres, pero que saltó de su cesto y se puso a ladrar como si quisiera morder al visi-

tante. El rey, contra costumbre, hizo salir a los perros; pero Lilina, furiosa, ladró más fuerte. En aquel momento caía Enrique III herido por las dos puñaladas de Clement. La perrita, con su maravilloso instinto policíaco, había olfateado al regicida.

*
* *

RELACIONES ENTRE FRANCIA Y CASTILLA.—Entre las obras publicadas por la Escuela de Diplomática de París figura la «Memoria sobre las relaciones de Francia con Castilla de 1255 a 1320», del archivero Jorge Daumet.

En aquellos tiempos la diplomacia existía ya, y cada Estado, de los que entonces estaban en plena formación, procuraba sacar el mejor partido para su engrandecimiento con sus alianzas y tratados. Francia, en tiempo de San Luis, y Castilla, en el de Alfonso el Sabio, eran ya dos Estados de importancia, cuyas relaciones eran más íntimas de lo que, por la dificultad de las comunicaciones, podía presumirse. Tendiendo uno y otro a extenderse, se dibujaba ya en ambos reinos la tendencia al imperialismo, que cuajó siglos adelante en Carlos V y en Luis XIV, y que tuvo su más elevada personificación en Napoleón I. Francia se había hecho dueña, por la casa de Anjou, de las dos Sicilias, y la diplomacia francesa tenía por objeto aliarse con Castilla para coger a Aragón entre dos fuegos. La historia de esa tentativa de imperialismo capetil y la resistencia que encontró en el instinto de la nacionalidad castellana, es la que narra el Sr. Daumet.

San Luis era, por su madre Blanca de Castilla, de sangre medio castellana, y primo carnal de Alfonso X el Sabio, el hijo de San Fernando. Alfonso tenía dos hijas, y Luis pensó en que la mayor se casara con su hijo Luis. Los desposorios se celebraron (doce y diez años tenían los novios); pero el príncipe Luis murió a poco; y la reina de Castilla dió a luz un varón, Don Fernando el de la Cerda. El rey de Francia, firme en su propósito de suprimir los Pirineos, gestionó el matrimonio del nuevo príncipe castellano con su hija Blanca, y los despo-

sorios se celebraron. Don Fernando, casado en la cuna, fue padre de los infantes que, muerto él, le sucedieron en sus derechos.

Y aquí viene el drama de familia con sus derivaciones nacionales e internacionales. Don Fernando el de la Cerda tuvo un segundo hermano, el infante Don Sancho, inteligente, ambicioso, acometedor, que no se resignaba al papel de segundón que por su nacimiento le correspondía. Muerto Don Fernando, sus hijos, los infantes de la Cerda, eran los legítimos herederos del Trono. Pero si moría su abuelo, Don Alfonso el Sabio, quedarían bajo la tutela y regencia natural de la madre, Doña Blanca, francesa, influida por las ideas francesas y secundadora de la política de su hermano, el nuevo rey de Francia, Felipe el Atrevido. Don Sancho, por ambición y por patriotismo, comprendió el partido que podía sacar de esta situación. El instinto nacional ponía reparos a la sucesión de los infantes, viendo en su gobernación el triunfo de la influencia francesa. Don Sancho atiza el fuego de aquellos recelos; se forma un partido poderoso; aprovecha la aureola de un triunfo contra los moros, y consigue de su débil padre que le reconozca como heredero del trono, en perjuicio de sus sobrinos. Felipe el Atrevido protesta; Don Alfonso vacila; pero las Cortes, la nobleza, el ejército, todas las fuerzas vivas de la nación se ponen al lado de Don Sancho, y «el instinto *nacionalista*—dice Daumet—estalla y se subleva por primera vez contra el *imperialismo* francés. Don Alfonso rechaza las exigencias de Francia, y si siente alguna vez la veleidad de atenderlas, el pueblo se subleva e impone al padre su hijo rebelde. Todas las tentativas de Francia fracasan, y si bien es cierto que Don Sancho tenía Aragón por aliado natural, hay que reconocer con Daumet que el factor principal y decisivo de sus triunfos fue el nacionalismo castellano, sin el cual, toda la ambición de Don Sancho hubiera sido impotente para cambiar el orden de sucesión en la corona de Castilla.

FERNANDO ARAUJO

E. M.—Noviembre 1914.

GUIA DEL BUEN DECIR

ESTUDIO DE LAS TRASGRESIONES GRAMATICALES MÁS COMUNES

CAPÍTULO X

Construcciones viciosas del gerundio.

286. Si hay alguna parte de la oración que han de emplear con parsimonia cuantos se precian de escribir bien, se me ocurre que ha de ser el gerundio.

Tanto se han falseado los genuinos moldes del habla castellana con erradas construcciones de esta parte de la oración, que hasta en algunos de nuestros buenos escritores he tropezado con trasgresiones que son de todo punto imperdonables. Y sépase que gran parte de este mal nos viene del tanto andar a las vueltas con el habla francesa. Con harta facilidad se nos pegan construcciones galicadas, y resulta de ello lamentable mengua y olvido de la propia sintaxis, de suyo más elegante y digna siempre de indiscutible preferencia.

El gramático mejicano D. Angel de la Peña, en su *Tratado del gerundio* y en su notable *Gramática*; el distinguido escritor y gramático D. Miguel A. Caro, en su *Tratado del participio*; el eminente filólogo colombiano D. Rufino J. Cuervo en sus *Apuntaciones* y en las *Notas* puestas a la *Gramática* de Bello; el erudito lingüista P. Cejador, en *La lengua de Cervantes*, y

otros gramáticos y filólogos de nota, han estudiado detenidamente los usos que corresponden al gerundio.

A la luz de tan luminosos trabajos trataré de mostrar las construcciones que más importa conocer, para bien de cuantos quieran cuidarse de los muchos escollos que presenta el uso de este derivado verbal.

287. El gerundio, dado su carácter adverbial, no puede modificar al sustantivo sino por intermedio de otros modificativos; salvo en los muy contados casos que se tendrá ocasión de citar.

Veamos, ante todo, cómo se comporta en la oración.

Si el gerundio se junta al nombre que hace de sujeto para especificarlo, viene a desempeñar un oficio que no le cuadra; origina una construcción que podrá tolerarse en francés, pero que repugna al buen castellano.

La ordenanza MANDANDO construir aceras (*veredas*, solemos decir por estos mundos, con notoria impropiedad) no ha sido derogada. «La ley PROHIBIENDO la venta de ajenjo entrará pronto en vigor», «El decreto ASCENDIENDO a estos militares apareció ayer», «Un empleado CUMPLIENDO con puntualidad sus obligaciones es digno de ascenso», «Un terreno TENIENDO arboleda se vendió en más precio»... y como éstas muchas otras, son frases que abundan por desgracia, y puestas en letras de molde, pero que difícilmente se hallarán en buenos autores.

«La ordenanza MANDANDO», será, en castellano correcto, «la ordenanza que manda», y corresponde corrección semejante en los otros gerundios que anotados quedan.

Sólo podrá modificar el gerundio al sujeto cuando aquél venga a indicar un hecho transitorio o una simple información accesoria: «El ama..., imaginando que de aquella consulta había de salir la resolución de su tercera salida, y tomando su manto toda llena de congoja y pesadumbre, se fue a buscar al Bachiller Sansón Carrasco» (*Quijote*, 2.^a parte, cap. VII, ejemplo citado por Cejador). «Sancho Panza, que vió en el

suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió a él» (*Quijote*, 1.^a parte, cap. VII); «el cual (Anselmo), teniendo tantas otras cosas de que quejarse, sólo se queja de ausencia» (*Idem*, íd, cap. LI); «Facundo, desertando de Buenos Aires, se encamina a las provincias con tres compañeros» (D. F. Sarmiento. *Facundo*, 2.^a parte, cap. 1.^o) Como bien lo advierte de la Peña (*Gram.*, págs. 386 y 387), cuando el gerundio expresa un hecho transitorio se puede, sin desvirtuar el sentido, cambiarlo por una frase que contenga la forma infinitiva; así en el primer ejemplo, imaginando vale tanto como decir «al imaginar». Y tendremos, con esto, una manera sencillísima de comprobar el buen uso de estos gerundios.

288. No puede regir el gerundio al nombre que hace de predicado o atributo en oraciones de verbo sustantivo cuando se trata de expresar un hecho habitual o permanente.

He leído por ahí: «La escuela es antorcha ILUMINANDO tinieblas, faro INDICANDO el camino del progreso; póngase *que ilumina, que indica*, y podrá pasar la metáfora.

Si al pie de la figura respectiva se estampara: «Este es San Juan Bautista bautizando a Jesucristo», «Este es el ejército libertador cruzando el río Paraná», la construcción resultaría de recibo, pues es dado al arte conceder permanencia a un hecho transitorio. En tales cuadros se verá a San Juan en el instante de bautizar a Jesucristo y al ejército libertador al pasar el río Paraná.

289. De igual manera, tiénese que solamente podrá modificar el gerundio al nombre que haga de complemento (directo, indirecto o circunstancial) cuando el hecho que se expresa o la circunstancia enunciada se considere en el momento de verificarse, y resultará incorrecto tal régimen toda vez que quiera expresarse con el gerundio una modificación permanente a una operación habitual.

Salvá, Bello, de la Peña, Cuervo y otros gramáticos han censurado construcciones como ésta: «envío varios cajones **CONTENIENDO** libros»; pues aquí el hecho de contener libros nada

tiene que sea transitorio. Viene a estar esta construcción en las mismas condiciones de la ordenanza MANDANDO, ley DISPO- NIENDO, etc.; pues los nombres ordenanza, ley, etc., que en las oraciones citadas hacen de sujeto, pueden estar colocados tam- bién como complementos directos; v. gr.: «la municipalidad dictó una ordenanza MANDANDO... «el P. E. ha expedido un de- creto ASCENDIENDO»: necesito un empleado SABIENDO cumplir sus obligaciones. Todos estos gerundios han de ser sustituidos por la forma indicativa o subjuntiva precedida del relativo que (que contiene, que manda, que dispone, etc.), si se quiere hablar correctamente.

Leo en un cuento, que de mal autor ha de ser, lo siguiente: «Les escribí a mis tíos RESIDIENDO en el Rosario.» He aquí una desdichada construcción; el gerundio, que rige indebidamente al complemento indirecto, resulta también incorrecto por su sentido anfibológico, pues queda por saberse quién reside en el Rosario, si los tíos o el infortunado escritor.

«Cambié esto por un jarrón TENIENDO varias liebres pinta- das.»

Claro se ve que las liebres *pintadas* no pueden calificar en esta forma al nombre jarrón que hace de complemento cir- cunstancial; y para colmo de trasgresiones queda uno sin saber quién tiene las tales liebres, si es el jarrón o el poseedor del jarrón.

En las frases «vi a los pescadores sacando las redes», «ad- miré rebaños de cabras triscando por aquellos montes», los gerundios pueden modificar al complemento directo (sacan- do, pescadores; triscando, rebaños), porque expresan hechos transitorios, operaciones que se están ejecutando ocasional- mente en el instante indicado por el verbo (vi, admiré). Tendrá que acompañarse el gerundio, en estos casos, con verbos que expresen sensaciones o percepciones; v. gr: sentir, percibir, ver, oír, observar, distinguir, mirar, advertir, hallar, encontrar, etcétera, o actos de representación, como representar, pintar, grabar, dibujar, etc.

Adviértase con cuánta elegancia y cuán bien puestos están los gerundios de este párrafo, que tomo de un juicio de D. Santiago Estrada sobre Eleonora Duse (Obras de Estrada, Teatro, pág. 1.404):

«Imagínome mal empleado el ingenio derrochado en esa literatura morbosa, y veo surgir, como una evocación placentera, los fantasmas inmortales de la imaginación de Shakespeare; a Ofelia devolviendo sus dones, despreciados por el desvío, al desventurado príncipe de Dinamarca, y coronándose de flores para morir cantando con la razón perdida el perdido amor; a Julieta, especie de mariposa de gayos colores, que dejara el polvo de oro de sus alas y la vida esmaltada de ilusiones, entre las manos rudas, encallecidas por la espada, de los Capuletos y Montaigus; a Desdémona, la sublime calumniada, que amó a Otelo por sus desgracias, murmurando la plegaria de la noche antes de entregarse, agitada por atroz pensamiento, al sueño, o pidiendo al moro el plazo de hoy a mañana para ofrecer la vida al bárbaro que amaba sin saber amar...»

290. Aunque ligeramente, creo dejar apuntadas las trasgresiones más comunes a que da motivo el gerundio al construirse con el nombre en cada uno de los elementos, tanto esenciales como accesorios, de la preposición. Ahora bien; para guía del lector que no sea muy experimentado en esto de distinguir casos gramaticales, sujetos, atributos y complementos, bastará hacer notar el hecho de que comúnmente resulta correcto el uso del gerundio que modifica al nombre cuando puede ser sustituido por la forma infinitiva precedida de la contracción AL; así, en el párrafo de Estrada que acabo de transcribir, donde dice a Ofelia devolviendo sus dones, cabe decir «al devolver» donde está «devolviendo», y será posible sustitución semejante en los demás gerundios que quedan subrayados.

Como muestra de lo mucho que se abusa del zarandeado gerundio, vaya este parrafito, que tomo de un aviso publicado

en *La Nación* como anuncio de una importante revista argentina:

«Edición de lujo en gran formato, CONTENIENDO en todos los números preciosas tricomías y hermosos grabados, REPRODUCIENDO los acontecimientos más salientes de nuestra emancipación nacional, PUBLICANDO retratos de nuestros próceres, documentos, autógrafos, planos, etc.»...

¿Quién reproduce los acontecimientos? ¿quién publica los retratos?... ¿Esa edición de lujo, o son las tricomías y grabados?... El redactor del aviso podrá saberlo; pero bueno es que sepa también que el castellano correcto no admite tales ambigüedades; advierta una vez por todas, que los gerundios no encajan debidamente en tales construcciones, pues se les viene a conceder un oficio de adjetivo que no les corresponde.

Si donde están estos gerundios se hubiese puesto que contiene, que reproduce o reproducen (el número dependerá de lo que quiera significar la persona que redactó el aviso), que publica o publican, ya no oliscaría tan feamente a galiparlismo el anuncio, y quedaríamos mejor enterados de todo cuanto en él quiso decirse.

En prueba de lo mucho que se prodigan en francés los gerundios y de lo fácil que es caer en solecismo si se da en traducir literalmente, trae Baralt en su *Diccionario de galicismos* (pág. 366) este pasaje, tomado a una mala traducción del *Telémaco*: «Las manadas de bueyes *mugiendo* y de carneros *balando*, llegaban en tropel *abandonando* sus pingües pastos, no *pudiendo* hallar bastantes establos para ponerse todos a cubierto.» Capmany censuró este mismo párrafo en los siguientes términos, muy festivos por cierto: «No digo en un establo, sino en una zahurda se metiera uno por no ver tal jerigonza entre tanto *endo* y *ando*, y esto que faltaba el de rebuznando. No sería tierra de burros.»

Hubiera dicho el descuidado traductor: «Las manadas de mugientes bueyes y de carneros que balaban, abandonando sus pingües pastos, llegaban en tropel, sin poder hallar sufi-

cientes establos para ponerse todos a cubierto», y tendríamos siquiera en castellano el pasaje que se tradujo con tanto desacierto.

Se diría que los gramáticos han de mantenerse exentos de los trastornos que aportan a nuestro buen decir estas construcciones galicadas del gerundio; pero he tenido que creer que hasta ellos llega el maléfico contagio, desde que he tropezado, en unas *Notas* de carácter filológico que sacan a la vergüenza pública, algunos de los muchos errores que cometen los argentinos en materia de lenguaje, con las siguientes líneas:

«Leo en una *publicación* oficial, TRASCRIBIENDO discursos parlamentarios»: «*Adhiero* (1) calurosamente a la indicación del señor diputado»... Hubiérase puesto «que transcribe», y ya no cabría la suposición de que el distinguido autor de las *Notas* es capaz de leer transcribiendo.

¿Y qué mucho puede sorprendernos que un señor gramático llegue a construir mal un gerundio, si la docta Academia, donde debe actuar toda una colección de señores gramáticos y filólogos, deja escapar estos gazapos en el *Diccionario*? (12.^a edición):

(1) Bien puede aceptarse el uso de adherir que aquí se impugna. Cervo sostiene que «es indiferente adherir a una idea o *adherirse*». *Apuntaciones*, pág. 222.) Y hasta la misma Academia autoriza tal uso desde que consta esta voz en el *Dic.* Como v. n. en el sentido fig. de «convenir con un dictamen, o una idea, o asociarse a un acuerdo», y se agrega que «U. m. c. r.»

La misma dualidad en sus oficios gramaticales concede el *Léxico* a casar, por ej.; y está escrito por Cervantes: «que casó con doña Mencía de Quiñones». (*Quijote*, 2.^a parte, cap. XXXI); y por Fray Luis de León: «Casó Nipso con Mopso. ¿Qué mixtura—No templará el amor?... (Eglogo 8.^a). Y por Valera: «Casó con doña Manuela de Lema, celebradísima por lo bien que cantaba.» (Juicio sobre D. V. de la Vega); y por Pérez Galdós: «La otra casó con mi yerno» (*Azorín*, pág. 222...); y con todo, para el autor de las *Notas* faltará seguramente en estos ejemplos el pron. reflexivo que echa menos en adherir.

En Filosofastro.—«Falso ó pretenso filósofo, no TENIENDO la instrucción necesaria para ser considerado tal.»

En graznido.—«Canto desigual y como GRITANDO, disuena mucho al oído.»

Rivodó se base en ellos para pedir la aceptación de «una caja CONTENIENDO», giro que han censurado Bello, Salvá, Cervo, de la Peña, Cejador y cuanto gramático ha tratado con algún detenimiento los usos del gerundio. Hubiera querido el minucioso autor de *Entretenimientos gram.* ver a esta locución considerada como un modismo digno de aceptación y muy disculpable en el comercio, donde siempre se tiende a procurar la mayor abreviación. Caso es de advertir que dos barbarismos mal pueden autorizar otro barbarismo; lo que hay en esto es que se les quemaron los papeles a los señores académicos, como en tantas otras ocasiones; tiénese, en prueba de ello, que en la 13.^a edición del *Léxico* se corrige el primer ejemplo, que es el peor. En «como gritando» puede considerarse que existe un verbo tácito, verbo que sería modificado por el gerundio; equivale a decir «como si se emitiera gritando», frase donde el gerundio adquiere el carácter adverbial que le corresponde. Con todo, me guardaré de recomendar semejante construcción.

Obra con más tino Rivodó cuando toma asidero, para fundar su reclamo, en la analogía que existe entre el ejemplo que trata de favorecer y las locuciones «agua hirviendo» y «hierro ardiendo». Pero sólo a los gerundios «hirviendo» y «ardiendo» les está dado, en virtud de la fuerza del uso, modificar directamente a un nombre, como si fuesen participios activos que hicieran oficio de adjetivos. Cervantes escribió: «un gran lago de pez hirviendo a borbollones» (*Quijote*, 1.^a parte, cap. L); «pez y resina en calderas de aceite hirviendo» (Id. 2.^a parte, LIII), y no faltan, como éstos, otros ejemplos que conceden autorización suficiente para el uso de estas locuciones.

Téngase, pues, por averiguado que, salvadas las excepciones que nos ofrecen estos dos ejemplos («hirviendo» y «ardiendo»), no puede el gerundio expresar modificaciones estables, como lo

haría un adjetivo. Si a las veces, como se ha visto, puede desempeñar oficio de participio activo y aun de adjetivo mismo, más le corresponde actuar como adverbio; y sabido es que éstos poco se entrometen con los nombres, que otra es su función.

291. El insigne Benot no ha dejado de reparar en las muchas incorrecciones que motiva el gerundio, pues en su *Arquit. de las Lenguas* se lee: «Las personas que escriben bien evitan cuidadosamente esta irrupción de construcciones, que sacan a los gerundios de su significado común *adverbial*, para darles todo el valor de cláusulas enteras e independientes, a veces expuestas a graves anfibologías.» Y a continuación se ofrece esta muestra: «le disparó a boca-jarro un tiro que le entró por la boca, MURIENDO a los pocos instantes...» ¿Quién murió? ¿El tiro? ¿La boca? ¿El hombre?. Ya que se trata de ambigüedades motivadas por el uso descuidado del gerundio, no holgara la transcripción de estas líneas del erudito hablista P. Juan Mir y Neruega: «Condición del gerundio ha sido siempre, en la cláusula, depender de la oración principal y determinar con alguna especial circunstancia la acción del sujeto: así le usaron siempre los autores de la buena edad. Desterrar el gerundio de todo enlace con el sujeto de la oración, es abuso intolerable que engendra confusión y destierra la hermosa claridad. PARTIENDO de tales bases resultan abusos, dice un moderno. ¿Quién es el sujeto de «partiendo»? No se sabe. ¿Qué relación tiene el gerundio «partiendo» con «resultan»? no se ve. ¿Quién no descubre aquí la confusión? «Siempre hay diferencias apreciables entre los vocablos populares... PARTIENDO de elementos tomados por la vista», dice el mismo académico ¿Quién *parte*? ¿Qué tiene que ver el sujeto «diferencias» con el «partir de los elementos»? Averígüelo quien lo entienda. El ingerir en una cláusula dos sujetos, sin determinar con precisión la dependencia que tiene el gerundio, produce algarabía en el estilo. Este defecto radical se va haciendo común en el día. Toma la pluma el escritor, expone su pensamiento como Dios le da a entender, iba a ter-

minar la cláusula, cuando se le ofreció otra idea muy distinta de la que acaba de vestir con palabras. ¿Qué hará? Para que no se malogre la ocurrencia, echará mano del gerundio, y le encajará a tontas y a locas. Tal es el oficio del gerundio en no pocos escritos del día: hacer de trasto impertinente, perjudicial a la claridad del lenguaje».

¿Qué no diría este buen P. Mir, tan dedicado al estudio de los clásicos como amigo del purismo, si leyera algo siquiera de lo mucho que por acá se escribe con lamentable despilfarro de gerundios?...

292. El gerundio, según establece Cuervo (*Apuntaciones*, página 194), expresa un hecho coexistente o inmediatamente anterior al denotado por el verbo que acompaña.

Será, por tanto, incorrecto este ejemplo, que tomo de un librejo que habla de historia patria: «Se repartieron 450 invitaciones el 21, celebrándose el cabildo abierto el 22 con sólo 250 asistentes.» Para emplear debidamente el gerundio en esta cláusula, debió decirse: «*Habiéndose* repartido 450 invitaciones el 21, se *celebró* el cabildo abierto el 22, etc.»

Si se quiere algún ejemplo que indique el uso correcto, véanse éstos de Cervantes: «En esto estaban, cuando entró don Antonio diciendo con muestras de grandísimo contento...» (*Quijote*, 2.^a parte, cap. LXV); «el cual (Don Alvaro), abrazando a Don Quijote y a Sancho, siguió su camino» (Id., íd. íd., capítulo LXXII).

En la primera cita, el hecho expresado por el verbo y el que expresa el gerundio ocurren en el mismo instante; de lo contrario, donde está «diciendo», hubiérase escrito «y dijo». En la segunda, el gerundio denota una acción inmediatamente anterior a la expresada por el verbo acompañante.

293. «No viendo la desgracia ajena, mal puede uno condolerse de ella.» «*Hablando* fuerte te entenderán.»

Los gerundios de estas frases, que he recogido al acaso entre la mucha letra que corre impresa, me chocan de veras.

En el *Dic. de Galicismos* (pág. 264) encuentro su condena-

ción terminante. Aunque Baralt haya caído en el extremo de ver con malos ojos todo giro que pudiera corresponderse literalmente con una locución francesa, es innegable que gana, y no poco, la pureza de la frase, y aun su misma propiedad, si se pone «Sin ver» en lugar de «No viendo» y «Con hablar» o «Con tal que» o «Siempre que hables», donde está «Hablando».

294. No creo dejar apuntadas, con lo expuesto, todas las trasgresiones que motiva el gerundio; pero cuéntese que, si no están todas, están muchas—y sin duda alguna las principales—de cuantas conviene que sean evitadas, si se quiere dar en la flor de hablar y escribir con verdadera corrección nuestro bello e imponderable idioma.

CAPITULO XI

Errores de acentuación.

295. Muchas son las trasgresiones de orden prosódico que deslustran nuestra habla. Si nos detuviéramos a estudiar sus causas, caeríamos en la triste cuenta de que no pocas han de imputarse a la propia autoridad que está encargada de legislarnos en materia de buen decir.

Hay que reconocer, ante todo, que no ha obrado con mucho acierto la R. Academia al dictar la reglamentación que rige el uso del acento ortográfico; en el capítulo que trata de la evolución del acento se tendrá ocasión de ver lamentables incoherencias y verdaderas lagunas que dificultan el uso seguro, exacto, que hoy debiera tener el tilde.

Existiendo tal impresión, tal falta de fijeza en algo que debería ya, en verdad, estar bien fijado, no es de extrañar que aún se ande, y se siga andando, a tientas con la prosodia de muchos vocablos; mal puede asegurarse la pronunciación cuando no está aún bien determinado el empleo que al tilde corresponde.

Por otra parte, los señores académicos, que en cuanto atañe a la evolución, al crecimiento del idioma, se han mostrado siempre ultraconservadores, se empeñan con demasiado tesón en mantener el acento etimológico en algunas voces que decididamente lo han variado, ya buscando su adaptación a la índole prosódica que es más propia del idioma, o ya tendiendo a tomar un sonido más onomatopéico o eufónico. Si se reconoce que dentro del mismo latín y aun del griego, como al pasar de esta lengua a la primera o de la latina a la castellana, han llegado a cambiar muchas voces su acentuación primitiva, no puede ser motivo de sorpresa el que haya vocablos que disientan con su acento original, una vez puestos en la corriente de nuestra lengua. Y ya se verá que la R. Ac. no se muestra muy consecuente en esto de conservar el acento etimológico; las más veces es irregular y caprichosa en sus determinaciones.

Es innegable que la acentuación etimológica tiene sus ventajas. Hablando de sus excelencias, dice Bello (*Otología*, Apéndice V): «La importancia de la etimología consiste, ya en que uniforma la pronunciación de la gente instruída, y por este medio la de todas las personas y pueblos que hablan su idioma común, ya en que, disminuyendo el número de las divergencias entre los varios idiomas, facilita su adquisición.» Muy plausible y bienvenido sea lo que tienda a uniformar y a conceder facilidades para la pronunciación; pero si para ello ha de irse contra el uso popular, contra el uso más común, conviene andarse con tiento; que dificultoso es siempre navegar contra la corriente.

Y desde que mucho vale el dictamen académico cuando se trata de imponer tal o cual cambio ortográfico, es lástima que no obre esta autoridad con más tino, con mayor acierto, para que se tengan en mejor miramiento sus decisiones.

296. Entremos a considerar algunos ejemplos.

Si se dice *decámetro*, *hectómetro*, *kilómetro*, *mirímetro*, *decímetro*, *centímetro* y *milímetro*, ¿por qué ha de acentuarse como graves a los múltiplos y submúltiplos del *gramo* y del *li-*

tro? ¿Por qué ha de decirse *centigramo* y *centilitro*, cuando se pronuncia *centímetro* y *centígrado*?... Es cierto que Bello pidió tal pronunciación grave, creyendo que con ella se facilitaría la enunciación de estas voces; pero bien se deja ver que no existe tal ventaja, desde que el pueblo, a pesar de lo que manda el *Léxico* y cuantos se inspiran en él y sólo en él, sigue nombrando como esdrújulas a todas estas medidas, sin excepción alguna.

297. Si para algunos de los vocablos que han tomado la terminación *iaco* o *iaca* ha podido la Academia adoptar la prosodia etimológica que pide el acento en la *i*, anotando en el *Diccionario* (13.^a edición): *afrodisiaco*, *amoniaco*, *cardiaco*, *celiaco*, *cordiaco*, *dionisiaco*, *elefanciaco*, *elegiaco*, *genetliaco*, *helspontiac*, *hipocondriaco* (en la 12.^a edición trae *hipocondriaco*), *iliaco*, *isiaco*, *maniaco*, *olimpiaco*, *paradisiaco*, *peloponisiaco*, *pulmoniac*, *simoniaco*, *zodiac*, etc., ¿por qué traslada el acento a la *a* (que tal debe entenderse desde que se suprime el tilde a la *i*) en las voces *austriaco*, *siriaco*, *demoniaco*, *egipciano*, *heliaco* (1) y otras, siendo que tienen formación semejante?... Si *egipciano*, p. ej., viene del latín «*aegyptiacus*», *elegiaco* viene de «*elegiacus*», latines ambos que tienen la misma prosodia. Menos mal si, como lo pide Rivodó (*Voces Nuevas*), hubiera el *Diccionario* dado puerta franca a las dos prosodias, ya que se hace tan difícil como enojoso el tener que seguir a la R. Corporación hasta en sus caprichosos traspiés. Monlau, en su *Dic. Etimológico*, hace graves a la mayoría de estas voces (*amoniaco*, *iliaco*, *maniaco*, *paradisiaco*, *zodiac*, etcétera), y otro tanto se ve en el de R. Barcia; en cambio, el *Dic. de la Rima*, por Peñalver, las trae como esdrújulas, y piden esta acentuación, que es la más erudita, el insigne filólogo Cuervo (*Apuntaciones*, pág. 76) y Robles Dégano (*Ortología Clásica*, pág. 210). La verdad es que vario, muy vario, re-

(1) La *Gram. Ac.* en el «Catál. de voces de escritura dudosa» y el *Dic.* en su 12.^a ed. traen *heliaco*.

sulta el acento de estas voces entre nuestros clásicos y aun entre los prosistas y poetas modernos, y bien hubiera podido la autoridad académica contribuir a uniformarlo con más acierto.

298. Como bien lo advierte Cuervo (*Apunt.*, pág. 92), la Acad. ponía el acento en la penúltima vocal (a) a todas las voces terminadas en *mancia* (adivinación, en griego), adaptándose con tal prosodia a la concedida por Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto, Alarcón, Calderón y otros autores clásicos, y a la reclamada por Bello (*Ortología*, 2.^a parte, cap. V), por Robles Dégano (*Ort.*, pág. 205) y por Toro Gisbert (*Tesoro*, páginas 32 y 36); pero, para ser inconsecuente una vez más, en el último *Dic.* (13.^a edición) trae *acromancia*, *heteromancia*, *hidromancia*, *migromancia*, *onomancia*, *piromancia*, *quiromancia*, y conserva el tilde en *cartomancia*, *geomancia* y *lecanomancia*.

299. *Barcia* (*Dic. Etim.*) trae *endósmosis* y *exósmosis*, e igual acentuación se lee en el *Dic.* de Domínguez; voces son éstas de origen griego, que, como todas las de igual terminación (*anastomosis*, *apoteosis*, *cifosis*, *clorosis*, *epandiplosis*, *escoliosis*, *lordosis*, *metamorfosis*, etc.), deben ser graves, según lo pide Cuervo (*Apunt.*, pág. 14). El *Dic.*, que pudo favorecer la recta prosodia de estos vocablos, trae *endósmosis*, *exósmosis* y *ósmosis*; y desde que adoptó la acentuación esdrújula para estas voces, hubiera siquiera admitido las dos prosodias de *metamorfosis*, la esdrújula que le corresponde por su origen griego (*es voz proparoxitona*) y la grave que tomó al adaptarse a la prosodia latina, ya que ha hecho otro tanto con *metempsicosis*, y tanto más desde que «*metamórfosis*» ha sido puesta en uso nada menos que por Bartolomé León de Argensola, Gómez Hermosilla, Moratín, Mora, Antonio Alcalá Galiano, Mesonero Romanos, E. de Ochoa, M. de la Revilla (*Tratado de Literatura*), Salvá (*Gramática Castellana*), y es la acentuación que se oye comúnmente por estas tierras.

300. En el *Dic. Acad.* dice *antropofagia* y *adefagia*, y en el mismo se ha estampado *disfagia*. Voces del griego son éstas

que deben darse con el mismo acento desde que tienen formación semejante. Así lo han entendido Bello, Barcia y Monlau; y este último anota también *hipofagia*, voz de mucho uso y muy constituída, que la Ac. no ha incluido aún en su *Léxico*, como tampoco ha dado cabida a *polifagia*, que está muy puesta en razón en los *Dic.* de Barcia y de Domínguez. Al definir la voz «canibalismo» pone la misma Ac. *antropofagia*, con lo que inadvertidamente viene a dejar autorizada la prosodia que más conviene para mayor uniformidad de estos términos.

301. Cuervo se pregunta (*Apunt.*, pág. 14), por qué da el *Dic.* *cardialgia*, debiendo corresponder a esta voz la misma acentuación que llevan las otras acabadas en *algia* (del griego *algos*, dolor): *cefalalgia*, *gastralgia*, *nostalgia*, *odontalgia*, etc. La última edición de la *Gram.* presenta en el *Catálogo de voces de ortog. dudosa* la palabra *cardialgia*, con lo que queda salvado el dislate.

302. Pide Toro Gisbert (*Apunt. Lexicográficas*) el acento en la *i* para *antinomia*, a fin de uniformar la prosodia de esta voz con las otras de igual formación: *agronomía*, *astronomía*, *autonomía*, etc.; reclama acertadamente para *parenquima* la acentuación esdrújula que se da a *prosénquima* y para *electrodo*, la que tienen *éxodo*, *método*, *período*, *sinodo*; para *hemiplejia* y *paraplejia*, la misma prosodia etimológica que posee *apoplejia*; y advierte que, de acuerdo con la etimología, corresponde acentuar en la *o* a *policromía*, *tricromía*, *fotocromía*, *dicromía* y *litocromía*, voces, estas últimas, que aún no han tenido cabida en el *Léxico*. ¡Tomen nota de esta indicación, señores académicos!

303. No adivino qué razón podrán aducir estos señores para justificar la inconsecuencia de orden prosódico que salta a la vista al comparar estos otros ejemplos del *Dic.* (última edición): *ambliopía* y *miopía*, *diplopía*, *nictalopía*, etc.; *craneoscopia* y *ostetoscopia*, *hidroscopia*, etc.; *enzootia* y *epizootia*; *crisólito* y *monolito*, *aerolito*, *fonolito*, etc.; *monócromo* y *policromo*; la etimología y el mejor uso imponen para las palabras

que cito en primer orden el mismo acento de las que van en pos. Toro Gisbert es de este mismo parecer (*Apunt. Lexic. y Dic.*). Sólo la Acad., y cuantos la siguen ciegamente hasta en sus erratas y traspiés, pueden admitir estas faltas de uniformidad, estas incongruencias que introducen tanta confusión, tanta anarquía en nuestra fácil ortología. ¡Vaya una manera desgraciada de pulir, fijar y dar esplendor a la lengua!

304. Y como todo no ha de ser apuntar incongruencias, cúpleme reconocer que propende también la docta Corporación, y muy eficientemente, a uniformar la prosodia de algunas voces de igual terminación que andan con diverso o inseguro acento, sin que haya razón capaz de justificar tal irregularidad.

En este caso se encuentran *anagrama, diagrama, epigrama, monograma, programa, pentagrama, telegrama*, etc. Y es de contarse que triunfa el dictamen académico, pues prevalece *telegrama*, aun cuando traen TELEGRAMA Barcia y Monlau (*Dic. Et.*), y se abre camino *pentagrama*, a pesar del insigne D. José Echegaray, que ha escrito PENTÁGRAMA, según prueba Amunátegui Reyes (*Acent. Viciosas*, pág. 232). Ni el mismo Rivodó, que tanto se inclina a la tolerancia en casos dudosos, permite la acentuación esdrújula que concedemos comúnmente los argentinos y otros americanos a esta voz (a *pentagrama*); sólo ha podido permitirse la defensa de EPÍGRAMA en términos que merecen ser transcritos por lo ocurrentes: «La acentuación de esta voz, aunque se aparta de la de su origen, es más consona con su significado que la grave, pues que con la rapidez le comunica cierta cadencia imitativa análoga a las condiciones de lo que representa, que son, cual la abeja, llegar zumbando, punzar con presteza, y desaparecer instantáneamente. Creemos que de esta especie de onomatopeya es que ha dimanado la propensión a volverla esdrújula.» (*Voces Nuevas*, página 224)..., y pudo contar el distinguido gramático venezolano, para corroborar su tesis, a Ventura de la Vega, Alcalá Galiano, Gil y Zárate, Silvela, Guido y Spano, y otros autores que han escrito alguna vez EPÍGRAMA.

305. Para los que, equivocadamente, dicen **ACRIMONÍA**, estamparé que este vocablo adopta la prosodia que es común a todas las voces que llevan el sufijo *monia* (*ceremonia, parsimonia, santimonia*, etc.). Cuéntese que *neumonía* y *pulmonía* tienen el sufijo *ía*, y que *armonía* o *harmonía* y *hegemonía* provienen directamente del griego, y conservan su acento etimológico.

306. Las palabras terminadas en el sufijo *gamia* cargan invariablemente el acento en la penúltima *a*: *bigamia, monogamia, poligamia*, etc.; y aun cuando Hartzenbusch haya dicho que él «pronunciaba también **POLIGAMÍA**, recordando una octava de D. Tomás de Iriarte», no hay razón suficiente para pedir con Rivodó que se admita doble prosodia en estas voces. Las acabadas en el griego *gamo* (boda), resultan esdrújulas: *bígamo, criptógamo, monógamo, polígamo*, etc.; y guarden recuerdo de esto los que dan en usarlas indebidamente como graves.

307. Para los vocablos terminados en *locuo* (del latín *loquor*-hablar), en los que se cuentan *altílocuo, gastrílocuo, grandílocuo, maquílocuo, multílocuo, vanílocuo, ventrílocuo*, etc., pide Rivodó (*Voces Nuevas*, pág. 220) que se conceda acentuación grave, alegando que «son forzados los esdrújulos cuando la voz contiene un diptongo después del acento». Encontrarán una disculpa en esto los muchos que entre nosotros dicen **VENTRILOCUO**.

308. Cuervo (*Apunt.*, pág. 10) apoya la acentuación grave que da la Acad. a *paralelogramo*, como a los múltiplos y submúltiplos del *gramo*. Creo que esta vez bien puede concederse al uso los derechos que tiene adquiridos, dado que es tan general la pronunciación esdrújula de estas voces. A destiempo se acordó la R. Corporación de campar por los derechos del acento etimológico; después de haber amparado la acentuación esdrújula, la más popular, como que trae *paralelógramo* en la 6.^a edición de su *Dic.*, opta desde 1852 por *paralelogramo*, con poco éxito, pues no demuestra el público, al menos el nuestro, haber notado el cambio.

309. La Academia permite doble prosodia en las muy contadas palabras que se verán a continuación; y a fe que muchas de las que gozan de tal favor podrían de buen grado renunciarlo, que tal ha ocurrido ya con *utopía*, voz que hasta la 12.^a edición del *Dic.* venía con dos acentuaciones (*utopía* y *UTOPIA*), como puede también verse en los Diccionarios de Barcia, Monlau, Domínguez, etc.; por fin, en la 13.^a edición, resulta desechada la segunda (*UTOPIA*), no obstante haber merecido la aprobación de Bello y de Bretón de los Herreros, Núñez de Arce y otros poetas de nota que la emplearon. Pongo, en primer término, la que conceptúo de empleo más común, al menos en la Argentina, y van a la par de cada una las autoridades, sean filólogos o poetas, que han dado en preferirlas.

Helas aquí:

Aloe (Barcia, Lope de Vega, Zorrilla) y *áloe* (Monlau, Amunátegui Reyes);

aureola (Monlau, Amunátegui R., Espronceda) y *auréola*; *caduceo* (Barcia, Monlau, Amunátegui R., Valbuena, Hojeda, Burgos, Toro) y *cadúceo*;

cíclope (Barcia, Monlau, Robles Dégano, Amunátegui R., Lope, P. de Oña, Villaviciosa, Martínez de la Rosa, Burgos, E. de Ochoa, Conde de Cheste) y *ciclope* (Bello, Cuervo, Diego H. de Mendoza, Iriarte, Herrera, Montalbán, Saavedra, Quedo);

cónclave (Robles, Dégano, Hojeda, Lope, Villaviciosa, Jáuregui, Mauri, Eguílaz, Mesonero Romanos) y *conclave* (Salvá, Barcia, Monlau, Cuervo, Amunátegui R., M. de Santillana);

égida (Monlau, Cuervo, Amunátegui R., Hermosilla, Moratín), y *egida* (Barcia, Villaviciosa, Jovellanos, Burgos);

elixir (Barcia, Amunátegui R., Hartzenbusch), y *elixir* (Monlau, Burgos, Espronceda, Zorrilla).

fárrago (Barcia, Monlau, Amunátegui R., Zorrilla, Menéndez Pidal), y *farrago* (T. Iriarte, Moratín, Robles Dégano);

médula (Barcia, Monlau, Hermosilla, E. Ochoa), y *medula*

(Cuervo, Amunátegui R., Robles D., Cervantes, Lope, Hojeda, Valbuena, Maury, Montalbán, Quevedo, Calderón);

metempsychosis (Monlau) y *metempsícosis*;

meteoro (Barcia, Monlau, Bello, Domínguez, Amunátegui R., Robles D., Arriaga, Lista, Jovellanos, Duque de Rivas, Valera), y *metéoro*;

mucílago (Barcia, Monlau), y *mucilago*.

orgia (Barcia, Monlau, Bello, Amunátegui R., Zorrilla, Campoamor), y *órgia* (Bello, Hermosilla, Espronceda, Zorrilla, Campoamor, M. Pidal);

pabilo (Bello, Cuervo, Valbuena, Tirso de Molina, Diego de Mendoza, Rojas, Mena), y *pábilo* (Sicilia, Amunátegui, Balaguer);

parásito (Barcia, Monlau, Amunátegui R., Burgos, Bretón de los Herreros), y *parasito* (Bello, Cuervo, Espronceda, Mora);

presago (Bello, Cuervo, Robles D., Barcia, Lope, Jáuregui, Herrera, Góngora, Calderón), y *présago* (Monlau, Domínguez, Amunátegui, Martínez de la Rosa, M. Pelayo);

prócero (Monlau, Barcia, Amunátegui), y *procero* (Bello);

varice (Cuervo, Barcia, Monlau), y *várice* (Amunátegui R., Barcia, Monlau, Domínguez, Toro).

310. En mi crítica al sistema de acentuación ortográfica impuesto por la R. Academia, he tenido ocasión de demostrar que no existe reglamentación alguna para el tilde que puede corresponder en las palabras graves terminadas en vocal que tienen hacia la penúltima sílaba dos vocales capaces de formar diptongo; y existiendo tal laguna, no es raro que lleguen hasta nosotros con incierta prosodia muchas de las palabras que están en tal condición.

Es común por estas tierras que unos digan *transeunte* y otros *transeúnte*. Si bien la primera pronunciación es la más correcta, como que la imponen el *Léxico Acad.* (1), y los Diccio-

(1) Es de advertir que aunque la Academia ha omitido la regla o advertencia correspondiente, marca comúnmente el tilde cuando se desata el diptongo.

narios de Barcia, Monlau, Toro y Gómez, etc., mal puede rechazarse de plano la segunda, que viene en su apoyo el erudito Cuervo (*Apunt.*, pág. 74), quien, fundándose en una cita de Bretón de los Herreros, pide decididamente la separación del diptongo (*transeúnte*); y la misma prosodia reclama Amunátegui Reyes (*Acent. Vic.*, pág. 444), aportando ejemplos del mismo Bretón y de Campoamor. En virtud de la contradicción apuntada, resulta, sin duda, esta voz con mejores derechos a la doble prosodia que muchas de las que anotadas quedan en el cuadro precedente.

311. La Academia, Barcia, Monlau, Domínguez y Calandrelli traen *balaustre* en sus diccionarios. Y la pronunciación indicada por esta forma (*baláustre*), merece la preferencia de Cuervo (*Apunt.* pág. 66), de Sicilia (*Elementos de Ortología y Prosodia*, parte 2.^a, lección 11); de Rivodó (*Voces Nuevas*, página 229), y consta en Valbuena, Arriaga, Trueba y otros autores de mérito. Con todo, el insigne Benot condena tal prosodia diciendo que es barbarismo, y tiene de su lado a Lope y a Calderón que han usado *balaústre*, a Robles Dégano (*Ortología Clásica*, pág. 200), y pesa también en pro de tal manera de acentuar el hecho de que, como lo recuerda Cuervo, acentúe la *u* la voz correspondiente, en portugués, italiano y francés.

312. Cuervo, de acuerdo esta vez con la Acad., y apoyándose en citas de Ercilla, Valbuena y Forner, desata el diptongo que pudiera formarse en *baraúnda*, y consueñan con esta pronunciación Benot (*Prosodia*, tomo 2, pág. 29), Robles Dégano (*Ortología*, pág. 200), de la Peña (*Gram.*, pág. 541) y Toro Gisbert (*Tesoro*, pág. 35). Queden avisados los que, malamente, dicen BARAUNDA, si bien pueden contar en su defensa los diccionarios de Domínguez y Calandrelli.

313. Paréceme que en América más se dice SAUCO (1) que

(1) Impugnan esta pronunciación: Ramos Duarte (*Dic. de Mejicanismos*, pág. 453), Batres Jáuregui (*Cast. en Amér.*, pág. 178), Gagini

saúco. El *Léxico* académico impone *saúco*; no obstante, vese SAUCO en la 12.^a edición, en las definiciones de «*electroscopio*» y de «*piel*». Barcia trae *saúco*; Monlau, SAUCO, y Rivodó reclama las dos acentuaciones, pedido que no deja de ser atinado.

314. Tan común y molesto, como es común y molesta la enfermedad que designa, es el decir REÚMA. Llévase en buen hora el acento a la *e*, que así (*reuma*) escribieron esta palabra Tirso, Valbuena, Quevedo, etc.; y así la quiere la Acad., y con ella el buen decir.

315. No es sólo trasgresión del vulgo el formar diptongo indebidamente con las vocales concurrentes de *alicaído*, *bilbaino*, *caída*, *cocaína*, *creíble*, *descreído*, *desleído*, *distraído*, *engreído*, *heroína*, *increíble*, *leído*, *oído*, *paracaídas*, *paraiso*, *recáida*, *retraído*, *sonreído*, *sustraído*, *vizcaíno*, etc.; voces son éstas que han de llevar irremisiblemente el tilde sobre la *i* para estar según manda la corrección, y débese tener cuidado de pronunciarlas de acuerdo con tal ortografía. En iguales condiciones está *retahila*; pero la interposición de la *h* hace innecesario el tilde.

316. La misma prosodia corresponde a los infinitivos *deleir*, *desoir*, *engreir*, *freir*, *oir*, *refreir*, *sofreir*, *sonreir*, *trasoir*, y a todos los terminados en *uir*, como que deben decirse con sus vocales adyacentes bien desligadas; pero ocurre que la Academia ha omitido el tilde que debieran llevar sobre la *i*, contraviniendo con ello su propia reglamentación del acento ortográfico. Cuervo ha dado en acatar la regla y no el uso académico, pues marca el tilde a todas estas voces.

317. Es común, aun entre gente muy leída, la errada tendencia a retrotraer el acento en voces terminadas en *ía*, *vi-*

(*Barb. y Prov. de Costa Rica*, pág. 542), R. Uribe y U. (*Dic. abreviado de gal. prov.*, etc., pág. 253), Ortúzar (*Dic. de loc. viciosas*, etc., página 296), Echeverría y Reyes (*Voces usadas en Chile*, pág. 227) y otros filólogos americanos.

niéndose a emitir estas vocales como si formaran diptongo. Tal ocurre en *abogacía*, *acedia*, *afonía* (= *sinfonía*), *atonía* (= *monotonía*), *canturía*, *hipocondría*, *homilia*, *jauría*, *letargía*, *necrología*, *oftalmía*, *peonía*, *primacia*, *profecía*, *psiquiatría*, *sandía* (1), *supremacia*, etc. Y aun cuando Zorrilla ha podido decir HOMILIA, y anda así trastrocado el acento de algunos de estos vocablos por no pocos poetas y en ciertos léxicos, debe primar la acentuación que dejo anotada, que es la que pide el mejor decir y es la consagrada por el *Dic.* de la Acad. en su última edición.

318. En cambio, no pocas son las voces que por obra y gracia de la ignorancia y del error pierden su diptongo final, y es indudable que tal trasgresión y la consiguiente incertidumbre prosódica nos viene del poco acierto y del mucho abandono con que ha venido usándose el acento ortográfico.

Están en tal caso, entre otras muchas, las palabras siguientes: *acrimonia*, *albuminuria*, *antonomasia*, *autocracia* (= *aristocracia*, *democracia*, etc.), *autoplastia*, *autopsia*, *Babia*, *bacteria*, *demagogia*, *diplomacia*, *estadio*, *estereotipia*, *galvanoplastia*, *holgorio* (o *jolgorio*), *insania*, *periferia*, *represalia*, *salmodia*, *tauromaquia*, etc.

No faltan quienes discutan aún con algunas de estas acentuaciones. Así, Barcia (*Dic. Et.*) trae GALVANOPLASTIA, con evidente inconsecuencia desde que anota después *autoplastia*, voz de formación análoga que requiere, sin duda alguna, la misma colocación del acento.

Raro es que *demagogia* conserve esta acentuación desde que todos los vocablos de terminación idéntica (*anagogía*, *analogía*, *fisiología*, *geología*, *hidrología*, *necrología*, *pedagogía*, *zoología*, etc.) desatan uniformemente sus últimas vocales con tilde sobre la *i*. Toro Gisbert (*Apunt. Léx.*, pág. 21) pide igual acento para todas estas voces.

(1) Es de advertir que en esta voz, como en *Ambrosia* y *ambrosia*, *Amelia* y *Amelia*, *arteria* y *arteria*, *penitenciaria* (adj.) y *penitenciaria* (sust.) etc., el cambio de acento importa variación en el significado.

319. Creo que podría tolerarse tanto *disenteria* como *disentería*, tal como lo pide Rivodó. Si bien esta acentuación (*disentería*) consta en las últimas ediciones del *Léxico* académico y es la empleada por Monlau, aquélla (*disenteria*) está en Barcia, es la más oída y es decididamente preferida por Bello (*Ortología*, 2.^a parte, cap. 3.^o), por Toro (*Apunt. Léx.*, pág. 27), y por Cuervo (*Apunt.*, pág. 20), quien expresa, aparte de otras razones muy atendibles, lo siguiente: «Aunque la Academia desde 1884 ha decretado que *disentéria* es disparate, persistimos en no creerlo y en apoyar esta acentuación, que ella misma sancionó durante siglo y medio, siendo seguida, sin citar a otros, por su ilustre Secretario Bretón de los Herreros.» Y vayan para mayor corroboración, aun cuando en mérito de la brevedad hemos venido omitiendo en lo posible citas y transcripciones, estos versos del distinguido poeta español Juan de Castellanos:

«Morian en grandísima miseria
Del mal de flujo dicho *disenteria*.»

320. Y ya que vengo tratando casos en que se da como diptongo lo que no es tal y viceversa, consideraré, antes de pasar a otro punto, algunas voces que del mismo pie cojean.

La Acad. anota como esdrújulo a *etíope*, y así han acentuado este vocablo Lope de Vega, Villaviciosa, Góngora, Rojas, Calderón, Jovellanos, Gómez, Hermosilla, Zorrilla, Monlau (*Dic. Etim.*), Domínguez (*Dic.*), Toro y Gómez (*Dic. Encicl.*) y Cuervo (*Apunt.*, pág. 75). Barcia (*Dic. Et.*) lo trae como grave (ETIOPE), y no está sólo, que así lo han usado el mismo Villaviciosa, Burgos, el C. de Cheste y N. de Arce, según se comprueba en ejemplos que transcribe Amunátegui Reyes (*Acent. Vic.*). Demás está decir que hay mayoría en pro de la primera acentuación.

321. Muchos dicen PERIODO (PERIÓDO), pero se trata de un barbarismo prosódico. Si se halla en ocasiones tal acentuación en poesía, es como licencia; lo correcto es *período*.

322. He oído decir PECIOLO (PECIÓLO), hasta a profesores de Historia Natural, a pesar de traer *peciolo* la Botánica de García Purón y otros textos. Sépase que este término, como las voces precedentes, debe ser esdrújulo, y como tal está presente en el *Dic. académico*.

323. En la misma condición prosódica están *olimpiada* y *olimpiade*, aunque algunos den en usarlas como graves, entre ellos Monlau y Barcia (*Dic. Et.*), que no marcan su tilde a la *i*. Como esdrújulas tendrás también a *driada* y *driade*, que están contestes en ello la Acad., Monlau y el uso concedido por Clemencín, Maury y otros autores; lo que basta para obtener primacía, ya que sólo podrá señalarse la acentuación grave de estas voces (DRIADA, DRIADE) en poesías de Mora, Menéndez Pelayo (citadas por Amunátegui Reyes) y algún otro contado autor. Las *hiadas* e *hiades* se andan, como las driadas, algo salidas de quicio en su prosodia; pero, aun cuando Lista (*Viaje de Virgilio*, trad. de Horacio) y Burgos (trad. de la *Oda* 3, libro 1.º de Horacio) las hayan escrito como graves, esdrújulas deben ser, que como tales las consignan el *Dic.* y distinguidos autores; y ante todo, así lo pide la uniformidad, ya que igual acento corresponde a las voces *hamadriada* o *hamadriade*, *heliada*, *olimpiada* u *olimpiade*, *miriada*, y a todas las derivadas del griego que terminan en *iada* o *iade*.

*
* *

324. El afán de pronunciar como esdrújulos a vocablos que no lo son, no es sólo achaque nuestro; que ya dieron en criticarlo insignes autores de la madre patria, en todos los tonos, y así en prosa como en verso. Y ya que los renglones cortos son de más fácil recordación, pásese vista por esta estrofa de Bretón de los Herreros (*Desvergüenza*, canto VII):

«¿Será tal vez que rutinaria y crédula
La caterva que ha dado en tal manía,

Toma aquel *breve*, *breve* por real cédula
Que prosodia alteró y ortografía?

¿Es galope el de *epígrama* y de *médula*
Que dé brío a la lengua y energía,
O es que nada estudiaron, ni pretéritos,
Los que pronuncian *hóstiles* y *péritos*;

y por estas dos que dan comienzo a la fábula *El Sastre y el Avaro*, de Hartzzenbusch:

«Hay gente que dice cólega
Y epígrama y estaláctita,
Púpitre, méndigo, sútiles,
Hóstiles, córola y áuriga.

Se oye a muchísimos périto,
Y alguno pronuncia mámpara,
Díploma, erúdito, pérfume,
Pérsiles, Tíbulo y Sávedra.»

Sea de provecho la versificada advertencia que trascrita queda; y trataré de ampliarla anotando algunas otras palabras que indebidamente se dan como esdrújulas.

En esta cuenta tenemos las siguientes: *acedo*, *aerolito*, *cabila*, *clorofila*, *cofrade*, *concolega*, *cuadrumano* (1), *epiceno*, *estalagmita*, *expedito*, *intervalo*, *omoplato* (Campoamor escribió OMÓPLATO), *oriflama*, *plebiscito*, *pedicuro*, *protocolo*, *rapsoda*, *sincero*, *ucase* (2), *valaco* (3), *vampiro*, *zafiro*, etc.

325. Como no se trata de una palabra vulgar, y conviene, por lo mismo, que quienes den en usarla no muestren con ella la hilacha, revelando su flojedad en materia de prosodia, vamos a deslindar con algún detenimiento el acento de *opimo*,

(1) Robles Dégano (*Ortología Clásica*, pág. 144) quiere que se diga CUADRÚMANO, BÍMANO, como *centímano*, *longímano* y *monómano*.

(2) Amunátegui Reyes (*Acent. Viciosas*, pág. 456) trae ejemplos de Bello y de Pí y Margall en que se dice ÚKASE.

(3) Rivodó (*Voces Nuevas*, pág. 222) pide doble prosodia, fundándose en que más se oye VÁLACO que *valaco*.

ya que son tantos los que lo hacen esdrújulo, engañados por su analogía con *óptimo*. Amunátegui Reyes (*Acent. Vic.*, página 312) cita, en favor de la acentuación grave, ejemplos de F. J. Reinoso, Vargas y Ponce, Mauri, Duque de Rivas, M. J. Quintana, V. de la Vega y Tamayo y Baus; con las dos acentuaciones, a J. J. de Mora; y con acento esdrújulo, a E. de Ochoa. Cuervo (*Apunt.*, pág. 15) trae, en defensa de la pronunciación grave, versos de L. L. de Argensola, Jáuregui, Mora y A. de Saavedra, y agrega: «En latín es *opímus*, y no hay razón para desviarnos de la norma. El error ha provenido de que los demás en *imo* sacados del latín son esdrújulos: *íntimo*, *máximo*, *legítimo*, etc.» Hartzenbusch, en carta dirigida a Cuervo, y Monlau, en su discurso académico sobre neologismos y arcaísmos, tienen ocasión de condenar el uso de esta voz como esdrújula. Rivodó (*Voces Nuevas*, pág. 231) opta por la acentuación grave. Y creo que están por ella la mayor parte de los escritores americanos; para comprobarlo, vayan estos ejemplos que entresaco de mis papeletas:

«Del incógnito clima

¡Oh rey de Lusitania! los portentos.

Y la mies áurea *opima*»

(*A Cristóbal Colón*. R. M. Baralt);

«El premio rinde *opimo*:

No es a la podadera, no al arado

Deudor de su racimo»

(*La agricultura de la zona tórrida*. A. Bello);

«Y la viña feraz que amarillece,

Ve que el fecundo otoño sus *opimos*

Y dorados racimos»

(*A Elvira*. C. Guido y Spano);

«Sus frutos *opimos* nos brinda la paz»

A Balcarce. R. Obligado).

326. Aunque el Dic. de la Acad. da como anticuada la

acentuación esdrújula de *cantiga*, por acá y hasta por España parece que se anda aún muy lozana entre las pocas personas que tienen ocasión de mentar esta voz. Hay que esperar que el tiempo se encargue de dar razón a la docta Corp., ya que los diccionarios de Barcia, Monlau y Calandrelli, Zorrilla (en *Ira de Dios*), Balaguer (en *Oda a la pacificación de Cataluña en 1849*) y otros autores, bien modernos, no se cuidan de concedérsela, pues escribieron *cántiga* cuando ya declinaba el siglo XIX; y para no dejar de traer a colación un poeta americano siquiera, anotaré el ejemplo siguiente:

«Y del bosque los dulces trovadores
Le entonaron su *cántiga* postrera»

(*A la noche*. Abigail Lozano).

327. *Cuadriga* pide la Acad., y se ve esta acentuación en los diccionarios de Monlau, Barcia, Domínguez, Toro, etc., y en *Acent. Viciosas*, de Amunátegui, reforzada con ejemplos del Duque de Rivas, Conde de Cheste, de Arriaza y Menéndez Pelayo. No quedan, con todo, desamparados los que dicen CUÁDRIGA, que viene en su apoyo Rivodó (*Voces Nuevas*), al pedir doble prosodia para esta voz, y no les faltará un poeta excelso que les preste arrimo:

«Igneo sol que levanta
Su *cuádriga* de luz entre centellas»

(F. G. Pardo. *La Gloria del Libertador*).

328. Los diccionarios de la Academia, Monlau, Domínguez y Toro dicen *hipogrifo*; en cambio, Barcia (*Dic. Et.*) estampa HIPÓGRIFO, y es muy común esta acentuación, aun cuando no sea tan autorizada como la primera. Amunátegui (*Ac. Vic.*) atribuye al ejemplo que trae el primer verso de *La Vida es Sueño* (*Hipogrifo* violento) el hecho de que circule en Chile este vocablo como esdrújulo; pues el metro no indica cómo acentuó Calderón, y ocurre que en los textos de literatura más traqueados por los chilenos (*Poética* de Martínez de la Rosa, *Re-*

tórica de Gil y Zárate, *La elocuencia al alcance de todos* por Balaguer, etc.) se pone HIPÓGRIFO al transcribir este verso. Lo explicado basta para mostrar que han tenido sobrado motivo Rivodó (*Voces N.*) y de la Peña (*Gramática Cast.*) al reclamar doble prosodia para esta voz.

329. Mandan las últimas ediciones del Léxico que se diga *peritoneo*, y Monlau condice con tal pronunciación (*Dic. Et.*), pero tienen cómo disculparse los que hacen esdrújula esta palabra pronunciando PERITÓNEO, que así lo trajo en anteriores ediciones el *Dic. académico*, así consta en el *Dic. Et.* de Barcia y en el *Dic.* de Domínguez, y así la escribió Bello.

330. Ha de decirse *polipero*; exigen esta acentuación el *Dic.* de la Acad., el *Enciclopédico* de Toro y Gómez y otros léxicos, y es la que se ve en la *Zoología* del Dr. Juan García Purón (págs. 208 y 210), y en la del distinguido pedagogo argentino D. Víctor Mercante (pág. 115), textos éstos de los más usados en nuestra enseñanza secundaria y normal. No faltan textos que digan POLÍPERO; en este caso hállanse la *Zoología* por Milne Edwards, traducción de Elías Zerolo (pág. 609, y la *Historia Natural* por Langlebert (pág. 366); y sépase que tal manera de acentuar está amparada por Barcia (*Dic. Et.*) y Domínguez (*Dic. Clásico*).

331. Los que dan en hacer esdrújulo a *poligloto* y *poliglota*, como a *polipero*, y es de contar que son muchos, no hacen más que plegarse a la prosodia adoptada para otros compuestos de origen griego formados con el mismo elemento inicial *poli* (*polifono*, *polígama*, *polígono*, *polígrafo*, *polímita*, etc.); con ellos están Sicilia (*Ortología*), que tacha como galicada la acentuación grave de estas voces; Domínguez (*Dic. Clásico*), y Rodríguez Navas (*Dic. Cast.*, Madrid, 1906), que han puesto a la par de POLÍGLOTA A POLÍCROMO (Barcia también acentúa POLÍCROMO), que debe ser grave; y ha trasladado el acento a la *i* en *polígloto*, nada menos que el muy erudito D. Marcelino Menéndez Pelayo. Esto no obstante, ha de primar la acentuación grave (*poligloto* y *poliglota*), que la piden los diccionarios más

autorizados, entre ellos el de la Acad. y los de Barcia y Monlau, y otros autores que merecen fe, como el P. Isla, Scío, Moratín, E. de Ochoa, Bello, de la Peña (*Gramática Castellana*), pág. 544) y Toro Gisbert (*Tesoro y Dic.*).

332. Aunque los diccionarios de Barcia, Domínguez y Rodríguez-Navas dicen saxífraga, debe primar el acento grave (*saxifraga*), tal como consta en la Acad.

333. Barbarizan los que pronuncian como esdrújulas a *tifoideo* y *tifoidea*.

334. En los párrafos precedentes he tratado de voces que indebidamente se dan como esdrújulas; pero, así como toda medalla tiene su reverso, mal puede este caso prosódico dejar de tenerlo, y he de continuar ahora con las palabras que siendo esdrújulas se pronuncian equivocadamente como graves.

En tal condición pueden contarse las siguientes: *ábaco*, *ácido* (el adjetivo), *acrópolis*, *ágape*, *albúmina*, *álcali*, *alicuota*, *alúmina*, *alvéolo*, *ánade*, *ápside*, *árcade*, *areófago*, *ázoe*, *bátavo*, *bólido*, *cántabro*, *dínamo*, *epíteto*, *eúscaro*, *éxodo*, *hemeópata*, *micrófono*, *micrótono*, *náyade*, *necrópolis*, *ómnibus*, *orquídea*, *présbita*, *prístino*, *pródromo*, *prótasis*, etc.

335. *Sánscrito* aparece inserto por la Acad. desde la 12.^a edic. de su *Dic.* La acentuación grave de esta voz fue prohibida en el mismo *Léxico* hasta la 11.^a edición, y en la 12.^a manteníase aún en la definición de *bengalí* y en la de otras palabras. Bello optó por el acento grave, y es éste el que trae Barcia (*Dic. Et.*). Concesión muy atinada sería el permitir las dos acentuaciones tal como lo recomienda Rivodó (*Voces Nuevas*), ya que anda tan vacilante la prosodia de este vocablo.

336. Salto y grande, es el que da el tilde de los esdrújulos *interin* y *tilburi*, que de la *i* primera se pasa en ocasiones a la última. Para INTERÍN pide favor Rivodó (*Voc. N.*), y con justicia, pues resulta a todas veras forzado el acento esdrújulo de este adverbio latino. El mismo Rivodó, muy inclinado siempre a la tolerancia, solicita igual merced para TILBURÍ, acen-

tuación afrancesada que usó Bretón de los Herreros y que anota el novísimo *Dic.* de Rodríguez-Navas; poco se oye por América tal decir, al menos en la Argentina predomina la pronunciación esdrújula (*tílburi*), que es la que mejor se ajusta a la del inglés «*Tilbury*», nombre del inventor de este carruaje, de donde proviene el vocablo.

337. *Ileon* (parte del intestino delgado) es otra voz esdrújula que, indebidamente, tórnase aguda; y debe, a mi ver, este trastrueque del acento a la influencia de Ilión, nombre que designa á Troya. Barcia no marca tilde en la *I* al anotar en su *Dic.* a *íleon*; pero al tratar del sentido etimológico de este término, escribe como corresponde (*ileon*). En la Acad., como en Monlau y otros diccionarios, se tiene *ileon*.

*
* *

338. Réstame considerar, siquiera sea someramente, algunas voces graves que por error se dicen como ayudadas.

Comenzaré por advertir que *fútil*, *mástil*, *núbil* y *túnel* tienen muy puesto en razón su tilde, y que muy descaminados se andan los que acentúan la última sílaba.

339. Para algunos profesores de Historia poco versados en prosodia, un ASPID puso fin a los días de la bella y fastuosa Cleopatra. Cuenten que sería un *áspid* ó *áspide*.

340. *Colon*, nombre que designa una parte del intestino grueso, conviértese, por obra y gracia de la ignorancia, en homónimo del insigne descubridor de América. Es triste cosa esto de dar a un pedazo de tripa el nombre del gran *Colón*, y ¡cuidado! que los más expuestos a caer en infracciones de tal laya son los que no andan muy al tanto con los usos del tilde.

341. Los que dicen SIMIL (SIMIL), y no son pocos, podrían, con la misma frescura, y para barbarizar en regla, pronunciar VEROSIMIL e INVEROSIMIL. Demás, estará el aportar citas para que se caiga en la cuenta de que ha de decirse *símil*, como *verosímil* e *inverosímil*.

342. La olorosa *reseda* abunda en estas regiones con nombre masculino, y carga el acento en la *a*, muy a la francesa. Pide pase Rivodó para las dos acentuaciones (*reseda* y *resedá*), y será menester atenderle, si es que ha de tenerse en alguna cuenta el uso más popular.

343. *Fiat* y *réquiem*, voces netamente latinas, no tienen por qué perder su prosodia; fueron, son y serán graves hasta que hablistas o gramáticos prueben lo contrario.

*
* *

344. Veamos ahora el caso recíproco; es decir, voces agudas que erradamente se dan como graves.

Tal ocurre con *astil*. Poetastros hay que dicen *ASTIL* para tener oportunidad de consonar con *mástil*; les resulta un barbarismo prosódico tan reprochable como el que cometen con *sutil* los que creen que esta voz es cónsona de *fútil*.

345. *Cenit* da motivo en ocasiones al mismo trastrueque del acento, pero con mejor suerte se anda desde que poetas de renombre autorizan el uso de *CÉNIT* como una licencia poética.

He aquí un ejemplo:

«¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
Del aire trasparente por la región azul?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
Del CÉNIT suspendiendo su tenebroso tul?»

(La Tempestad. José Zorrilla.)

346. *Eclesiastés* y *pentecostés* bien pueden andar con acento grave sin avergonzarse, que para ello tienen a Scío, Bretón de los Herreros, Hartzenbusch y Menéndez Pelayo, que han escrito *pentecostes*, según citas que transcribe Amunátegui Reyes (*Ac. Vic.*, pág. 335), y a otros autores de nombradía, los que hubieran también acentuado como grave a *elesiastés* en caso de usarlo. La 11.^a ed. del *Léxico* traía *PENTECOSTES*; y

Cuervo no desdeñó esta acentuación (*Ap.*, pág. 16). Con razón y justicia se atreve Rivodó a reclamar doble prosodia para estas dos voces (*Voc. N.*, pág. 221).

347. Algunos americanismos ruedan por ahí con su acentuación a mal traer, y no es asunto éste que pueda resolver de por sí la R. Acad.

Ya que su *Léxico*, como los de Barcia, Monlau y todos, o casi todos los que se han impreso en España, estampan *anana* o *ananas* como voz grave y femenina, hubiérase siquiera dado cabida a los dos géneros y a las dos prosodias, como pide Rivodó (*Voces N.*, pág. 222), ya que lo más común en toda la América española, y más especialmente en las regiones que producen y que más consumen esta deliciosa fruta, es nombrarla *ananá*, *ananás* o piña. Hasta en el Brasil predomina esta acentuación. Protestan contra el acento grave que da la Acad. varios diccionarios de americanismos, entre ellos el *Vocabulario Rioplatense*, de D. Granada (página 83), y el *Dic. de locuciones vic. y de correc. de lenguaje*, por C. Ortúzar (pág. 29). La docta Corporación presenta esta voz como proveniente del peruano *nanas*; pero bien puede venir del guaraní, que llamó y sigue llamando a esta fruta *ananá*, dando a las dos últimas sílabas una pronunciación gutural-nasal. Y para mayor comprobación del verdadero acento y del género más apropiado, vaya este ejemplo:

«Para tus hijos la procera palma
Su vario feudo cría,
Y el *ananás* sazona su ambrosía

(*La agricultura en la zona tórrida*. A. Bello).

348. El *Dic.* de la Ac., en su 11.^a edición, daba a *cóndor* como agudo (CONDOR); y en la 12.^a, aun cuando se presentaba esta voz con acento grave, persistía la acentuación aguda en la definición de «buitre». Como lo reconocen Cuervo y Amunátegui Reyes, este CONDOR fue de uso muy común a principios del siglo XIX; y así sin tilde alguno, lo que equivale a

considerarlo como agudo, lo anotan los diccionarios de Barcia y Monlau, y otros léxicos publicados en España. La *Zoología* del Dr. J. García Purón (impresa en N. York, 1906) nombra a este rapaz «CONDOR o buitre de los Andes». De alguna de estas fuentes habrá tomado Echegaray ese CONDOR que se ha posado sobre un verso de su *Haroldo el Normando* (Acto I, esc. 4.^a) para aconsonantar con «amor»; valga como licencia poética, y en la misma cuenta pondremos este ejemplo de Salvador Díaz Mirón:

«Se eleva... como el reptil
Asido por el CONDOR,
El fuego exterminador
Trueca la arena en cristal» (*Preludios*).

Y no ha debido desconocer este muy sentencioso cuanto inspirado vate mejicano la correcta denominación, desde que la ofrece en su bello poema a *Victor Hugo*, donde se lee:

«¡El cóndor gigantesco de los Andes,
El buitre colosal de orlado cuello,
No ha batido jamás alas tan grandes
Ni ha visto tan de cerca un sol tan bello.»

Y para que no quede duda alguna con respecto a la prosodia que toca en suerte al muy cantado rey de los Andes, recordemos que en *El nido de cóndores*, majestuosa poesía de Andrade, sólo se habla de *cóndores*; de *cóndores* graves, bien graves, si están en singular; esdrújulos, si están en plural; y así anda esta palabra por todos o casi todos nuestros poetas; y si alguien pudiera ponerlo en duda, ate estos cabos y tendrá sobrada comprobación de nuestro aserto:

«Tú que en las nubes tienes aéreo nido,
Tiendes tu vuelo, cóndor atrevido.
(*Al Cóndor de Chile*. B. Mitre);

«Que va en pos del ideal,
Como el cóndor á los cielos»
(*La muerte del payador*). (R. Obligado);

«¡Y fué la libertad! ¡Y el pensamiento,
Tomó las alas del nativo *cóndor!*»

(*Echeverría*. R. Obligado);

«*Cóndor* potente á quien prestó sus alas
El sol del Inca y el ingenio hispano»

(*El bardo proscrito*. A. Margariños Cervantes);

«Escucha, amigo *Cóndor*, mi exorcismo»

(*Al Cóndor de Chile*. A. Bello);

«Recuerdo las calvas rocas
De los abismos guarida
Y en cuyas cimas anida
El *cóndor* meridional»

(*Patria y Hogar*. S. Vaca-Guzmán);

«Así place al destino. ¡Oh! Ved al *cóndor*,
Al peruviano rey del pueblo aéreo.»

(*La Victoria de Junín*. J. de Oviedo);

«Ni el *cóndor* de los Andes que alza el vuelo
Desde su nido a la región azul»

(*La locomotiva*. C. A. Salaberry);

«Y el *cóndor* gigantesco fijo mira
El almo sol y entre sus fuegos gira»

(A. C. Colón. R. M. Baralt);

«Y excelso monte en cuyas densas brumas
Cierne el *cóndor* gigántico sus plumas»

(*La gloria del libertador*. Francisco G. Pardo).

349. *Quichua* y *quechua* cuentan en su apoyo más autoridades que *quichúa* o *quechúa*; y ya que el *Dic.* académico ha elegido esta acentuación, justo será que dé también cabida a la que primero consigno (*quichua* o *quechua*), la más oída y que bien merece preferencia. Opta por ella, con notable acopio de citas y autores, Amunátegui Reyes (*Acent. Vic.*), que tan solícito se muestra por sostener las decisiones de la docta Corporación; empléala la misma Acad. al definir en su *Dic.* (12.^a y 13.^a ed.) la voz «cuzma»; y consta en las obras de Barcia (*Dic. Etim.*), Salvá (*Dic.*), Serrano (*Dic.*), Cuervo (*Apunt.*), Zorobadel Rodríguez (*Dic. de Chilenismos*), Echeverría y Re-

yes (*Voces usadas en Chile*), Paz Soldán y Unánue (*Dic. de Peruanismos*), etc.

En nuestras provincias del Norte, y muy especialmente en Santiago del Estero, se habla mucho hasta hoy la lengua *quichua*, y es común que se la llame *quichua*, y no *quichúa*, como manda el *Léxico Ac.*; y aquella acentuación, y no otra, léese en la *Gramática Quichua* del P. Miguel A. Mossi, escrita en Altamizqui (S. del Estero) en 1889, y en el *Tesoro de Catamarqueñismos* (pág. 272) de S. Lafone y Quevedo, erudito conocedor de las razas indígenas del setentrion argentino y de sus lenguas.

JUAN B. SELVA,

Profesor en Dolores (República Argentina).

LAS REINAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA

ISABEL DE BORBÓN

Tuvo Felipe II de su mujer y sobrina varios hijos, de los cuales sólo uno, débil, sobrevivió para heredar la agobiadora corona del padre. Ana era mujer de alma sencilla, de gustos caseros, amiga de devociones, sumisa y obediente a su marido, siempre ocupada en labores y trabajos del hogar, y, como los demás miembros de su casa, dominada por la grandeza y majestad de la misión confiada por los cielos al jefe de ella (1). En el viaje a Portugal, en 1580, Felipe cayó enfermo en Badajoz, y cuando Ana, desesperada de su salvación y en sus oraciones, pedía frecuentemente que el Rey curase, aunque para ello hubiese de morir ella, fue oída su plegaria: el marido, de

(1) El Padre Flórez refiere de ella que en una ocasión se vió a las puertas de la muerte, por su repugnancia en tomar alimento; como todos los remedios del mundo fueran inútiles, el Rey mandó llamar al bienaventurado P. Orozco. El fraile dijo a la Reina que poseía un remedio, recomendado por su abuela, que la curaría si lo quería tomar. La Reina consintió en ello, y el fraile luego aderezó una perdiz con tocino, en presencia de ella, recitando versículos del *Magnificat* a cada vuelta del asador. Cuando el guiso estuvo pronto, presentólo el fraile a la Reina y dijo: «Comed, señora, en nombre de Dios, pues el solo olor del manjar abriría las ganas a un muerto.» Inútil decir que la Reina lo comió y se curó.

cincuenta y tres años ya, recobró su salud, y Ana, en sus treinta, enfermó y murió, dejándole a Felipe en quebranto y desolación para todo el resto de su cansada vida, empleada únicamente en sus trabajos. La lucha por evitar la victoria de la Reforma en Francia, que ocupó sus últimos años y consumó la ruina de su país, hacía imposible que se volviera ni a pensar nuevamente en una alianza entre las naciones vecinas, excepto conquistando a Francia, lo que muchos años de guerra inútil mostraron a las claras ser imposible, mientras el cínico y bravo Rey de Navarra mantuviese en sus manos la bandera nacional como centro de una unión que agrupara a todos en contra del invasor extranjero.

Felipe, amargamente despechado, volvió su vista, cuando ya era demasiado tarde, a Inglaterra, en la esperanza de atraerla a su campaña por la fuerza, si otros medios, como la intriga, el soborno y el asesinato faltaban; pero también se frustró esta esperanza con la derrota de la Armada Invencible; y ahora ya no era posible otra cosa que buscar, como esposa de su hijo Felipe III, a una prima suya de la casa de Austria, y ya no era factible otra política que la de continuar amistad íntima con los Habsburgos alemanes descendientes de Juana la Loca. Ciertamente que el Emperador se había visto obligado a tolerar a sus príncipes luteranos; pero él y su casa hicieron causa común con los Felipes, cuando Francia puso sus miradas codiciosas en la Flandes católica y en Italia. Margarita de Austria llevaba al matrimonio con el escrofuloso y raquítico Felipe III un cuerpo anémico y un alma embotada, con lo que puede calcularse qué tal descendencia podía esperarse. Ella imploraba a su madre apasionadamente que la salvara del terrible honor de compartir el sombrío trono de su primo, porque en su casa de Estiria hacía vida de monja, consagrada únicamente al humilde cuidado de los pobres y de los enfermos de su propio país; pero se la contestó severamente que debería sacrificarlo todo al supremo deber de la familia; y desde entonces vivió en aquella tétrica atmósfera de abnegación

religiosa, que era el sello de sus parientes españoles (1). Y en esto pasaron sus vidas su marido frailuno, y ella en ñoñas devocioncillas y en frívolos pasatiempos; sus hijos, que tuvieron varios, todos degenerados, de vitalidad apagada, de exagerado prognatismo y ojos marchitos, fueron educados en aquella invariable tradición pática de que a ellos y a España—¡pobre España la de esos tiempos, arruinada, hecha una desolación!—estaba confiada la misión sacrosanta y el envidiable honor de mantener la ortodoxia religiosa en todo el mundo y a cualquier coste.

En lo que Enrique IV fue Rey de Francia, aun después de haber asistido a aquella misa del apotegma, la unión íntima con España no fue posible; pero en aquel día fatídico de Mayo de 1610, en que la daga de Ravillac, en una callejuela de París, atravesó el corazón del «Gran Bearnais», cambiaron por completo las cosas. La Reina Regente de Francia era de los Médicis, familia papal, imbuída, como todos ellos, de la tradición que afirmaba la ortodoxia de España y su poder incontrastable. Su matrimonio con Enrique había sido un triunfo del partido católico extremo; pero mientras Enrique vivía, la reacción no asomó cabeza. Ahora que ya no existía, ni sus tradiciones hugonotes, pensóse que Francia y España se unirían en liga católica y juntas impondrían su fe en el mundo, por la fuerza o por presiones políticas. Era este plan insensato e impracticable, porque los franceses estaban ya demasiado adelantados para dejarse utilizar en el juego de una España impotente y en bancarrota, grande únicamente en su orgullo y en sus tradiciones.

Pero Jacobo I de Inglaterra había estado arrastrándose como un reptil y haciendo toda clase de humillaciones para ganarse el auxilio de Felipe en favor de su yerno el palatino, y sin duda pareció un buen golpe político a España y Francia

(1) Fué muy amada de todos, especialmente en Madrid. Murió en El Escorial en 1611.

dejarle sólo con sus luteranos. Como quiera que fuese, no se perdió tiempo, y antes de que el cuerpo de Enrique IV hubiera reposado en su tumba de Saint-Denis un año, se concertó casar a la Infanta española Ana con Luis XIII de Francia, y a Isabel o Elisabeth, hija mayor de Enrique IV y de María de Médicis, con Felipe, Príncipe de Asturias, hijo y heredero del Rey de España. Todos los prometidos eran muy niños aún, y se convino en diferir los desposorios hasta que la Infanta tuviera los doce años (1613). Embajadas pomposas y espléndidas fueron la introducción a aquella farsa solemne de rendir homenajes a las niñas como Reina de Francia y Princesa de Asturias respectivamente. El Duque de Mayena, de la casa de los Guisas, se pavoneaba por Madrid con una Embajada tan costosa en 1612, que el coste de su entretenimiento empobreció a la capital por muchos años; y fue tan acentuada la emulación en vestidos y ostentación durante las interminables fiestas con que en Madrid se celebraron los dobles desposorios, que algunos nobles españoles llegaron a acuchillarse en el palacio mismo por causa de ello.

En París, el Duque de Pastrana, hijo de Ruy Gómez, correspondió con fiestas semejantes a aquella niña de nueve años, de negros cabellos, prometida al joven Felipe, heredero de España, de dos años menor que la novia. Otros tres habían de pasar aún, a pesar de la impaciencia de los franceses, antes de que el regreso de la pequeña Infanta Ana (Octubre de 1615), con una pompa y extravagancia que se avenían malamente con las escaseces del reino de su padre, fuese acompañado hasta la frontera de Francia, en donde se aguardaba a la vez a Isabel de Borbón, prometida del padre (1). El 9 de Noviembre de 1615, toda la caballería de España y Francia veíase nuevamente congregada en una y otra orilla del Bidasoa, que hace frontera de los dos países. El lujo devorador y vana

(1) Puede leerse la interminable relación de las fiestas de entonces, cuya responsabilidad recae principalmente en el favorito Duque de Lerma, en *Documentos inéditos*, LXI.

magnificencia fueron despilfarrados insensatamente por los nobles españoles, decididos, como siempre, a abochornar a los franceses. En Behovia, lugar en que debía verificarse la ceremonia, se habían dispuesto suntuosísimas salas de banquete, en sendas almadías amarradas a las orillas del río, y en medio de él otra almadía sostenía un pabellón espléndido, cubierto de terciopelo y paño de oro, y revestido con valiosísimas alfombras de seda del Oriente. En él hizo entrega el Duque de Guisa, al Duque de Uceda, de Isabel de Francia, en cambio de Ana de Austria, que en lo sucesivo había de ser Reina de Francia. La historia romántica y turbulenta de esta última va referida en otra parte; aquí narraremos las fortunas de la hermosa niña de doce años, de negros rizos, que, como Isabel de la Paz cincuenta y cuatro años antes, dejó su país natal para fundar la alianza católica entre España y Francia (1).

Las circunstancias eran harto distintas, pues la libertad religiosa en Europa había ganado en realidad la batalla, aunque la fe ciega y la vanidad de Felipe III siguieran negándose a reconocerlo así, de la misma manera que no daban crédito a su penuria e impotencia. La Reina Regente de Francia, por otra parte, era persona muy distinta de su pariente católica. No se trataba de dar satisfacción a sus intereses, tanto como de hacer el juego de los astutos italianos que la dirigían, y bien pudo verse, cuando Richelieu, que los franceses de entonces no se dejaban atrapar en campañas de ambiciosos extranjeros. Isabel, aunque tan niña, tenía corazón animoso y espíritu levantado, como convenía a hija de tal padre. No le faltaban deseos de ser reina en el trono de más fuste de Europa; pero no se sentía con inclinación al martirio, y, como veremos, su matrimonio influyó menos en asegurar paz duradera y cooperación entre Francia y España, que el de Isabel de Valois.

(1) Para demostrar cuán inciertas seguían siendo las relaciones entre los dos pueblos, un testigo de vista de las ceremonias aludidas menciona como cosa admirable que no hubo riña ninguna entre españoles y franceses.

De Fuenterrabía, San Sebastián y Vitoria prosiguió Isabel su viaje a Burgos, donde había de encontrar a su novio infantil. Vestida a la manera española desde que salió de Vitoria, conquistó los corazones de todos con su jovialidad y gracia; y, como dice un testigo de ella: «Si tenía sangre francesa en sus venas, tenía el ingenio español.» Felipe III y su hijo encontraron a la novia a una legua de Burgos, y se cuenta que el Príncipe, de edad entonces de once años, quedó tan deslumbrado con su belleza, que no pudo articular palabra ante ella. Al día siguiente, Burgos entero respiraba la animación de las fiestas en obsequio de la forastera, que entró en la ciudad en blanco palafren con silla de plata y jaeces de terciopelo y perlas; y así, de ciudad en ciudad, sonriente y feliz, fué caminando la niña lentamente, hasta hacer su entrada en Madrid, acompañada de soberbia y engreída corte. En la tarde del día 19 de Diciembre de 1615 volvía Isabel desde el monasterio de San Jerónimo (1), recorriendo la distancia de toda la villa hacia el palacio que se levantaba sobre la altura que domina la vega del Manzanares. Un testigo describe su paso según iba por las estrechas calles del viejo Madrid, rebosando de gente, bajo arcos triunfales, dejando atrás miles de corredores henchidos de espectadores y adornados con colgaduras, y en todas partes músicas y aclamaciones de bienvenida. «Su Alteza venía vestida a la moda francesa, con falda entera de raso carmesí bordada de abalorios, con una gorrita guarnecida de diamantes y gorguera ricamente bordada al estilo francés, y con un ceñidor y broche de diamantes de gran tamaño. Caminaba, radiante y vivaracha, respirando júbilo. Su cara fina se deshacía en hoyuelos de risa, y sus ojos refulgían, parándose en todas partes, con gran deleite de la gente» (2).

Cinco años después, o sea en 25 de Noviembre de 1620,

(1) No queda de este edificio más que la Iglesia, próxima al Museo del Prado, en que justamente se verificaron también las bodas de los actuales Reyes de España.

(2) De un Ms. inédito del Museo Británico. Add. 10.236.

empezaron a vivir en el palacio de El Pardo, su vida matrimonial Felipe e Isabel. Felipe no tenía aún más que diez y seis años cuando (en Marzo de 1621) la apagada vitalidad de su padre se extinguió del todo, y el monarca aquel, cortado para fraile, salió, entre alternativos paroxismos de temor y éxtasis de esperanzas, de aquel mundo en que creía haber vivido tan bien y había hecho tanto mal. La corrupción y ruina bajo Lerma y su turba de parásitos había sangrado a España hasta la última fibra, y la miseria más acabada era ahora el único patrimonio de poblaciones enteras. La tradición de las riquezas del Rey, que con tanta dificultad se había venido sosteniendo, apenas encontraba creyentes, y esos que a la caída de Lerma se había hecho soltar cuantiosa presa a algunos de los ladrones más temibles. El Rey había sido amado y reverenciado por su santidad, pero todos veían la desolación a que su perezosa entrega en manos de los favoritos había dado lugar. España tenía puestas ahora sus esperanzas en aquel muchacho de cara larga, pálido, de cabellos lasos y estoposos y ojos azules mortecinos, que tenía que salvar de la miseria al pueblo. Y no ya a él, sino también a la persona que estaba a su lado, contemplaba con la misma expectación. Era un hombre huesudo, corpulento, de unos treinta y tres años, de gran cabeza angulosa, poderosos hombros, negros ojos dominadores, brillantes como ascuas, en un rostro trigueño; sus retorcidos mostachos añadían algo a la altivez imperiosa de su continente. Era aquel hombre Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares y Duque de Sanlúcar, que hizo pronto limpieza general de toda aquella podrida ralea que había engordado sobre España, los Rojas y los Sandoval, y los reemplazó con gente suya. Felipe, como su padre, tenía buena intención y aun más capacidad natural; pero era negligente, amador de los placeres e incapaz de resistir a la tentación por modo pasional, en términos que siempre sus constantes transgresiones de la moral iban seguidas de punzantes remordimientos que daban lugar a nuevas faltas.

Siguiendo las exhortaciones de Olivares, intentó arreglar la situación empezando por reducir los gastos, en lugar de cambiar el sistema de contribuciones, y toda la política financiera y la «briosa política extranjera» que acometió luego le envolvieron en nuevos gastos, que remataron la decadencia del país. Los antiguos sueños insensatos de obtener la unidad de la fe católica con la fuerza de las armas españolas, le indujeron otra vez a la guerra con Holanda, mientras los indios arrasaban las costas y comercio de España, y ésta y Francia volvían a acometerse, ahora que María de Médicis y su camarilla habían desaparecido de la escena. En vez de reconocer los hechos y humillarse para recuperar lo perdido, Olivares y Felipe, seguidos de toda la nación obcecada, ostentaban tanto boato y altanería como sus predecesores en los días en que España era poderosa. El indigno poltrón que reinaba indignamente en Inglaterra, seguía pronto a humillarse a esta fuerza ilusoria. Había sacrificado Raleigh a los mandatos de España, había sido utilizado desdeñosamente por Lerma y Felipe III cuando se propuso casar a su heredero con una Infanta de España, y con astucias se le había excluído de una alianza con Francia, dejándose pagar con esperanzas y medias promesas. Pero el Palatinado seguía sin ser repuesto, y al morir Felipe III, Jaime hizo otra tentativa cerca del nuevo Rey para obtener la amistad de España mediante un casamiento.

El viaje relámpago del Príncipe Carlos y de Buckingham a Madrid para conseguir la mano de la Infanta, y con ella la alianza de España, ha sido cuento tantas veces, que no hay para qué contarlo una vez más aquí sino en muy breves palabras. El Príncipe apareció súbitamente disfrazado, en la embajada inglesa en Madrid, el 7 de Marzo de 1622, y al día siguiente, con gran espanto de Olivares, era conocida en todo Madrid aquella visita inhábil. El y Felipe hicieron lo posible por desembarazarse de tan mal negocio. Abandonar el Austria y el Palatinado por la protestante Inglaterra, no podía convenirles, pero podían mostrar cortés atención. Todos los edic-

tos que recientemente se habían publicado imponiendo economías en el vestir, en las comidas y en el lujo, quedaron en suspenso, y mientras Carlos estuvo en Madrid se desató una verdadera tempestad de despilfarros. Isabel y la Infanta desempeñaban su papel en la farsa, con temor y repugnancia, porque la primera sabía que la alianza solicitada se procuraba en contra de Francia, y la Infanta se horrorizaba a la idea de casarse con un hereje. Pero conservaron en cuanto les fue dable las apariencias, especialmente Isabel, que trató a Carlos con mucha afabilidad. El día después de su llegada, Felipe, su mujer y su hermana, esta última con una cinta azul al brazo para que pudiera ser distinguida, paseaban en coche hacia la iglesia del Prado, y Carlos casualmente, no hay que decirlo, las encontró a la ida y a la vuelta con gran satisfacción suya. Poco después envió Isabel al Príncipe inglés como regalo una bata de dormir ricamente labrada y varios cofres olorosos, con llaves de oro, llenos de objetos de tocador, adivinando tal vez que en tan rápido viaje no habría tenido tiempo de llevar tales primores; y luego, en la gran corrida de toros que se celebró en la Plaza Mayor, en honor del Príncipe, estaba ella sentada en el bello mirador de la Panadería, con vestido de raso oscuro, bordado de oro, y miraba cómo Carlos, vestido de terciopelo negro y adornado de blancos airones, cabalgaba en rico alazán por la liza, al lado de Felipe, para ocupar asiento en un palco próximo.

Antes de empezar el baile de máscaras que el domingo de Pascua dió, en obsequio de Carlos, el Almirante de Castilla, Isabel, vestida de raso blanco cuajado de piedras preciosas, comió en público, y luego, cambiando su vestido de color por otro negro y oro, esperó a que el Príncipe la acompañara al baile. Durante estos pasatiempos, y en otras diferentes ocasiones, sentábase él a la derecha de la Reina bajo el dosel real, y Felipe a la izquierda; el Conde de Bristol, de hinojos ante ellos, interpretaba sus breves conversaciones, muy acomodadas a sus fines. Y de esta manera, con comedias, torneos, cañas, ban-

quetos y bailes, Carlos y Buckingham estuvieron embromados por Olivares lo menos seis meses, hasta que la farsa se acabó por consunción, y Carlos tuvo que regresar a su casa como prometido de la Infanta nominalmente, pero en realidad chasqueado, y su nación escarnecida. Suavizóse el fracaso con muchas y lisonjeras palabras, y espléndidos regalos de Felipe y sus cortesanos al Príncipe inglés; y no deja de extrañar, que al partir Carlos le diera Isabel regalos por el estilo del primero, a saber: ropa blanca, cincuenta coletos de ámbar, doscientas cincuenta bolsas perfumadas para pañuelos, una gran suma de monedas de plata y otros objetos por el estilo (1).

Felipe y su esposa habían vuelto a su vida normal en la corte más brillante de Europa. Era entonces el siglo augusto de la literatura española; el drama y la pasión febril por las comedias y por los versos satíricos se habían apoderado de la afición de los españoles bajo la influencia del Rey y de la Reina, entusiastas los dos del teatro y de diversiones de toda clase. Isabel, como su marido, era devota por convencionalismo; daba para el culto constantemente, y asistía con asiduidad a las ceremonias y fiestas de la Iglesia (2). Pero en su devoción no había nada de aquel sello monacal, sombrío, que había afligido a la familia de su esposo. Y el vivir social de los cor-

(1) De un Ms. de Diego de Soto, de Aguilas. Real Academia de la Historia, Madrid. G. 32, y otra copia en el Museo Británico, Add. 10.236.

(2) El Padre Flórez y otros escritores eclesiásticos traen muchos ejemplos de su liberalidad en obras piadosas, y en *Reinas Católicas* se menciona la acción de desagravio de Isabel en ocasión en que «un hereje había ultrajado al Santísimo Sacramento, en este mi convento de San Felipe» (en 1624). Para completar la serie de cultos reparadores que se hicieron en todas las iglesias, la familia real hizo tal fiesta como nunca se vió, en proporción con el insulto que se había hecho al mayor de los misterios. Las galerías de Palacio se adornaron con las joyas más bellas y costosas de la Corona, y se erigió un altar separado, en nombre de cada personaje real. El de la Reina atraía la atención de los visitantes por el gusto en él mostrado y el inmenso valor de las joyas pertenecientes a Su Majestad. El valor de ellas no se estima en menos de tres millones y medio de reales.

tesanos y de la gente de las ciudades había ya experimentado un cambio profundo en este respecto. Las maneras de la Reina eran, a la verdad, tan francas y desembarazadas, que podían dar nacimiento a algún rumor escandaloso sobre su fidelidad para con el marido. Madrid era perfecto semillero de chismes; todo se consideraba a propósito para inspirar versos satíricos, y como éstos corrían generalmente anónimos y manuscritos, no estaba segura de ataques la reputación de nadie alto o bajo.

La reacción contra la rígida formalidad de los reinados anteriores condujo a la corte de Felipe IV a tal desenfreno, que maravillaba con escándalo a los extranjeros. Gran parte del día se gastaba en pasear arriba y abajo en coches la calle Mayor, y muchas de las noches de verano, en recreos que tenían lugar en los arenales del Manzanares. Estuvo en moda el galanteo, y las damas, lejos de ofenderse, recibían con agrado los intencionados cumplimientos y atrevidos donaires que les dirigían en las calles personas extrañas (1). El Palacio mismo, especialmente la nueva casa de recreación del Buen Retiro, edificado en el Prado para Felipe por Olivares en 1632, era famosísimo foco de enredos, alentados por el ejemplo de Felipe mismo, que era con mucho el más disoluto de los reyes de su casa. Desde sus primeros años había encontrado gran placer en representar como actor, y bajo el pseudónimo de «Un Ingenio de esta Corte», escribió comedias, y experimentó gran contentamiento con la compañía de actores y actrices.

Isabel era tan apasionada del arte dramático como su marido; como que así que pasaron los últimos días de luto por la muerte de Felipe III, se consagró a esta su diversión favorita en sus propias habitaciones. Desde Octubre de 1622, todos los domingos y jueves, así como en los demás días festivos del invierno, se representaban comedias en su teatro particular por

(1) *Voyage d'Espagne*. Aersens van Sommerdyt y otros muchos viajeros atestiguan esto. Véase también *Relatione dell'Ambasciatore di Venetia*, Museo Británico. Mss. Add. 8.701.

actores profesionales. Pueden dar idea de los gustos de la Reina en estas materias algunas comedias como éstas: *Los milagros del desprecio*, *La perdición de España* y *Los celos de un caballo*, representadas por Pedro Valdés, y por cada una de las cuales pagó Isabel 300 reales; el precio anterior había sido de 200. *Ganar amigos*, *El poder de la ocasión* y *El villano en su rincón*. *La vengadora de las mujeres* y *El marido de su hermana* se representaron también en el Palacio, siendo el número de las representadas en él, durante el invierno de 1622-23, 43, que costaron 13.500 reales (1).

Mientras estuvo el Príncipe de Gales en Madrid tuvieron buena temporada los teatros de Palacio y los dos públicos de la villa. Jaime Howell, que escribía desde Madrid entonces, decía (2): «Hay muchas composiciones poéticas excelentes aquí, desde la llegada del Príncipe, que son demasiado largas para poderse copiar en cartas. Quiero, sin embargo, daros a conocer esta estrofa de Lope de Vega:

«Carlos Estuardo soy,
Que siendo amor mi guía,
Al cielo de España voy,
Por ver mi estrella María.»

Los cómicos van una vez por semana a Palacio, donde, debajo de un dosel grande, se sientan: la Reina y la Infanta en medio, nuestro Príncipe y Don Carlos a la derecha de la Reina, el Rey y el pequeño Cardenal (o sea Fernando, hermano, aún niño, del Rey) a la izquierda de la Infanta.»

La infidelidad famosa y escandalosa de Felipe para con su mujer, a la que, sin embargo, profesaba cariño, no le impidió llegar a estar furiosamente celoso de ciertas apariencias de homenaje galante a su belleza y encantos. En uno de los grandes juegos de cañas que celebraban su subida al trono, en el

(1) B. F. Schak: *Historia del Arte dramático en España*.

(2) Howell: *Familiar Letters*.

estío de 1621, hubo noticia de que Juan de Tassis, Conde de Villamediana, iba a caballo con su escolta de jinetes por el arenal, llevando una sobrevesta cubierta de reales de plata, y campeando como divisa estas palabras: «Mis amores son *reales*». El Conde era desdichado poetastro, ni joven ni bien parecido, pero finchado y presuntuoso; y los desocupados de la capital que presenciaban el desfile en el llamado *Mentidero* (1), empezaron a murmurar: «esto es una declaración de amor a la Reina»; y que el Rey, cuando su esposa había advertido que Villamediana apuntaba bien, replicó: «Sí, pero apunta muy alto.» Lo que resulta averiguado es que el homenaje de Villamediana no se dirigía a la Reina, sino a otra dama llamada Francisca de Javara, con la que el Rey tenía enredos en aquel tiempo (2); y con toda su acostumbrada jovialidad y franqueza, no hay fundamento para suponer que Isabel alentara en lo más mínimo a Villamediana.

Mas en la siguiente primavera de 1622, estando la corte en Aranjuez, tuvo lugar un suceso que produjo resultados más trágicos para Villamediana. Celebrábase con grandes fiestas el décimo-séptimo cumpleaños de Felipe, y uno de los espectáculos era una escena improvisada, con lona y palos, en el «Jardín de la Isla», hermosamente adornado, en la que había de representarse una comedia en verso, escrita por el Conde de Villamediana y dedicada a la Reina. Tenía por título *La gloria de Niquela*, y a Isabel le correspondía representar el personaje de la diosa de la hermosura. Toda la corte estaba reunida: el Rey en su sitial con sus hermanos y hermana, y la Reina en las habitaciones retiradas detrás del escenario. El interior de aquella ligera construcción estaba iluminado, no hay para qué

(1) Las gradas de la iglesia de San Felipe, en la calle Mayor, se llamaban así.

(2) V. Discurso (publicado) de D. J. Eugenio Hartzenbusch, en la Real Academia de la Historia, Madrid 1861, en donde se discute ampliamente este asunto.

decirlo, con candelas y lámparas, quedando a oscuras los frondosos jardines que la circundaban; cuando, de repente, en el momento en que el prólogo acababa, se oyó un grito detrás del telón, y luego se vió aparecer una lengua defuego, a lo que siguió el incendio total del escenario. Apoderóse el pánico de aquel elegante y regocijado concurso, y hubo sus dificultades y tropiezos para ponerse en salvo. El Rey se abrió paso entre el tumulto, y se dirigió hacia la parte posterior del teatro, en busca de su mujer. Allí estaba Villamediana teniendo en sus brazos medio desmayada a la Reina.

Cualquiera que fuese la causa del suceso, no tardaron en divulgar malas lenguas por todo Madrid que Villamediana había trazado todo aquel negocio, y que de intento había dado fuego al teatro para tener ocasión de abrazar a la Reina. Aconteció esto en 8 de Abril de 1622, y cuando en Agosto del mismo año fue asesinado Villamediana en su coche en la calle Mayor, cuando ya hacía oscuro, y a pocos pasos de su propia casa (1), todos los dedos señalaban a Felipe como instigador del crimen. Y el dicho, atribuído generalmente a Lope de Vega, en que se afirma que *el impulso fue soberano* (2), reflejaba la opinión del pueblo sobre este asunto. Mas no por ello hay motivo de censura para Isabel, ni el mismo Felipe dejó de amarla y considerarla como antes.

Era verdadera hija de su padre: prudente en el consejo, resuelta en el obrar; pero con tal vivacidad de espíritu, que hacía considerar muchas veces sus placeres como frívolos y pecaminosos. Más española que los mismos españoles, era aficionada a las corridas de toros y al teatro, con tal intensidad, que entusiasmaba a los súbditos de su marido, apasionadísimos de ambas diversiones; pero en su loca vivacidad llegaba a imaginar algunas para su solaz, que ahora nos parecen harto impro-

(1) Casa de la propiedad del Conde de Oñate, cerca de la Puerta del Sol. (Hoy destruída.)

(2) En español en el original.

pías. Gustaba, por ejemplo, de presenciar riñas de mujeres del pueblo o alborotos nocturnos a la luz de las antorchas en los jardines del Retiro o de Aranjuez, dispuestos para que ella los viese; otras veces, por orden suya, se arrojaban al pavimento de un teatro lleno de gente culebras u otros reptiles peligrosos, que, como es natural, causaban gran confusión entre los espectadores, y la Reina se reía a carcajadas contemplándolo desde su palco proscenio. La corte, durante los primeros años, era cosa alegre, no obstante las devotas ostentaciones; y aunque Olivares más de una vez instaba al soberano a tomar parte más activa en el gobierno y reducir el tiempo consagrado a las diversiones, los enemigos del ministro, que eran muchos, aseguraban que lo que él en realidad pretendía era ver al Rey sumergido en los placeres, para de este modo ser él el efectivo soberano (1).

Isabel misma, que era tan dada a diversiones, empezó a sentir inquietud, viendo cómo se acumulaban las dificultades en la propia casa y fuera de ella, por el completo abandono de los negocios públicos, y a instar a Felipe muy seriamente a que concediera más tiempo a sus deberes. Tenía muchas razones para desconfiar de él, porque veía cuán débil era Felipe para no ceder a sus tentaciones. Los asuntos amorosos eran legión, y, como acontecía a los más de sus cortesanos, el galanteo llegó a ser hábito en él. Uno hubo, no obstante, que dió más inquietud que todos a su mujer. Olivares, según se dice, en conformidad con su sistema, tenía agentes en toda España que le enviasen a Madrid los actores de más talento y las actrices de más atractivos que pudieran hallarse: en 1627 apareció, entre los que constituían la compañía que trabajaba en el «Corral de la Pacheca» (2), una muchacha de diez y seis

(1) Es lo cierto que Olivares apremiaba a Felipe muy vivamente a que atendiese a los negocios de su gobierno en los primeros años de su reinado. Véase mi capítulo sobre Felipe IV en la *The Cambridge Modern History*, vol. IV, con una carta de Felipe sobre la materia.

(2) En donde está ahora el Teatro Español, en la plaza de Santa Ana.

años, llamada María Calderón. No era una gran belleza, pero tenía una gracia extraordinaria fascinadora, y una voz tan suave y un hablar tan embelesador, que cautivaba los corazones de todos. Felipe la vió en la escena, y quedó al punto enamorado de ella. Llamáronla a la habitación que daba al patio que servía al Rey de palco secreto, para que pudiera oír más de cerca la excelencia de su voz dulcísima, y el corazón inflamable de Felipe quedó con esto rendidamente prendado. Desde el Corral al Palacio no había más que un paso, si a Felipe se le antojaba, y, en efecto, «la Calderona» llegó a ser la amante reconocida del Rey. La colmó de obsequios y regalos, y ella, orgullosa de su posición, miraba con sequedad a los otros amantes, pues no necesitaba, como decía, otros favores que los favores reales.

El 17 de Abril de 1629 tuvo un hijo del Rey, lo que causó a éste inmenso júbilo. El niño, Juan de Austria, era el individuo más hermoso de la familia, y el afecto de Felipe hacia él fue, desde un principio, sin igual, para mayor pesadumbre de Isabel, que también dió a luz, seis meses después, un hijo (1). Pero desde que entró la digna Calderona no tuvo más rivales que temer. Luego que la actriz quedó libre del parto fue a buscar al Rey, y, arrojándose a sus pies, imploró licencia humildemente para que le permitiese consagrar el resto de sus días a la religión en un convento, ya que había sido honrada con la gracia de tener un hijo del Rey. Felipe, que seguía amándola, vaciló en acceder; pero ella se negó firmemente a vivir más tiempo con él, y, con pesar suyo, la dejó ir. Y así la Calderona se hizo monja (2).

Los hijos de Isabel fueron varios: cinco que murieron en seguida o poco después, siendo precedidos estos nacimientos

(1) Felipe había tenido otro hijo de una dama de Palacio, tres años antes, en 1626. Se da cuenta de esto, utilizando fuentes inéditas, en la obra de Martín Hume, ya citada, *The Year after the Armada*.

(2) De una relación inédita del tiempo, en italiano. Museo Británico. Add. 8.703.

del de Don Baltasar Carlos, el presunto heredero de España, nacido en 1629. Es éste aquel principito fuerte, mofletudo, que hace revolver su gordísimo caballo en el lienzo inmortal de Velázquez. Los gustos de boato del Rey y de la Corte fueron agasajados en toda su plenitud, con motivo de las fiestas del bautismo de Baltasar Carlos. La Condesa de Olivares, que dominaba en Palacio como su marido en el país, tuvo a la criatura ante la pila bautismal, sentada, según dice un testigo del suceso, en «un asiento de cristal de roca, que era el mueble más valioso que se hubiera visto nunca en Europa», y los regalos con que literalmente inundaron a la comadrona llegaban a valer trece mil ducados. Luego que la Reina pudo salir, se celebró el natalicio (21 de Noviembre) con tal magnificencia como jamás se había conocido. Mascaradas a caballo, paseos de antorchas, juegos de cañas, toros, sin darse tregua unos pasatiempos a otros; y en todos ellos, el Rey hacía ostentosa presentación con su hermano Don Carlos. La Reina, que había dado un heredero a la coroná, fue colmada de honores y loas.

Esta Corte espléndida, que, altiva y vana en sus vistosas galas, estaba a punto de precipitarse por la pendiente que llevaba a España a su ruina, tuvo el privilegio de ser inmortalizada en el lienzo por el pintor más grande de retratos que ha existido, y dada a conocer hasta lo más íntimo del sér por algunos de los satíricos más agudos que han dado gloria a las letras. Las partidas de caza, que tanto agradaban a Felipe y su consorte; la cacería de ciervos en un coto, se nos representan luminosamente en el gran cuadro de Velázquez, que ha copiado tal escena (1). Es el parque de Aranjuez. El sol de la tarde se tamiza por entre las frondas, cuyo verdor sombrío se acusa en la claridad de un cielo sin nubes. Los ciervos, espantados, huyendo del acoso de los monteros a caballo, encuentran cada vez más limitada salida; en el fondo de una calle de árboles,

(1) Colección Ashburton.

único escape de la caza, están apostados los caballeros debajo de una especie de templete, hecho con verdes ramas, cubierto de roja alfombra, en donde se ven sentadas las damas, y sentada en almohadón carmesí, desde el lugar más a propósito, se ve a Isabel de Borbón, vestida de una falda amarilla, y teniendo en su cabeza un arco blanco, que le da semejanza de Diana. Al pie del dicho templete aguardan el ímpetu de los corzos Felipe y sus dos hermanos, Carlos y Fernando, sin faltar, claro está, el Duque de Olivares. Con sus cuchillos de caza acometen a los ciervos que ante ellos pasan; de ellos matan, de ellos desjarretan, dejando los demás a la diligencia de los perros, que más adelante acechan. El terreno de junto al templete está empapado en sangre caliente de las degolladas bestias; la sonrisa de las damas muestra cuánto les complace el feroz espectáculo, y en los grupos de caballos, criados y monteros se advina que comentan las proezas del Rey.

Otra escena, algo menos chocante a nuestras ideas modernas, es la famosa *Caza del jabalí* de la Galería Nacional de Londres. En este cuadro se representa como lugar de la escena el coto del Pardo. Felipe, con su fogoso caballo, está asestando precisamente su venablo en los ijares de un jabalí que por allí corre; a su lado están los cortesanos y compañeros de cacería, y Olivares casi a su lado. En el sitio de la lucha vense carruajes pintados de azul, con ventanas medio cubiertas por cortinas, sin cristales, excepto por delante, y en uno de ellos aparece la Reina Isabel. Las mulas de su coche, como es natural, están desenganchadas y puestas en lugar seguro; pero como los jabalíes son impetuosos y feroces, y es cosa conocida que asaltan los coches, las damas mismas están armadas de ligeros venablos para rechazar los asaltos de las fieras. No ha descuidado el gran pintor ni un pormenor de aquella vida de placeres de la Corte: las damas y caballeros, con su tono y manera de vida; los enanos y bufones, que solazan a la Corte; los palacios, en que se intriga; y como acompañamiento inevitable de todo ello, formando contraste, el hastiado y tétrico

semblante del Rey acusando un intermedio entre la juventud y la madura edad.

Rubio y linfático, con ojos azules, mortecinos, descolorido rostro, Felipe había heredado la tradición aquella de que en toda presentación pública el Rey de España no podía sonreír; y con ser como era esclavo consagrado insensatamente al placer, no había de mover un músculo que manifestara con el gesto ni placer ni aburrimiento, si personas lo veían. Isabel era más espontánea, y no había sido poderosa la etiqueta a dominarla en este punto. Pero, pasando días y juntándose nubes de infelicidad para la próxima borrasca de su vida, se fue haciendo más grave la expresión de su rostro, sus ojos tristes. Velázquez hizo muchas veces su retrato, aunque sólo queda uno, en el Museo del Prado, aquel en que se la ve a caballo, pintado en el tiempo mismo del nacimiento del Príncipe Baltasar, antes que los infortunios empezaran a acibarar la vida de la Reina. Otra pintura de Isabel, que está ahora en Hampton Court y fue hecha diez años más tarde (1638), nos muestra el cambio que en ella obraron las tribulaciones; pero en todas las representaciones de Velázquez vemos las mismas notas características: los ojos grandes, negros, llenos de expresión; la frente amplia, espaciosa; las mejillas recias de los Austrias; y aunque el conjunto de sus facciones más se aproxime a la vivacidad de la madre que a la figura concentrada y cautelosa del padre, el rostro de Isabel rebosa finura de inteligencia. En los últimos retratos, la gravedad del rostro va en aumento; su parte inferior es más flácida y prominente; pero en todos los retratos que de ella hiciera Velázquez, siempre se nos aparece la misma mujer, y no una idealización sensual suya, como en el pintado por Rubens, que se encuentra hoy en el Louvre.

Si el pintor nos representa, merced a su genio, la reflexión exacta de aquella Corte, de una manera que nos la hace revivir más que ninguna otra quizá, Quevedo y sus imitadores, y en especial Vélez de Guevara en su *Diablo cojuelo*, nos han dejado con su prosa mordaz recuerdos no menos fieles de sus pasa-

tiempos, sus locuras y sus crímenes. A esta luz que nos ofrecen los satíricos contemplamos una sociedad en extrema decadencia, precipitándose, desde el Rey abajo, en una ciénaga de abatimiento insensible, en que, no esperándose alivio a las cosas, todos porfían por gozar cuanto se pueda, extrayendo de la vida el placer por medios honestos o torpes, antes de que la catástrofe universal los aniquile. La fe había decaído, dando lugar a tímidas sugerencias, mezcladas con irreverentes chanzonetas; la pereza dominaba sin rival; la pobreza y la miseria buscaban modo de disfrazarse con los exteriores de la nobleza, con el fin de reclamar los privilegios de saqueo que ahora poseían la Corte y la Iglesia nada más, y el trabajo era menospreciado por aquellos que se consideraban súbditos de un Rey tan rico y poderoso como les parecía el Rey de España, si bien la realidad evidenciaba lo contrario. Era una sociedad hinchada, vana, en que todos luchaban por lograr alguna merced del Estado, olvidando que éste nada posee, sino lo que los ciudadanos individualmente le aportan.

Y las pretensiones no se limitaban a la posesión de honores y riquezas. El ilustre satírico y poeta hizo una pintura mordaz de aquella gente de letras que con sus laboriosas lucraciones llenaba de admiración a la Corte, y más cuando llevaban apellido ilustre; las ciudades hormigueaban de fingidos estudiantes, que mascullaban torpemente rancios latinajos y que mendigaban entre el tumulto de aquel mundo escolar, que no se adaptaba, por ajeno, a sus maneras. El Rey, harto de fastuosas fiestas, y falto ya su marchito ingenio del acicate que el gusto por las comedias le aplicaba, aún encontraba placer en presidir en su palacio academias y certámenes poéticos, llenos de pedantería y afectación. Declamábanse improvisaciones preparadísimas y conceptos destilados con pompa digna de los discursos proféticos, y la rebusca de la frase iba estrangulando y corrompiendo el habla noble de Castilla, dando lugar a la bastarda *Latiniparla* de que el gran Quevedo se burla, sin que por ello aparezca menos contagiado a veces.

Era aquella una Corte de ficciones vanas y miserables esplendores, y en que, salvo lo externo, todo estaba podrido. Esta pompa de lo externo puede verse muy bien en los numerosos relatos de fiestas de la corte que han llegado a nosotros. Son, por lo general, listas insoportables de vestidos y ornamentos de los nobles cortesanos y favoritos que en ellos con toda ostentación se declaran (1); pero no estará demás presentar algunos pormenores de dos grandes fiestas en que Isabel tomó parte principalísima, para por ellos conocer las diversiones de la época. Una fiesta dada a los soberanos por la Condesa de Olivares en los primeros días de Junio de 1631, en el jardín de su hermano el Conde de Monterrey, sugirió a Olivares toda clase de medios para llevarla acabo cumplida. El tiempo era escaso, pues el día fijado era la víspera de San Juan. Se habían escrito para aquella ocasión dos comedias, y el fecundísimo Lope de Vega se había comprometido a hacer una en tres días; Quevedo y Antonio de Mendoza, azuzados por la facilidad de Lope, escribieron entre los dos otra en un solo día, y Olivares robaba algunos momentos a sus infinitas ocupaciones de Estado para poder vigilar les ensayos.

Como por arte de encantamiento, en pocos días se alzó en los jardines (2) un espléndido pabellón, desde el cual el Rey, la Reina y los cortesanos de más confianza pudieran ver la representación de las comedias. Enfrente se dispuso un teatro al aire libre, lleno de arañas de cristal y flores peregrinas, y en todo alrededor tribunas para otros invitados, músicos, etc. A las nueve de la noche, Felipe e Isabel se apearon de su coche,

(1) Soto de Aguilar, gentilhomme de cámara de Felipe IV, escribió larga noticia de todas las festividades de su tiempo (Ms. de la Real Academia de la Historia). De una copia de él se han aprovechado aquí muchos detalles.

(2) Era uno de ellos el de Monterrey, al que en esta ocasión se agregaron otros dos contiguos, que en total ocuparon el espacio comprendido entre la calle de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo, llamado el Salón del Prado.

y fueron recibidos por Olivares a los sonos de suave música. Cuando se hubieron sentado, Felipe en trono Real e Isabel en un monte de almohadones, se les ofrecieron canastillas de regalos, perfumes, pañuelos bordados olorosos y esencias en redomas de cristal (1). A Isabel se le ofreció además un abanico italiano, realzado con pedrería. Representóse primero la comedia de Quevedo, *Quien más miente, medra más*, después de un prólogo musical y una salutación en verso a Isabel, recitada por la famosa actriz María de Riquelme. La primera representación duró dos horas y media, según cuenta un contemporáneo: «Durante la cual se ejecutaron primorosos bailes; aunque los actores, habiendo tenido poco tiempo para prepararse, no lograron reproducir toda la invención ingeniosa de los versos, pues es cierto que en muchas comedias juntas no podría hallarse la abundancia de donaires y agudezas que en esta sola, bastándole a D. Francisco de Quevedo el trabajo de un día para componerla.»

Cuando hubo acabado la representación de esta comedia, Felipe e Isabel fueron conducidos al jardín próximo del Duque de Maqueda (2), donde habíanse alzado dos arcos de ramas y flores, con gran número de farolillos de colores. Estos dos arcos, uno para el Rey y otro para la Reina, se unían por una galería de follaje y estaban guarnecidos de construcciones parecidas para el acompañamiento, y en cada uno había una mesa provista de refrescos. En el del Rey había un azafate que contenía una ropa de brocado oscuro, adornada en su mar-

(1) Entre otras chucherías ofrecidas a las damas en esta fiesta, se mencionan los *búcaros*, que se hacían de kaolín perfumado, y que era moda de las mujeres en aquella época comer. Madame D'Aulnoy da noticia curiosa de los malos efectos que producía este extraño comestible. También habla de la chocante costumbre que había en Madrid entonces, entre la gente de alto copete, de arrojarse unos a otros cáscaras de huevos conteniendo aromas, cuando se encontraban en el teatro, en los paseos, en coche. Felipe mismo gustaba de ello.

(2) Estaba este jardín en el ángulo que forma la Carrera de San Jerónimo con el Prado, ocupado después por el Palacio de Villahermosa.

gen con labores de rizo y plata, botones macizos del mismo metal, así como las presillas. A todo esto hacía compañía un sombrero de trencilla con plumas oscuras, y un airón blanco y una valona de puntos (1), que algunas veces se llevaba en lugar de la golilla que casi todos usaban. A los hermanos del Rey se les hicieron obsequios parecidos; el canastillo ofrecido a la Reina contenía un espejo, una capa de lana oscura, bordada con hilos de seda negra y plata, que pasaban el entramado, y que se ajustaba también con macizos botones y ojales de plata. En la capa había franja de seda del mismo color, floreada de negro y plata, y, juntamente con ella, una hermosa mantilla de lazos, cuello trenzado y un sombrero blanco adornado con plumas negras y blancas y lentejuelas. A toda la Corte se proveyó de mantos y tocados, para preservarse del relente nocturno. Sirvióse una ligera cena de extremada delicadeza en las mesas de las glorietas, y toda la compañía, a guisa de mascarada, fué a presenciar la segunda comedia. La Reina, con su singular atavío, «añadía a su belleza y maravillosa gracia naturales un hechizo extraordinario con lo caprichoso de su vestir, sin por ello perder un átomo de la dignidad que en su Majestad brilla, no menos que las otras sus admirables virtudes y perfecciones». Afírmase también que aquellos insólitos sombreros y vestimentas que llevaban el Rey y sus hermanos no fueron tampoco poderosos a despojarlos de la dignidad de su porte, «pues ellos juntan estas cosas que la vulgar censura porfía en separar: la jovialidad y la majestad». El autor de este relato que aquí citamos, receloso de que alguno pudiera pensar que aquellos disfraces algo menguaban a la majestad del Rey, tiene buen cuidado de advertir que a esta fiesta sólo se admitía a muy selecta concurrencia (2).

(1) Con esta valona está representado Felipe en el retrato de Velázquez que se guarda en Dulwich Collège.

(2) Confiesa, con todo, que cuando la mayor parte de los invitados se retiraba, y comenzaba a alborear, se encontró mucha gente del pueblo escondida entre los matorrales.

Representóse luego la *Noche de San Juan*, comedia de Lope de Vega, también al aire libre. Siguióse un concierto musical, después del cual fueron conducidos los Reyes a una galería cubierta de flores, construída en otro jardín contiguo (1). Allí, después de la media noche, se distribuyó otro refrigerio, que sirvieron a los Reyes el Conde y la Condesa de Olivares. De manera tan perfecta se había organizado el banquete, que todo se servía sin faltar en lo más mínimo a las reglas de Corte, dirigiéndose el servicio por los sonos de una suave música que animaba el festín. Al despuntar el día entraron los Reyes en su coche, y, después de dar algunas vueltas por el Prado, se fueron a reposar a su Palacio. Olivares fue ensalzado hasta el cielo por la organización de aquella fiesta suntuosa, y se cuenta como algo prodigioso el que las turbas, que en gran número frecuentaban el Prado, aquella noche sentían tal reverencia por el Rey, que en el jardín cercano estaba, que no osaron cometer el menor desorden ni alboroto.

Esta fiesta, a pesar de su magnificencia, fue bien pronto eclipsada por otra que tuvo lugar, casi en el mismo sitio, dos años después (1633), con gastos enormes y expropiación de la propiedad ajena. Fue esta fiesta cuando Olivares, en un breve período que sustrajo a sus ocupaciones políticas para consagrarlas a los solaces de su Rey, edificó y alhajó suntuosamente el Palacio del Buen Retiro, destinado a las diversiones regias, que pasó a ser residencia favorita de Felipe, donde se podían celebrar y representar con más propiedad y conveniencia que en el sombrío y semi morisco alcázar que se alzaba en el extremo opuesto de la Villa, comedias, sermones poéticos, academias y bailes de máscaras. La deleitosa mansión permaneció por una semana entera destinada a una serie monótona de pasatiempos, en que la invención y la prodigalidad se agotaron. Pero esta serie no fue sino la primera de las muchas que con el más menudo pretexto se sucedieron.

(1) En el sitio en que ahora está el Banco de España, y que ocupaba antes el palacio y jardines del Marqués de Alcañices.

En Enero de 1637, por ejemplo, cuando Felipe supo que su cuñado Fernando había sido proclamado Rey de romanos y futuro Emperador, ordenóse la preparación de una fiesta colosal en el Buen Retiro. Tres mil hombres empezaron a trabajar en allanar una colina, respetada, según dice Pinelo en sus *Anales*, «desde que el mundo es mundo», para edificar allí un palenque de 608 pies de largo y 480 de ancho. Cuatrocientas ocho tribunas o palcos de gran capacidad rodeaban aquel vasto espacio; estaba pintada la cerca, por defuera imitando obra de fábrica y por dentro colgada de tapices de seda, y la delantera de los palcos con cenefas de plata. Novecientos candelabros gigantescos, «con cuatro luces cada uno», iluminaban la plaza; el palco real tenía columnas y techumbre doradas, y en sus muros verde y oro, espejos que deslumbraban con la luz que de las antorchas se reflejaba en ellos. En todas partes blasones, coronas reales e imperiales, escudos de armas e «ingeniosas divisas». Cuando Felipe, con gran ceremonia, acudió a la fiesta y pasaba por la Carrera de San Jerónimo, en donde hizo su presentación entre filas de gente con antorchas, que se apretaban para poder contemplarlo, decían todos que fiesta tan espléndida como la de entonces no se había visto jamás en España.

Precedidas de bandas militares iban 16 compañías de nobles, ocho a cada lado, todos vestidos de igual manera: terciopelo negro y argentado. En una mano llevaba cada uno un cirio encendido, mientras con la otra gobernaba su corcel. Al término de estas compañías iban los de Olivares y el Rey, vestidos como los otros, pero con ornamentos más ricos; y luego grandes carrozas triunfales, de dibujo fantástico y prodigioso, hechas por el ingenioso Florentino Cosme Lotti. Cada una era de 30 pies de largo y 46 de ancho, iluminada con 100 antorchas, y contenía innumerables figuras, y representaciones y bandas de música; siendo su peso tan grande, que se necesitaban 24 bueyes para arrastrarla. Iban éstos también adornados de paño carmesí, y acompañados de hombres vestidos a la

usanza oriental, que llevaban antorchas plateadas. Detrás iban 40 salvajes, que en vez de mazas llevaban antorchas. Al pasar la gran comitiva por ante el palco de la Reina Isabel, empezaba a sonar una charanga, y la gente a aclamar a su soberana; formaron luego todos un círculo completo, enfrente del palco real, y actores disfrazados representaron en los carros un coloquio de *La paz y la guerra*.

La banda de nobles que acompañaba a Felipe con sus músicas y evoluciones complicadas, excedían en mérito a todas las demás. El Rey, aclamado como el mejor jinete de su reino, se acercó al palco de su esposa para depositar ante ella el galardón de sus proezas y presenciar a su lado el resto de la fiesta. Siguieron durante diez días los regocijos y alardes, comedias, conciertos, banquetes, bailes, juegos en el estanque, iluminación de florestas, corridas de toros nocturnas, justas poéticas y cucañas; celebróse un baile de figuras, en que las parejas se disparaban cáscaras de huevos con perfumes, y mil y mil invenciones para prodigar el dinero y el tiempo (1) y hacer olvidar a Felipe los severos asuntos de gobierno, encomendados ahora del todo a aquel hombre moreno, de cabeza enorme y levantados hombros, a quien la mayor parte de la gente aborrecía por sus maneras imperiosas y su ambición, el Embajador del Rey como algunos le llamaron, el segundo Rey de España, el Conde Duque de Olivares.

Las brillantes esperanzas de paz y modestia en el vivir que habían acompañado al advenimiento de Felipe, fueron defraudadas todas. La unión católica con Francia, representada por los matrimonios de Felipe con Isabel y de Luis XIII con la Infanta Ana, había fracasado antes de que los mismos casamientos tuvieran lugar; pues los proyectos ambiciosos de Fe-

(1) Apéndice de *El antiguo Madrid*, de Mesonero Romanos. Se da noticia de esta fiesta, aunque menos detallada, en las cartas de noticias de la época, publicadas por el Sr. Rodríguez Villa en *La Corte de España en 1636 y 1637*.

lipo II revivieron por obra de Olivares, quien soñaba una vez más que España, tan hundida en el polvo como estaba, podría aún poseer la hegemonía de Europa y dictar a la cristiandad los artículos de su fe. Era aquél ensueño vano e insensato en las circunstancias actuales, pues no sólo había sido desposeída España de su fuerza material, sino del innegable secreto de su predominio breve y de la firme convicción de ser un pueblo divinamente elegido e invencible en sus campañas sacrosantas. El país, políticamente, tan heterogéneo como cuando más, había perdido aquella unidad de miras que le había prestado anteriormente la exaltación religiosa; y, sin embargo, mientras su rival, la Francia, iba progresando en solidaridad nacional y en capacidad contributiva bajo la gobernación de Richelieu, España era empujada por Olivares a un verdadero furor de conquistas y a la arrogante afirmación de sus añejas reclamaciones burladas.

El empleo de tropas españolas para hacer incursiones por el Palatinado y reducir la Bohemia, y la recrudesencia de interminable guerra con los holandeses había enlazado las dos ramas de la casa de Austria con más vigor que nunca, y dado inmensa fuerza al Imperio. Veíase claramente que si Richelieu no atacaba rápido y con decisión, volvería a estar la Francia, cuando Olivares quisiera, encerrada en un círculo de enemigos. Francia y Saboya, alarmadas con el resurgir de las pretensiones españolas, hicieron causa común con las naciones protestantes, y pronto estuvo toda Europa en guerra. España estaba arruinada; pero los nobles y la Iglesia eran ricos, y el orgullo nacional excitado en grado máximo. Hízose la guerra, primero contra Francia. Isabel de Borbón era tan altivamente española como si su padre no se hubiera llamado Enrique el Grande, y ella misma dió el primer ejemplo de abnegación. Vendiéronse las joyas que tanto amaba para costear los gastos del ejército; las damas, que de Isabel tomaban ejemplo, hicieron otro tanto; los nobles, cuyo orgullo se estimuló, contribuyeron voluntariamente con un millón de ducados para la

guerra; y la Iglesia abrió sus cofres de par en par, ofreciendo con que sostener veinte mil hombres de guerra. Todá la propiedad francesa que había en España fue confiscada, y la guerra por algún tiempo se prosiguió con tal ardor, que se recordaban los grandes días de Carlos I. Al principio, españoles y austriacos arrollaron cuanto se les puso por delante. Tilly en Alemania, Espínola en Flandes y Fadrique de Toledo, en los mares, revivieron las glorias de la casa de Austria; y la soberbia española tornó nuevamente a su arrogancia insensata. Felipe el Grande, el Rey Planeta, eran los títulos que ahora se daban a aquel joven inerte, a quien Olivares adulaba y regía. Pero cuando pasó el primer sabor del entusiasmo, evidencióse que España no podía levantar caudales para proseguir la guerra en el Continente y en el mar, y así hizo la paz con Inglaterra; Saboya fue ganada, y desde entonces la guerra se convirtió en un duelo entre la Casa de Austria y la de Francia, entre Olivares y Richelieu.

Durante años enteros siguió la campaña con vario suceso en lo que toca a lo militar; pero con el resultado inevitable de empobrecer absolutamente a España, donde el hábito del trabajo no se conocía. Ensayábanse arbitrios de todo género para obtener dinero, y todos eran inútiles. Impuestos exorbitantes sobre la producción, recorte de la moneda, confiscaciones y rapiñas eran medios debilísimos para que pudiera mantener tanta guerra, y en el extranjero un Estado en bancarrota; y aunque Olivares no confesase la quiebra, más dinero era menester. Las Cortes de Castilla no podían remediar la pobreza nacional; pero las de Aragón, Cataluña y Valencia seguían en pleno vigor, y resistieron a que con su voto se les sacaran recursos, y sólo tras de mucho porfiar se dejaban exprimir algo. Olivares se había dado cuenta clara, como los Reyes Católicos, de que para contender con Francia era menester disponer por entero de los recursos de toda España. A aquéllos había ayudado la comunidad de miras en religión. Ahora esto no representaba nada, y para traer la unión de toda España era

excesivo ir debilitando el poder de las instituciones autónomas de los Estados contiguos.

Este fue el plan de Olivares: juicioso, sin duda, si se hubiera emprendido en tiempos de paz, con perseverancia y cautela, en una política de reformas interiores. Pero Olivares, como aconteció a Fernando el Católico, necesitaba la unidad nacional aprisa para obtener recursos con que combatir a Francia, no para hacer de España nación homogénea y pacífica (1), y sus fracasados intentos de sacar recursos para la guerra contra Francia, atropellando los privilegios autonomistas de Cataluña y Portugal y extrayendo impuestos sin contar con la voluntad de las respectivas Cortes, apresuró la ruina que de hacía largo tiempo amenazaba. En Junio de 1640 estalló en Barcelona una revolución contra Castilla, y bien pronto toda Cataluña y parte de Aragón y de Valencia repudiaron la soberanía de Felipe e hicieron causa común con Francia. Seis meses después, en Diciembre del mismo año, Portugal, por razones análogas, proclamaba Rey al Duque de Braganza y sacudía para siempre el yugo de España.

Felipe, sumergido en deleites, como hemos visto, estaba a oscuras de todo. Los insurrectos catalanes eran para él no más que cuadrillas de amotinados como le aseguraba Olivares, y que pronto serían puestos a raya; y cuando Portugal proclamó su libertad, el valido tuvo la desfachatez de entrar en el aposento de Felipe con semblante alborozado, y felicitarle de que hubiera entrado en posesión de su nuevo ducado y de vastos dominios. «¿Cómo así?» —le preguntó el Rey.—«Señor—le contestó Olivares,—el Duque de Braganza se ha vuelto loco y se ha rebelado contra Vuestra Majestad; de suerte que sus posesiones ha perdido y son ahora vuestras.» Pero Felipe lo entendió de otra manera, y por una vez perdió su serenidad mar-

(1) Expónese con amplitud la política y proyectos de Olivares en *Spain, Its Greatness and Decay*; de Martín Hume, en *Cambridge Historical Series*.

mórea. Golpe tras golpe caían sobre él. Sus súbditos, en la miseria; el comercio, paralizado; el Tesoro, vacío, y sus reinos más ricos, en rebelión; esos eran los resultados de sus veinte años de gobierno, y todo ello le manifestaba lo vano de la gloria que alcanzaron tantas batallas reñidas por motivos que no le importaban.

Era de buen natural y amaba de veras a sus súbditos; pero nunca había sabido gobernar, pues no lo había hecho con sus propias pasiones ni había enderezado sus inclinaciones torcidas; y cuando fue conociendo poco a poco la verdad, entró en desesperación. Súplicas desconsoladoras, lágrimas y votos de enmienda, eran en él lo acostumbrado cuando se veía estrechado por la desventura; pero había otras personas a su lado más prácticas y determinadas que él. Años enteros había oprimido el yugo de Olivares, y su esposa el cuello de Isabel. Aficionada a placeres como era, tenía temple de persona de gobierno. El amor por el hijo de sus esperanzas, Baltasar, de trece años a la sazón, y el orgullo heredado de sus padres, habían aguzado su ingenio al considerar qué inmensa herencia se le escaparía de entre las manos si seguía encomendada a la dirección de un ministro por quien sentía disgusto personal a causa de sus rudas maneras para con ella misma (1). No se cansaba de instar a Felipe a que se portara como hombre, poniéndose al frente de sus ejércitos en el campo de batalla. Felipe, aunque sin ganas, estaba dispuesto a hacerlo; pero Olivares no quería ni aun oír hablar de ello, haciéndose así más vasto el abismo abierto entre el valido y la Reina. Olivares era aborrecido de la mayor parte de los nobles y de los eclesiásticos. Su política guerrera tenía que pagarse con el saqueo de ellos, pues las otras clases sociales estaban reducidas a la miseria, y todos aquellos elementos de desagrado se fueron agrupando en torno a Isabel.

(1) Olivares era notoriamente desatado para con las damas. En una ocasión en que Isabel daba su opinión sobre asuntos de gobierno, dijo él a Felipe que los frailes se dedicaran a rezar y las mujeres a parir.

Por fin, los requerimientos de Isabel se sobrepusieron al consejo del Ministro, y Felipe decidió firmemente capitanear sus ejércitos para rescatar a Cataluña de la dominación francesa. Olivares no dejó piedra sin mover para derrotar a la Reina. Médicos sumisos a él dictaminaron que aquel viaje haría mal a la salud del Rey, y Consejos captados votaron contra los riesgos que amenazarían la vida del Monarca en la guerra, y no faltaron letrados que interpretaran las Constituciones del Reino declarando que no era conveniente que el Rey partiera. Felipe, hartado ya, tomó una ponencia del Consejo de manos del Protonotario, que estaba presente, y desgarrándola, dijo: «Basta de relaciones sobre mi viaje a Cataluña; prevéngase todo al efecto, porque es mi voluntad.» El confesor real—hechura, claro es, del Conde-Duque—añadió sus reconvenciones; pero Felipe le atajó diciendo que si Olivares no necesitaba ir, podía permanecer, y que si no se encontraba en Aranjuez cuando el Rey pasase, marcharía sin aguardarle.

La resolución del Rey fue una gran victoria para Isabel y presagio de la caída de Olivares, pues éste no se atrevería a dejar sin su compañía al Rey, y, en consecuencia, quedaba ella de Regente en la capital. Imagináronse multitud de dilaciones al viaje del Rey. Faltaba el dinero, y cuando se allegaba por violentas exacciones, a veces encarcelando a sus poseedores, se dilapidaban en pomposas prevenciones para el viaje que no tenían fin. Se consideró necesario para la campaña adquirir nueve coches de ceremonial, seis literas y ciento tres caballos de silla, con multitud de cortesanos; y a todo grande de España se previno que había de escoltar al séquito real, así como a todo noble con título. Después de innumerables visitas a los altares, se despidió Felipe de su mujer en Vaciamadrid, en Abril de 1642, y aún hubo de invertirse varias semanas en fiestas rumbosas, partidas de caza y frivolidades de todo género, hasta que llegó a Zaragoza. En aquella sazón ya había sido invadido Aragón por las tropas francesas, y Felipe, que pudo al fin darse cuenta de la condición terrible de las cosas, empezó a

mostrar ojeriza a su valido, quien aún encontró medio para retener al Rey aislado en Zaragoza, a gran distancia del teatro de la guerra, en fatal inacción.

Mientras tanto, Isabel en Madrid, libre de la terrible presencia del valido, organizaba el partido de sus adversarios. Siempre había gozado el favor del pueblo por su llaneza de maneras; pero ahora se hizo dueña absoluta de los corazones de todos, porque todos comprendían que iba contra aquel hombre que dejaba a sus espaldas tan gran cosecha de daños. Isabel visitó los cuarteles y puestos de guardia, revistó los regimientos, y les dirigió arengas exhortándoles al cumplimiento de sus deberes de lealtad con su Rey y con España. Vendió otra vez sus galas, se dedicó a cuidar a los soldados, costeó de su caudal un nuevo regimiento en nombre de su hijo, presidió los consejos e infundió más actividad y entusiasmo en la Administración de la que se había visto en muchos años.

Isabel de Borbón entró en escena muy a tiempo. Hasta entonces había vivido como un adorno principal entre los esplendores de la Corte de un Rey inerte; ahora, con el cargo de Regente y el favor del pueblo, vino a ser la personalidad más potente de España. Sus cartas al Rey muestran valentía y vigor; y él desde aquellos días empezó a tratarla con más consideración, como si hasta entonces no hubiera empezado a comprender que su esposa era mujer de talento y animosa. Felipe seguía inactivo en Zaragoza, apartado de su ejército y de sus nobles, meses enteros. Una vez que tomó la iniciativa y nombró un nuevo Comandante general, el Marqués de Leganés, pariente de Olivares, no hizo sino equivocarse. En los primeros encuentros, el ejército de Felipe fue derrotado junto a Lérida, y según el invierno se acercaba, las tropas, mal alimentadas, sin pagar, desganadas; los jefes en perpetua discordia y las mejores provincias en poder de Francia, Felipe se volvió a Madrid con el corazón dolorido, al terminar el año de 1642.

Halló que la vida de su palacio era muy diferente de cuando él lo dejara. Había cuatro mujeres que poseían ascendiente

sobre Felipe y aborrecían a Olivares la Reina, Ana de Austria (Reina de Francia y hermana de Felipe), la Duquesa de Mantua (Margarita de Saboya), su prima, que había estado en el virreinato de Portugal, y había sin ambages apostrofado al valido como causante de la pérdida de aquel país; a esto se juntaba el agravio de haber estado medio prisionera en Ocaña por órdenes del Conde-Duque; y Ana de Guevara, la vieja nodriza del Rey, que había sido también molestada en la Corte, por recelos de su influencia. Todas estas damas estaban en comunicación recíproca, no sólo entre ellas, sino además con todos los nobles enemigos de Olivares, acaudillados por los Condes de Paredes y Castrillo. «Mis buenas intenciones y la inocencia de mi hijo, deberán servir al Rey de ojos, porque si viera más tiempo por los del Conde-Duque, pronto quedaría reducido a ser un mísero Rey de Castilla.»

Una semana o dos después de la vuelta del Rey, Isabel dió el golpe mortal al favorito. La primera señal del combate fue la escapatoria de la de Mantua de su reclusión de Ocaña, y su llegada a Madrid por la noche, tras un viaje a caballo de cuarenta millas, y bajo un temporal de granizo. Olivares, furioso estuvo aguardando cuatro horas, y meditando poner a la Duquesa en uno de los conventos reales, donde le designaría dos mezquinas habitaciones. Pero Isabel la recibió en sus brazos a la mañana siguiente. Luego, la nodriza expulsada, Ana de Guevara, apareció en Palacio como desafiando a Olivares. Aquella misma tarde, Felipe visitó a Isabel en sus aposentos, y ella, teniendo en brazos al niño Baltasar, le suplicó, por la salvación de su hijo, que despidiera a aquel mal Ministro, antes de que fuera demasiado tarde para redimir a sus reinos de la ineptitud que los había perdido. En un torrente de palabras desbordó Isabel cuantas quejas había reprimido en silencio durante varios años; las guerras que habían arruinado a la nación, la miseria del pueblo, las provincias perdidas, la disipación y frivolidad que habían enseñoreado sus vidas, los insultos y desconsideraciones de que ella había sido objeto por par-

te de Olivares y su mujer, y lo torpe que era entregar un Rey a otros hombres la tarea sacrosanta que Dios había confiado a sus manos.

Felipe quedó fuertemente impresionado, aunque nada dijo; mas al salir del aposento de la Reina se encontró en el callejón con su amada nodriza, Ana de Guevara, de rodillas a sus pies. También ésta hizo la acusación de Olivares con palabras apasionadas, y Felipe sólo pudo contestar; «Es verdad, es verdad.» Luego, la Reina y la Duquesa de Mantua estuvieron por dos horas encerradas con Felipe. Ganóse la victoria (1). En aquella misma noche (17 de Enero de 1543) fue despedido Olivares. Porfió algunos días por volver a cobrar la confianza del Rey, pero en vano; porque Felipe, como la mayor parte de los hombres débiles, era terco en la resolución que había una vez tomado, y de esta suerte el Conde-Duque, arruinado y degradado, salió de la Corte que había regido, y perdió la razón, y murió dejando a Isabel de Borbón dueña de la situación, y como «único Ministro del Rey, como decía él cuando pedía a las monjas carmelitas descalzas que oraran por «su Ministro».

Madrid mostró embriaguez de gozo con la caída de Olivares. «Las Isabelas han salvado siempre a España», exclamaba la gente cuando los Reyes, acompañados de la Duquesa de Mantua, se encaminaban a la Iglesia en acción de gracias; «Felipe es, finalmente, Rey de España, y salvará a su país.» Pero no era con exclamaciones con lo que se había de salvar a España. Felipe, aguijoneado por su mujer, desplegaba más energías que nunca. Quiso ser en lo sucesivo su único Ministro y emprender la campaña en cuanto llegara la primavera, para arrancar a Cataluña de las manos de Francia. Antes de que pudiera ponerlo en práctica sufrió el ejército de Felipe en Flandes la más espantosa derrota que se había conocido, de

(1) *Relatione dell'Ambasciatore di Venetia* (Ms. del Mus. Británico, Add. 8701), y también una noticia atribuida (dudosamente) a Quevedo, e inserta en el vol. III del *Semanario Erudito*.

cuyo golpe la reputación de aquella infantería española tan famosa quedó postrada para no volver a reponerse. El Cardenal Fernando, joven hermano del Rey, había muerto hacía dos años, y su puesto en Flandes había pasado al noble portugués Mello. Era éste buen soldado, pero Conde, a pesar de su mocedad, le eclipsó; la batalla de Rocroy acabó de afirmar que en lo sucesivo Francia, y no España, tendría la hegemonía de Europa.

Aún había que pensar en rescatar el suelo de España del poder de los invasores; y nuevamente Felipe luchó con energía por recobrar su dominio perdido, mientras Isabel, como Regente; desde Madrid organizaba, dirigía y alentaba con tal decisión y ardor que conquistaba el ferviente afecto de los súbditos leales de su esposo. Aguardábanle algunos triunfos, y llegó á recobrar Lérida del poder de los franceses; pero la guerra era una sangría terrible, y en la campaña del siguiente año (1644) menudearon los fracasos.

El corazón del Rey, fatigado, infeliz y casi destrozado con tantas tribulaciones y revueltas, vino a encontrar refugio y alivio en el trato de una santa mujer, que hasta el fin perseveró: la venerable monja Sor María de Agreda, cuyas exhortaciones y preces le sostuvieron en las pruebas difíciles que los días siguientes le trajeron. Felipe estaba en Zaragoza a principios de Octubre, cuando tuvo noticia de que su mujer estaba enferma. Enviando a su nuevo valido, D. Luis de Haro—pues se ha de saber que sus buenos propósitos en este particular no duraron mucho,—para que se pusiera a la cabeza del ejército y diera cuenta del motivo de su partida, púsose inmediatamente en camino para Madrid.

El 28 de Setiembre de 1644 había sufrido un a modo de ataque coleroso, con mucha fiebre. La habían sangrado copiosamente por los brazos, y parecía haber mejorado; pero pronto se le presentaron síntomas violentos de erisipela en el rostro; el mal le invadió el cuello, que casi se le obstruyó como si tuviera difteria. La paciente fue sangrada otras ocho veces, y,

como solía practicarse en los tratamientos de aquel tiempo en España, cuando las sangrías no daban resultado, se acudía a los exorcismos de la Iglesia. El 4 de Octubre se le administraron los últimos sacramentos, y se llevó el cuerpo de San Isidro al aposento de la enferma. Como tampoco surtiera efecto, se llevó otro remedio aún más sagrado: la milagrosa imagen de la Virgen de Atocha, que fue llevada en procesión desde su santuario, en el convento de Santo Tomás, de Madrid, con el designio de colocarla junto al lecho de Isabel, para que allí recibiera adoración. Cuando se le pidió permiso a la Reina, se negó ella, so pretexto de que no se consideraba digna del honor de tal visita, y en vez de esto el Príncipe Baltasar visitó la imagen, implorando arrodillado que la vida de su madre fuera salva. «No había iglesia ni convento en Madrid de que no se sacaran en procesión los crucifijos e imágenes más veneradas, para impetrar la salud de la Reina, y toda la gente hacía oración y rogativas para obtener la salvación de la vida de su soberana» (1).

El 5 del mismo mes, la moribunda trató de redactar su postrera voluntad; pero estaba tan postrada, que sólo de palabra pudo comunicar sus intenciones al Rey. Al medio día mandó que le trajeran una *fleur de lys*, que formaba uno de los ornamentos de su corona, y en que estaba encajado un fragmento de la verdadera cruz, por quien ella sentía gran devoción. Fuéronle llevados a su presencia sus dos hijos, Baltasar y María Teresa, pero no permitió que se le acercasen, para no comunicarles el contagio, y los bendijo desde lejos. «Hay multitud de reinas para España, suspiraba; pero príncipes y princesas, pocos.» Al día siguiente, al sonar el gran reloj del Palacio las cuatro y cuarto de la tarde, exhaló Isabel su último aliento, a los cuarenta y un años de su edad. Vestido de hábito franciscano su cuerpo, fué llevado de noche al Real Convento

(1) Carta de noticias del 11 de Octubre, en el *Semanario Erudito*, volumen XXXIII.

de las Descalzas; y al día siguiente, en ataúd de plomo, encerrado en otro cubierto de brocado, la tornaron al Real Palacio, en cortejo fúnebre, entre hachas encendidas, penachos de pluma y toda la pompa y circunstancia de rigor en un luto regio.

Mientras tanto, Felipe salía acelerado de Aragón, presa de la más viva inquietud. En Maranchón, a cincuenta millas de la capital, donde el Rey se había apeado para reposar en un miserable albergue, llegaron las noticias de la muerte de la Reina. Los ministros y cortesanos cuidaron de no decírselo en seguida, porque le veían rendido de las penalidades y afanes, y «acababa en aquel momento de comer». Pero, poco más adelante, se le comunicó la noticia al llegar a Almadrones. Una explosión de dolor, y el ordenar que le dejaran solo con su tristeza, dió a entender suficientemente que Felipe, con todas sus flaquezas, no dejaba de estar enamorado de su esposa; y luego, antes de entrar en la población en que yacía el cuerpo de Isabel sin vida, tornó atrás a buscar la soledad en el Pardo (1), donde llegó en seguida el Príncipe Baltasar, mientras que se verificaba, con la acostumbrada pompa y lentitud, durante la noche, la conducción del cadáver de la Reina por la desolada meseta castellana, para ser depositado bajo las nuevas bóvedas de jaspe de El Escorial, que en vida no se atrevió ella a visitar jamás por temor.

Tres días después de la muerte de Isabel, en las visiones místicas de María de Agreda, apareció, según se asegura, la imagen de la Reina, que se le presentaba para pedirle oraciones a Dios que la libertaran de las penas que estaba sufriendo en el purgatorio, por los vanos esplendores y goces que habían rodeado a su vida (1). Llegaron a la monja los ayes de aflicción y arrepentimiento de Felipe, que a todas las otras cosas del mundo hizo desde entonces semblante austero. El 15

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONÉS

(1) Matias de Novoa: *Memorias*. Era Novoa uno de los gentileshombres de cámara de Felipe.

(2) *Vida de Sor María de Agreda*, citada por el P. Flórez.

de Noviembre escribía... «Desde que el Señor se ha servido quitarme la Reina, que goza ahora en los cielos, he sentido necesidad de escribir a Vuestra Merced; pero la mucha pesadumbre en que vivo y los negocios que sobre mí pesan me han impedido hacerlo hasta hoy. Me veo agobiado de incomportable tristeza, pues en una sola persona he perdido cuanto perder podía en este mundo. Y si no conociera por fe que Dios nos envía aquello que nos es mejor y más conveniente, no sé qué sería de mí. Pero con pensar esto, y no más, llevo mi pena con harta resignación en Dios; y debo confesar a Vuestra Merced que he habido menester mucha ayuda de lo alto para llevar mi cruz con paciencia. Tengo que pedirle que ruegue a Dios muy fervientemente por mí en esta terrible tribulación y me ayude a pedirle me conceda la gracia de ofrecer mis pesares a El, y que me sean de provecho para la salvación de mi alma» (1).

Más terrible prueba hubo de sufrir dos años después; y con más quebranto en el corazón hubo de pedir la intercesión de las oraciones de la santa monja para que le apartara Dios de incurrir en desesperación y rebeldía contra su destino avieso, cuando al afligido Monarca se le moría su único hijo en lo más florido de su edad, dejándole a él, envejecido por la edad, el triste encargo de buscar en nuevo matrimonio un heredero en quien resignar la corona de tristezas que punzaba sus sienes.

Isabel de Borbón murió valerosamente como había vivido. Fue una francesa que se desposó para aportar la amistad entre España y Francia, y los dos países estuvieron en guerra continuamente desde que el matrimonio se llevó a efecto hasta el último día de su vida. En sus tiempos, el sol de España de-

(1) *Cartas de la Venerable Madre Sor María de Agreda*, editadas por F. Silvela. Durante los dos años que siguieron a la muerte de Isabel, prohibieron todas las comedias y representaciones escénicas, por instigación de Sor María; pero en 1648 Felipe las permitió de nuevo.

clinaba mientras que en Francia aumentaba la claridad del día; pero ella jamás se congratuló con los éxitos del país de su nacimiento, y se mantuvo fiel hasta el fin a su España bien amada. Sería fuera de lugar atribuirle un ánimo tan ilustre y elevado como el de las otras Reinas homónimas que le precedieron; mas, con todo, era el suyo un corazón animoso, confiado, que aceptaba las cosas como eran, si no podía remediarlas, y, como su padre, gozaba en lo posible cumpliendo con su deber animosa y diestramente.

MARTÍN HUME

(Continuará.)

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Dizionario legale. Diritto civile, commerciale, penale, militare, marittimo. Leggi complementari coordinate con le opportune referenze e richiami, pel Dott. Sebastiano Tringalli.—Ulrico Hoepli, editore; Milano, 1914.—Un vol. de XVI-1.386 págs., 12 liras.

«Desde los tiempos de Bacon, y aun antes—dice el autor en el prólogo,—se lamentaba la excesiva multiplicidad de las leyes [igual hacía entre nosotros Cerdán de Tallada, ya en el siglo xvi], las cuales han aumentado a estas horas de tal manera, y son, además, frecuentemente tan contradictorias y oscuras, que no sólo suele ser larga y fastidiosa su busca, sino que a veces es hasta difícilísimo saber cuáles de entre ellas están vigentes.

»*La ignorancia de las leyes no se presume [ni excusa de su cumplimiento]*, es un canon, seguramente justo, de nuestro derecho; pero si se quiere que tal presunción jurídica sea un tanto racional y hasta algo humana, es de necesidad absoluta e improrrogable el hacer del conjunto de las leyes vigentes una revisión sistemática y una sabia coordinación.»

Sin duda alguna, aun para las personas poseedoras de cierta práctica legal, no es siempre fácil encontrar las disposiciones mismas vigentes, y es imposible tener a mano la indicación de cuanto se contiene en el enorme arsenal legislativo, y sorprender, a primera vista, los preceptos que regulan una determinada materia.

El autor de este libro, el Dr. Tringalli, funcionario de la Administración pública italiana, ha contribuído con él, de un modo eficacísimo, a remediar semejante situación de cosas, por lo que a su país se refiere. Pues, en efecto, su *Diccionario legal* abarca toda la vasta mole legislativa, reuniendo y coordinando las disposiciones esparcidas en las distintas leyes y reglamentos, y presentando de tal modo, en forma fácil para la consulta, todo cuanto puede interesar al hombre de ley o de negocios, al empleado de cualquier administración pública o privada, al estudiante de derecho y, en general, a cualquier ciudadano.

La materia se halla dispuesta en orden alfabético, y debajo de cada palabra agrupa el autor, no solamente la significación léxica y la legal del vocablo, sino también las indicaciones y referencias correspondientes a todas las leyes que tengan con el asunto directa o indirecta relación, puntualizando detalladamente (por el número de su articulado, etc.), los preceptos de aquéllas, con lo que quien consulte la obra, además de saber el valor que tiene cada palabra, se entera de cuáles sean las disposiciones legales que regulan aquel punto.

El *Diccionario* se presenta completo para cuanto concierne al derecho civil, al mercantil, al penal, administrativo, internacional, militar, marítimo, eclesiástico y financiero y a los respectivos procedimientos; sin que falten tampoco algunas indicaciones históricas cuando las noticias de esta índole se estiman necesarias para dar una exacta noción de una institución determinada.

Haría obra buena entre nosotros quien, tomando ejemplo del Dr. Tringalli, publicara un análogo *Diccionario legal español*, en forma manual como éste, barato como éste, condensado y a la vez completo como éste, el cual, ni es una verdadera Enciclopedia jurídica, ni tampoco un nuevo Vocabulario, sino una cosa intermedia.

P. DORADO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>La guerra franco-alemana de 1870 y 1871</i> , por el Capitán Tanera	5
<i>Los comienzos de El Greco.—El Greco en Toledo</i> , por Carlos Justi.	66
<i>Revista de revistas</i> , por Fernando Araujo.....	109
<i>Guía del buen decir</i> , por Juan B. Selva.....	130
<i>Las Reinas de la España antigua</i> , por Martín Hume.	165
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.	204